



ANA B. NIETO

El Club

de las 50 palabras

Una novela que muestra como los sueños y la fantasía ayudan a un niño a superar la ausencia de su madre.

El club de las cincuenta palabras

Ana B. Nieto



Rocaeditorial

EL CLUB DE LAS CINCUENTA PALABRAS

Ana B. Nieto

Índice

Portadilla

Dedicatoria

PRÓLOGO

1. Diario de a bordo
2. El club de las cincuenta palabras
3. Relámpago naranja
4. El precio de la sal
5. El descenso
6. Soñar con una casa que se cae
7. Algunos peces nadan muy lejos
8. El Manifiesto
9. El tío Javier
10. La espiral del faro
11. El mirador al borde del mundo
12. La niña que escapó
13. Gentes de costa
14. Vino de lilas
15. Un templo cartaginés
16. Naufragio
17. Cambio de rumbo
18. Viento y marea
19. El Príncipe Caspian
20. La victoria sobre el mar

21. Alrededor del mundo
22. La madre de Rodas
23. Rodas
24. La flor del granado
25. Memoria vs. pasado
26. El vuelo de las novias
27. Aguas que lloran
28. Eurídice

EPÍLOGO

Agradecimientos

Mapa de la vuelta al mundo

Cuadro genealógico de los titanes

Créditos

Para mis hijos David, Marcos y Esther.
Para mi madre

PRÓLOGO

*D*ía largo, el de mi cumpleaños. Tres hijos y seis nietos, subidos encima de estos setenta inviernos y sin respetar turno alguno, después de comer tres platos en lugar de mi habitual plato único. Tienen, como todas las grandes familias, esa vocación de circo en tránsito.

Eso es la felicidad, después de todo: las babas de un bebé que aún está aprendiendo a dar besos, el abrazo de mi nieto de tres años que apenas abarca mi contorno al abrazarme, la sonrisa benévola de mi hija, permitiendo que beba vino para celebrar la última comida de este año 2015. Jerséis de regalo, alguno tejido a mano, y bromas con esa cosa que llamaron la «batamanta».

Como si fuera parte de una ceremonia, han sacado el álbum de recortes de todos los años: «El aventurero levantino alcanza el sur de la India», «David Steer consigue cruzar el Atlántico sin asistencia», «Leyenda local da la vuelta al mundo en velero», «Récord Guinness: el marino más joven en circunnavegar el mundo en solitario».

Nunca se cansan de esas fotografías y me alegro. Son recuerdos que ya han difuminado la fatiga y la angustia obsesiva del próximo puerto. Ya solo queda la alegría de la imagen final, el broche del titular, el destello íntimo del logro. Me han pedido que cantara una canción marinera que me enseñó mi padre. Las de mi madre las guardo para mí.

Mi familia siempre me ha visto como ese gran viajero que vivía en un mundo geográficamente ilimitado: el mundo sin fin que me descubrió mi padre. Gracias a él conocí todas y cada una de las voces del océano. Sus rostros femeninos.

El mar es indomable, pero hay maneras de camuflarse, como si uno fuera parte de la ola, de los peces y la sal. Solo es necesario un disfraz de viento para llegar con ellos a un destino común. Todavía era un niño cuando aprendí que luchar contra el océano es perder sin remedio. Hay que danzar con él, dejar que te coja por la cintura y te guíe. En cambio, la palabra «desafío» es

peligrosa. El océano es capaz de arrebatárnoslo todo en un instante.

Para ellos siempre he sido ese chico de las fotos, el niño que nació en un barco. No pueden imaginarse que antes de mi padre hubo otro mundo: el mundo de ella, diferente por completo.

Estamos a mitad del día y aún me queda mucho camino que recorrer. Mi hija mayor me ha preparado la habitación en el piso de arriba y me ha prometido que los niños no me molestarán, pero estoy demasiado inquieto para la siesta. Sé que esta noche nos encontraremos, que ella puede aparecer en cualquier momento, que debo estar atento durante nuestra cita. Si no lo estoy, puede que ya no vuelva a verla. Prefiero escribir a dormir.

En los últimos cumpleaños apenas conseguí oírla o distinguirla en la oscuridad. Me fallan los sentidos cada vez más. Dicen que estamos hechos de ceniza de estrellas y yo siento cada vez más el peso del polvo sobre mis hombros, asentándose en el interior de mi cabeza. Soy ceniza que flota en el mar y llega hasta las más lejanas orillas, en los lugares que descubrí en mi juventud.

Me imagino a mí mismo esta noche, con la luz casi extinta, bajo el faro cubierto de algas y de lapas. Sus cimientos parecen haberse fundido con la roca: mitad construcción, mitad naturaleza. No comprendo cómo ha podido suceder tan rápido: el mar lo ha asimilado como si fuera uno de sus hijos, un pródigo leviatán que estuviera de regreso.

Estará hermoso, aunque el abrazo apasionado del mar lo está destruyendo. La erosión acentúa su aspecto abandonado. Puertos del Estado lo inutilizó hace años y la pequeña casa fue víctima de vándalos y okupas, hasta que resultó incómoda incluso para ellos. Las luces lejanas del pueblo llenarán la noche de incandescencias; se encenderán y apagarán como en una delicada pieza de música visual.

Y allí, en solitario, la esperaré.

Diario de a bordo

*M*e miré una última vez en el espejo del portal de la Milla de Oro de Madrid para rehacerme la coleta y que no se escapara ni un mechón. Si mi viaje en tren deslucía mi aspecto de reportera seria, mi entrevistada se pondría a la defensiva. Y ella era la única persona que podía abrirme las puertas al misterio de David Steer, el único récord Guinness que había dado mi pueblo. Llevaba semanas preparando aquel reportaje, rebuscando entre las fotos y preguntando a la gente. Suscitaría interés a nivel nacional, estaba segura, por fin mi trabajo recibiría un poco de atención, ese nutriente que a todos los que escribimos nos hace falta de vez en cuando para continuar en una profesión tan mal pagada e inestable. Me alisé las arrugas de la falda confiando en que mi traje de chaqueta compensara mi juventud, que me delataba desde el rostro apenas maquillado.

Me alegré de que aún faltaran un par de minutos para la hora acordada. No quería hacer esperar a quien me iba a regalar sus recuerdos para que yo los transformase en dinero. Y como mi anfitriona era una mujer tan mayor, y además británica, debía ser aún más escrupulosa.

Me sorprendió que, junto a la puerta de roble veteado, conservara el letrero dorado con las letras negras en una tipografía clásica en itálica, aunque ya llevara cinco años retirada: «Catherine Simmons. Psicoterapia».

Sin duda, podía permitirse tener un despacho vacío y sin alquilar en una zona tan cara. O quizás, aunque ya no pasara consulta, lo seguía utilizando para investigación. Hay personas que, en realidad, no se retiran nunca.

Mandé un mensaje con el móvil a Ernesto, mi editor, para que se quedara tranquilo: «Ya estoy aquí». Él me había conseguido la entrevista y yo no había hablado con la señora Simmons ni siquiera por teléfono. Y sin

embargo, no estaba nerviosa. Era excitante volver a Madrid y salir del asfixiante entorno local, donde las noticias hacían que empequeñecieras día a día como profesional: la entrega de trofeos de fútbol escolar, las condiciones de una nueva licencia de pesca o la apertura de la franquicia de una gran cadena de hamburgueserías junto a la gasolinera, con las inevitables protestas de buena parte del pueblo, preocupado por conservar su tradición rural y por la competencia que suponía para sus bares, y nada interesado en el público joven que pudiera atraer a un lugar envejecido en exceso.

Silencié el teléfono y llamé al timbre.

La mujer que me abrió parecía muy afectuosa, podría haber pasado por cualquier abuelita española, bajo sus gafas de concha de carey. No parecían una imitación. Estaban hechas de auténtico caparazón de tortuga.

Catherine Simmons era muy distinta a como aparecía en las solapas de sus libros y las gafas no endurecían su expresión sino que la dulcificaban. Me invitó a pasar y comprobé que parte de sus estanterías ya habían sido vaciadas, dejando siluetas negruzcas sobre las paredes.

—Disculpe el desorden. Apenas paso ya por Madrid y gran parte de mis libros están conmigo en la costa. Tengo que llevar todo ese peso adonde quiera que voy, ¿sabe? Hay algunas cosas que no se pueden meter en un *pendrive*.

Yo pensé en una tortuga gigante con el caparazón lleno de libros. Ella me invitó a tomar asiento frente a un juego de té, con sus *scones* en sendos platitos.

—Dejarlos atrás sería como perder de vista una parte importante de la memoria, lo cual no me puedo permitir.

—Creía que la memoria no tenía mucho valor para usted.

Puse sobre la mesa mi ejemplar de *Transformando recuerdos*, del que sobresalían varios marcadores de colores fosforito para dejar claro que llegaba con los deberes hechos. Saqué mi bolígrafo y mi cuaderno de notas y los puse en mi regazo como una alumna aplicada.

Ella esbozó una media sonrisa que más bien fue una mueca: un rasgo de severidad que antes no había advertido. Se apartó del rostro un mechón castaño, brillante por la laca, y se quitó las gafas para limpiar un cristal. Sus ojos pequeños, de un azul frío, endurecían ahora su expresión. Se había transformado en una académica. Sin sexo, sin edad, sin muestra alguna de cercanía.

—No se equivoque, joven, la memoria es, en gran parte, lo que somos. Y cuanto más tiempo transcurre, esto se hace más visible y más certero. Podría decir que, a mi edad —o a la edad de mi marido, que es por quien usted ha venido—, la memoria supone ya un noventa y cinco por ciento, más o menos, de la identidad. Pero es que hay mucha gente que sigue confundiendo memoria y pasado, y no son lo mismo en absoluto: la memoria es lo que cuenta. Lo que no es importante es el pasado.

«Memoria vs. pasado», garabateé diligente en mi cuaderno. Me notaba algo tensa por ese cambio de actitud de Catherine. Quizás había deducido que yo no había captado las ideas fundamentales de su libro y eso me restara confianza. Tenía que recuperarla.

Apreté el bolígrafo entre los dedos y, por un instante, me sentí como si yo fuera la terapeuta y ella mi paciente.

—Yo también le he traído un libro..., mejor dicho, un manuscrito. No es uno de esos diarios de a bordo que muchos otros periodistas han consultado para sus crónicas, llenos de mediciones, maniobras y apuntes sobre el clima. No es el libro técnico de cómo un chiquillo consiguió dar la vuelta al mundo, tan solo con sus dos manos para manejar un velero. Este es el de verdad. El diario de a bordo de la vida, si usted me entiende. Mi marido aprovechó sus viajes en barco, aquellas largas jornadas en alta mar, para recopilar sus vivencias de la infancia. Para tratar de entender. Así que comprobará usted que el protagonista es un niño, pero la voz es, claramente, la de un adulto que recuerda. Que estamos hablando, y aquí es donde aparece la fundamental diferencia que yo le apuntaba, de memoria, de pasado elaborado, narrativo, reconstruido, ficticio..., como quiera usted llamarlo. Y no de pasado simplemente.

Tomé con cuidado el fajo de aquellos preciados papeles que estaban apenas protegidos por el plástico de una carpeta. Los hojeé, feliz de tener aquel tesoro de información entre mis manos, sintiendo el tacto del papel y su olor tan peculiar.

—Aquí encontrará usted todas las respuestas —dijo Catherine—. No se preocupe, tengo su permiso.

El club de las cincuenta palabras

*T*odo empezó una tarde a principios del otoño de 1953. Habíamos pasado la mayor parte de agosto y septiembre haciendo vida en la parte baja de la casa, en la habitación más fresca, que se abría al jardín mediante una doble puerta acristalada y una cancela corredera. Era muy espaciosa y agradable, con suelos de cerámica que daba gusto pisar descalzo cuando más apretaba el calor. Estaba amueblada con un par de mesitas de madera pintadas en blanco y con sencillos sofás de mimbre cubiertos con cojines estampados de gardenias. Delgados, pero no lo suficiente como para que se te clavaran los mimbres cuando te sentabas. Desde allí veíamos la pequeña rosaleda, donde a aquellas alturas de año el verde abundaba aún y parecía colarse en la habitación con la fiereza colorista de un *batik* oriental.

Aquella tarde, como cada primer miércoles de mes, mamá había reunido a sus amigas del club de lectura, que estaba formado exclusivamente por mujeres. Al principio lo había llamado Gea, en honor a la madre Tierra, pero con el tiempo acabó llamándose el Club de las Cincuenta Palabras, por el pequeño manifiesto que habían redactado en su fundación y porque siempre decían que las socias eran cincuenta, aunque nunca se juntaban todas —y menos mal, porque no habrían cabido en nuestro pequeño salón de verano—. Yo no recuerdo haber visto nunca a más de diez juntas. Sé que tenían una licencia de reunión «para taller de repostería», pero de lo que menos se hablaba allí era de harina, hornos y pasteles. Cualquiera que se hubiera asomado a sus reuniones y hubiera escuchado un par de frases habría deducido que lo que mi madre tenía montado en el bajo de su casa tenía todos los visos de la clandestinidad.

Por la mañana, como siempre, mamá había ido a la panadería a comprar las

pastas —las escogía una por una, señalándolas con el dedo a través de la vitrina—, había bajado cojines extra y me había indicado en la cocina dónde estaban el té y el agua fría, por si me pedían que bajara más. Me tocaba hacer de recadero y, a cambio, de vez en cuando, me traían palitos de regaliz, pastillas de Seltz de Vichy o alguna otra chuchería. A casa de mi madre venían las mujeres más cultas de la provincia. Muchas viajaban hasta nuestro pueblo costero una vez al mes en sus coches importados. Y siempre tenían en sus bolsos pequeñas maravillas casi imposibles de encontrar.

Dejé bien preparados y alineados los vasos de limonada en la mesa haciendo el dibujo de una serpiente ondulada. Aunque estábamos a principios de octubre, el verano parecía haberse alargado y el bajo seguía siendo agradable.

Las mujeres solían disfrutar del aroma a rosas que llegaba del jardín, del té, las pastas y las tartas caseras que traían algunas, y de la voz de jazz de Sarah Vaughan en el combinado nuevo, mezcla de tocadiscos y radio, que el club le había regalado a mi madre por su treinta y cinco cumpleaños. La mayoría de la música que teníamos en casa nos llegaba del extranjero, así como las novedades literarias en inglés, que conseguíamos muchos años antes de que fueran traducidas. Mi madre debía de tener buenos amigos al otro lado del charco que le enviaban material con frecuencia y que, por suerte, conseguían esquivar una censura cada vez más relajada, bien por su apariencia inocente, porque el idioma lograba despistarlos o porque se trataba de autores a los que nadie conocía y que no aparecían aún en ninguna lista negra.

Durante aquellas tardes en que se reunía el club, las misteriosas visitantes no me prestaban atención y yo me cuidaba mucho de no molestarlas, recluso en la planta principal. Al principio me pillaron alguna vez espiando. Intentaba captar las frases sueltas que pudieran darme pistas de qué tramaban en aquellas reuniones tan esotéricas. Siempre me despachaban de inmediato: «Estas son cosas de mayores, niño». Así que me había acostumbrado a dedicarme a mis cosas y pasaba la tarde tranquilo, atento por si me llamaban, jugando con mi tren.

Debo decir que mi tren era muy especial porque no estaba hecho de hojalata, como los de los otros niños —daba igual si se trataba de coches, camiones, motos..., todos parecían el mismo entramado de plaquitas de colores—, sino de madera, y cada año se hacía más y más largo: en cada cumpleaños, mamá le añadía un vagón pintado siempre con un color distinto,

brillante por el barnizado reciente. Yo tenía ocho años, así que ya era un tren bastante largo, que tenía que manejar con ambas manos. Solía hacerle puentes con todo lo que se me ocurría: con rollos que recortaba del cartón de Persil, con las varillas de un paraguas destripado, con un molde de pastelería, alargado como un brazo, para hacer pudín. No podía quejarme. El resto del mes tenía a mamá casi en exclusiva, así que esa tarde de reunión tenía que encontrar la manera de hacer mi vida sin ella.

Pero aquella tarde de octubre no fue en absoluto como las demás. La recuerdo al detalle porque la novela que iban a comentar era *El precio de la sal* y porque la semana siguiente tocaba *La travesía del Viajero del Alba*, de *Las crónicas de Narnia*. Por primera vez iba a estar en la tertulia.

Lo había leído dos veces completas, en inglés, que era la lengua materna de mi madre, y había puesto pedacitos de papel de periódico, a modo de marcapáginas, en aquellos pasajes sobre los que creía que podía decir algo, aunque no tenía ni idea de qué podía interesarles a aquellas mujeres tan cultas y sofisticadas. En definitiva, me lo estaba inventando, guiado por los fragmentos que me habían llamado la atención: casi todos eran descripciones de barcos.

Me encantaban los barcos. Me dedicaba a reunir postales de todo tipo de ellos que guardaba en una cajita de lata que era mi tesoro. En *La travesía del Viajero del Alba* había leído varias veces cómo eran su casco, su cubierta y sus velas para imaginármelo. ¿No es un barco el invento más impresionante que existe? Había leído en algún sitio que el hombre primitivo ya hacía canoas, que así fue como la humanidad se había expandido por toda la Tierra. A mí me parecía que no existía nada más poderoso e impresionante que un barco, capaz de plantarle cara a algo tan inmenso y peligroso como el océano, que es un monstruo cien veces más fuerte y mayor que un dragón. Y para cruzarlo no necesitas más que un barco. ¿No es algo extraordinario? Muchas veces me tumbaba en mi cama, con el libro abierto, y soñaba con navegar. Casi podía sentir la caricia de la brisa marina en mi cara y el pecho de roca salina que solo poseen los verdaderos hombres de mar.

Mi participación en el club, en todo caso, era un evento social de extraordinaria importancia. Hablaría, por supuesto, sobre los barcos.

Al fin se escucharía mi voz en aquella salita del conocimiento alternativo, tan diferente al que me ofrecía el colegio. Me sentaría en aquel espacio donde confluían lo parcialmente prohibido, lo sospechosamente mágico, lo que, solo

por su carácter semioculto, ya se mostraba como un conocimiento más cercano a la auténtica vida. Era un conocimiento de más allá del mar, que venía de los Estados Unidos y de Londres, incluso de París. El que se desarrollaba con libertad fuera de los muros de nuestra España, cercada de vallas invisibles.

Mi madre y sus amigas habían encontrado algunas fisuras en aquellas vallas. Y por ellas se estaban filtrando palabras, notas musicales, dibujos de revistas de moda, costumbres e ideas nuevas. Y precisamente aquella tarde empezó una cadena de extraños sucesos a los que ya nadie podría poner freno. Unos sucesos que cambiarían por completo mi vida. Y todo por una tubería rota.

—¿Quién es? —El timbre había sonado de forma insistente y yo no quería bajar a interrumpir la reunión del club, ahora que ya estaba tan cerca mi participación en el cónclave.

—¿Está tu mamá en casa? —El cartero llevaba en la mano un escueto papel que interpreté como un telegrama.

—¡Mamá! —Me asomé al hueco de la escalera—. ¡Está el cartero aquí y dice que subas!

Volví al salón y recuperé mi tren. Lo hice circular en equilibrio por el borde de la mesa, hasta acabar de rodearla, y luego dispuse mis bloques de construcción de madera uno a continuación del otro formando una vía elevada. Oí a mamá subir por las escaleras, despedir al cartero, aguardar unos instantes en silencio y luego ir de nuevo al bajo.

Recuerdo que yo estaba muy concentrado, con los ojos a la altura de mi improvisado puente, calculando si podría hacer que el tren lo cruzara sin salirse. Lo impulsé con fuerza y rodó hasta casi el final..., pero muy cerca de su destino descarriló por la derecha, bajó el escalón de madera y rebotó con tan mala fortuna que fue a caerse en el cubo de fregar.

Los vagones se zambulleron, uno por uno hasta el último, y yo me apresuré a sacarlos y a buscar los posibles daños en la pintura. Por suerte, el barniz protector hizo honor a su apellido y el agua no caló en el interior del juguete.

Era mi favorito, imposible de sustituir. No iba a cumplir otra vez, nunca más, uno, dos, tres..., y así hasta ocho años.

Corrí a la cocina sosteniendo los vagones con las dos manos, con las ruedas

hacia arriba como si formaran un ser boqueante rescatado de un naufragio, y los sequé con cuidado con un trapo, hasta la última rendija.

Una vez puse el tren de pie, y después de contemplarlo con la sensación del trabajo bien hecho, me concedí un vaso de agua bien fría como premio. La garganta se me había quedado seca con el disgusto. Levanté la jarra de plástico, decorada con rodajas de limones traslúcidas, y fue entonces cuando oí los gritos.

—¡Ay! ¡Levanta los pies! ¡Corre!

Era la voz de Emilia, a la que yo consideraba la mejor amiga de mi madre.

Bajé corriendo al sótano. Un reguero acuoso brotaba desde el otro lado de la pared y cercaba los tacones bajos de mamá, amenazando con mojar los dedos que sus sandalias dejaban al descubierto, con sus uñas lacadas en rojo carmín.

Ella, como en un acto reflejo, los levantó y dobló las piernas a un lado, sobre el sofá, poniendo sin miramientos las suelas sobre sus preciados cojines estampados con gardenias.

—¿Se te ha caído el agua, David?

Al principio no entendí qué me preguntaba, pero pronto me di cuenta de que había bajado con la jarra en la mano. Estaba a la mitad.

—A lo mejor un poco...

—Tanta agua no ha podido salir de esa jarra —me ayudó Emilia.

Era verdad. La jarra aún pesaba y era improbable que hubiera derramado tanta. Además, había empezado a bajar después de oír el grito de alerta. Era inocente, seguro. No podía tener dudas o aquellas mujeres lo notarían. Mi participación en la próxima ronda del club literario no estaba asegurada. No había pasado nada, tenía que tranquilizarme. La portada de *El Viajero del Alba*, en rojo coral y con el *drakkar* vikingo enmarcado por una guirnalda de frutos marinos, se mantenía fija en mi mente.

—Se habrá roto alguna tubería... —siguió Emilia intentando buscar una explicación que me exculpara. Le envié un abrazo imaginario—. Habrá que cerrar la llave de paso.

Mamá suspiró con preocupación y pude adivinar sus pensamientos. Su cabeza era para mí más transparente que la jarra que sostenía en mis manos. «No nos viene nada bien este gasto extra.»

Las invitadas se pusieron en pie sobre sus originales zapatos: algunos importados, de diseño, otros de modista, adornados con lazos y botones de

colores o bordados con cuentas por ellas mismas..., todos se pusieron en marcha como si fueran una cabalgata en miniatura.

Yo me agarraba a la jarra con uñas y dientes, cuidando de no derramar ni una sola gota más. Se convirtió en mi única misión. Aquel era mi pase para la reunión del club. La sospecha seguía pesando sobre mis hombros de ocho años: hasta que no encontraran la tubería rota yo no estaría a salvo. Seguí a las mujeres con pies de plomo. Pero mamá no se movía del sofá. Parecía reacia a bajar las piernas.

—Vamos, mamá. ¡Ven! Hay que cerrar la llave...

Como seguía sin moverse, dejé la jarra sobre el escalón, a un lado. Fui pisando con cuidado junto al reguero de agua, que me parecía cada vez más abundante, y le tendí la mano.

—Venga...

Mamá parecía triste y supe que estábamos aún peor de dinero de lo que yo pensaba. Quería decirle algo al respecto, pero no sabía qué. No tenía ni idea de cómo conseguían el dinero los adultos cuando lo necesitaban.

—¿Quieres que cierre yo la llave de paso?

—¿Sabes dónde está?

Me alegré de haber causado al fin algún efecto en ella.

—Sí. La he visto.

—¿La de aquí? ¿La del bajo?

—Que sí, pesaaada. ¡Ven!

Ella sonrió y por fin bajó los pies. Observé que avanzaba con mucho cuidado de no mojarse los dedos y la llevé al garaje, donde estaba la cajita con las pequeñas llaves que cerraban las cancelas del jardín.

—Es una de estas. Las llaves de paso.

No acababa de entender por qué cerrar las verjas del jardín podía ayudarnos a detener el agua, pero ella me dio un sonoro beso y un abrazo, y su sonrisa fue enorme. Como la luna que brilla a veces sobre el océano.

Relámpago naranja

*T*odas las mujeres del club podían leer y comentar con soltura libros en lengua inglesa, lo que ya de por sí habría alertado a cualquiera de que se trataba de una asociación un tanto peculiar. Yo lo sospechaba, pero solo tenía ocho años, qué iba a saber de cómo se comportaban las mujeres cuando se reunían en privado, lejos de las miradas de los hombres. Durante mucho tiempo pensé que quizá la panadera, la costurera, la molinera y la pescadera que se cruzaban conmigo por la calle, cuando se reunían se liberaban de sus delantales y pañuelos de la cabeza. Se soltaban los moños y dejaban flotar sus melenas al aire. Sacaban de los baúles sus trajes de novia y se disfrazaban, se pintaban y se ponían a bailar al son de la música de una radio. Solo con el tiempo me di cuenta de que el grupo que mi madre había logrado formar era extraordinario. Era un club formado únicamente por madres solteras.

Todas tenían problemas de piel, y aquel era un detalle aún más curioso. No porque saltara a la vista, ya que se cuidaban mucho: algunas iban maquilladas, incluso en las manos, en los talones o por detrás de las rodillas. Allí donde la sequedad hiciera estragos se restregaban con aceites perfumados que llevaban en el bolso, con cremas emolientes en tarritos de importación, con vaselinas y cacao que olían a chicle y a chocolate, y que eran una tentación constante porque daban ganas de comérselos. Ese asunto las hacía aún más peculiares y provocaba que muchos vecinos se preguntaran si sus integrantes se habían conocido en un grupo de ayuda a madres solteras o bien en la consulta de un dermatólogo.

Mi madre, por supuesto, no era una excepción. En muchas ocasiones le pregunté por las pupas y los granitos, por las asperezas en las manos, que ella bromeaba diciendo que eran «de reptil», y entonces rugía y me perseguía, me

hablaba de dinosaurios y de dragones y de una estrambótica genealogía de seres fantásticos de los cuales descendía, para acabar acorralándome en el suelo y haciéndome cosquillas. Nunca me dio una explicación. Solo me decía que la piel se le ponía malita cuando hacía mucho calor o mucho frío y que tenía que beber y echarle mucha agua. Creo que aquella era una de las razones de que viviéramos en un pueblo costero: para evitar la sequedad del ambiente. Desde muy pequeño aprendí lo que significaba la palabra «hidratación». Y se me grabó de forma indeleble en la mente que mi madre, de alguna manera, estaba ligada al agua. Sin agua, se reseca hasta arrugarse, se ponía enferma y se marchitaba. Era una criatura de agua.

A la tarde siguiente al incidente de la tubería volvió a visitarnos Emilia y trajo consigo a su hija, Eleni, que tenía mi edad. Recuerdo que iba impecable, con un vestido blanco fruncido en el pecho y salpicado con margaritas bordadas. Sobre los hombros llevaba una rebeca de lana blanca que, aunque parecía cálida y transmitía esa pureza que solo conserva el blanco reluciente, a mí me parecía que debía de picar bastante.

—David, ¿te acuerdas de dónde pusiste la jarra de agua?

La voz de mi madre me sacó de la burbuja de silencio donde parecía haber entrado, en espera de que Eleni la rompiera o de que yo tuviera algo que decir. Era como si las madres conectaran entre sí por su cuenta y se esperara que nosotros hiciéramos lo mismo. El cruce entre ambas frecuencias, la adulta y la infantil, me descolocó por completo.

—Creo que se quedó abajo —logré recordar—. Voy a por ella.

Cuando bajé las escaleras me sorprendió la cantidad de agua que había para entonces en el bajo. El nivel había subido tanto que se había igualado con el primer escalón y amenazaba con alcanzar los enchufes, lo cual me pareció muy peligroso. Dañaría la instalación eléctrica. Produciría un cortocircuito. Más dinero, quizás mucho. No entendía por qué el fontanero no había aparecido aún.

La jarra no estaba donde la dejé y, después de buscarla por todo el rellano, la encontré tumbada junto a la puerta del cuarto de la lavadora. Cómo había llegado hasta allí era un completo misterio porque yo la había dejado medio llena y firme sobre el escalón. Seguramente alguna de las madres la había hecho rodar sin querer al subir. O quizás el agua la había arrastrado sin más.

Metí los pies hasta los tobillos y me acerqué a recogerla. Llamó mi atención un destello anaranjado, distinguible incluso a través del plástico

rugoso y de sus juegos ópticos. Podía adivinarlo tras los dibujos de rodajas de limón.

Había algo dentro, además de agua. Algo que se movía y estaba vivo.

Apreté la boca de la jarra sumergida contra la puerta para evitar que aquello se me escapara. Vibraba con un naranja eléctrico ante mí. Había caído en su propia trampa al meterse en mi jarra. Fuera lo que fuese, ahora era mío.

La deslicé hacia la superficie, sin despegarla ni un milímetro, para sellar la salida con todas mis fuerzas. Era una operación delicada y puse en ella la atención y el empeño de un experto. Entorné los ojos buscando desentrañar su misterio, pero ni así lograba ver lo que era. Los relieves de la jarra me lo impedían y solo filtraban aquel pequeño latigazo, inquieto, atrapado como una estrellita fugaz que rebotara.

Entonces me arriesgué: despegué la jarra de la puerta y la puse en vertical. Solo pude verla desde arriba un momento antes de que el pez saltase y me golpeará en un ojo.

Fue un relámpago naranja, inmenso antes de la ceguera. Una revelación naranja. Un golpe naranja. Un mundo entero naranja que me atacó y se metió por mi pupila y me llenó por dentro hasta colmarme.

El beso del pez me hizo caer de culo sobre el agua, pero estaba aún más aturdido por la visión que por el golpe —si es que puede llamarse así al beso de un pez minúsculo, por muy grande que sea su desesperación—. El agua me salpicó hasta la boca. Me di cuenta de que sabía a sal.

Parecía imposible que el mar hubiera conseguido llegar hasta mi casa recorriendo el subsuelo. Es cierto que vivíamos en una localidad costera, pero me llevaba mis buenos veinte minutos de caminata llegar hasta la playa. Para colmo, la imagen del pez saltando se me había quedado fija en la cabeza y coincidía de pleno con una ilustración que me había enseñado mi madre en un libro de Naturales. Aquel era un pez muy difícil de olvidar para cualquier niño, el tipo de pez adorable que cualquiera desearía ver y que hacía que palabras como Índico o Pacífico se colaran en los sueños. Era un pez payaso de verdad.

Subí corriendo las escaleras, con la rapidez que solo pueden alcanzar las piernas infantiles cuando la excitación es mucha.

—¡He visto un pez! ¡Lo tenía en la jarra, mamá! ¡Era un pez payaso! ¡Un pez payaso de verdad!

Eleni me miró muy seria y no pareció compartir mi entusiasmo. Mi madre

y Emilia parecían atónitas, como si no me entendieran.

—¡Hay un pez ahí abajo! ¡Y el agua está salada! Se nos está colando el mar... ¡Venid conmigo!

Eleni se miró los zapatos blancos y el ruedo del vestido y percibí sus dudas. Parecía que la hubiesen invitado a una comunión.

—Cariño... —Mamá me puso una mano en el hombro—. Eleni se va a mojar la ropa si baja y nosotras estamos cansadas. Es posible que el agua haya cogido sabor a sales o que haya alguna filtración de las salinas... Venga, sube a cambiarte, que estás empapado.

Yo la miré atónito, sin poder creerme que ignorara el misterio principal, la enorme maravilla que yo estaba intentando comunicarle.

—¿Y qué pasa con el pez?

—Lo buscaremos luego. Hay peces naranja que se parecen mucho al payaso aunque no tengan nada que ver. Anda, ve arriba, cámbiate y enséñale a Eleni tus libros de animales.

Yo estaba acostumbrado a ayudar a mamá en todo lo posible y aquella no iba a ser una excepción, así que, a regañadientes, hice lo que me pedía. Eleni subió primero las escaleras, pero yo miré a las madres una última vez: a la mía, triste, cabizbaja, abrazada a sí misma en desamparo; a Emilia, preocupada pero firme, con los ojos muy abiertos.

Acerté a oír el susurro, lleno de inquietud: «Lo sabe».

El precio de la sal

—*E*s de locos. De locos... —El fontanero se apoyó en sus fuertes brazos para emerger de aquella especie de alcantarilla que habían encontrado en el jardín—. Macho, tendrías que ver lo que hay ahí abajo.

Su colega parecía un jubilado que tenía el talante de esas personas que, tras toda una vida de experiencia en su profesión, la acaban convirtiendo en su rasgo más destacado. Era el Fontanero con mayúsculas, de los pies a la cabeza. Encendió la linterna y se asomó al agujero.

—¡Virgen santísima! —murmuró resignado—. A quién se le ocurriría construir en un sitio así.

Habían pasado toda la mañana cavando en el patio, amontonando la tierra y sepultando sin piedad las margaritas que se habían extendido por todas partes, como un prado de azúcar glas, y lo que más me dolió, destrozando las gerberas que mamá y yo habíamos plantado en primavera. Recordaba con pesar las instrucciones que venían en el paquete de semillas, mientras les veía lanzar una tras otra las paladas de tierra a sus espaldas: «Tenga cuidado de no ensuciar con tierra el nacimiento de las hojas». En todo el año no habían estado tan grandes y espléndidas, pero aquellos hombres las ignoraron completamente.

—Hay que bajar, no queda otra. —Se arremangó el abuelo—. Menos mal que quien construyó la casa dejó puesta la escalerilla, porque te aseguro que no he visto nada igual en cuarenta años de pelearme con pozos negros y con caños de hierro.

Mi madre no estaba en casa porque se había ido a trabajar. Antes de marcharse había servido limonada en vasos de plástico y dado instrucciones precisas y firmes a los trabajadores:

«Necesito que el bajo quede completamente seco, igual que estaba. Es muy importante».

Los fontaneros habían registrado con diligencia nuestro saloncillo de verano, el garaje y el lavadero hasta llegar a la conclusión de que la tubería estaba dañada por el otro lado y de que el agua venía de un caño que se perdía hacia la zona del patio. Tenían que cavar allí, no había otro remedio. Dudaba de que mi madre lo hubiera aprobado, visto el desastre que habían provocado en el jardín en cuestión de minutos, y me sentía mal por no haber sido capaz de pararles los pies. Yo era el hombre de la casa en su ausencia. Tendría que haber tomado el timón, ejercido de capitán de la nave. Aquellos marineros de agua dulce se me estaban revolviendo. Así que me enfrentaba a un motín en toda regla.

—Yo bajaré con ustedes —anuncié remangándome los pantalones. Ya estaba bien de ejercer de pasmarote.

—Niño, te puedes matar si te resbalas de la escalerilla. Vete por ahí a jugar y déjanos trabajar en paz.

Los fontaneros bajaron con cuidado, haciendo un ruido de mil demonios cada vez que las herramientas de sus cinturones repiqueteaban contra el metal de la escalera y el eco propagaba el sonido por la pared cilíndrica. A pesar de que estaba oscuro, pude ver el reflejo del agua en el fondo: era como asomarse a un pozo profundo, de esos que aún podían encontrarse en algunas granjas. Finalmente alcanzaron una especie de plataforma de hormigón.

Encendieron la linterna y miraron a su alrededor: un inmenso tanque de agua los rodeaba. Yo nunca había visto ni oído que tuviéramos aquella especie de piscina bajo los cimientos. Se me ocurrió que quizás podríamos bañarnos allí. Quizás podría invitar a mi amiga Eleni.

—Estos deben de ser los muros de carga de la casa —apuntó el abuelo, tan erudito—. Para salvar algún desnivel. No sabemos cómo serán de profundos.

—Está claro que ese mismo desnivel es la causa de que esto se inunde. ¡Anda que no había suelo donde poner los cimientos! ¡Anda que no había campo! —El fontanero joven sudaba copiosamente. Estaba claro que no tenía la vocación del mayor y que le resultaba fastidiosa la tarea—. La gente a veces piensa con el ojo del culo. ¿Y qué sentido tiene enterrar la maldita escotilla? ¡Ni que lo hubieran hecho a propósito!

—No seas zopenco. Está claro que la tierra del jardín la pusieron después... Mira, aquella debe de ser la cabrona. —El abuelo examinó un momento la

tubería con su linterna, que yo podía ver desde arriba iluminando el escenario, haciendo que mantuviera todo su misterio—. Es de agua salada. Mira la corrosión... Parece como si se la hubieran comido a mordiscos.

—Pues buenas están las paredes. ¡Cubiertas de salitre por todas partes! Niño, si bajas tráeme un poco de agua. O de esa limonada que ha dejado tu madre.

—De eso nada, criatura. Ni se te ocurra bajar...

Yo seguía agarrado al borde, sin perder detalle, fascinado. Tenía que estar presente en el momento en que dieran con la clave.

—Es como si el nivel del agua subiera y bajara aquí dentro. Como la marea. Pero no tiene ningún sentido. ¿Quién querría traer agua salada hasta aquí? ¿Para qué?

—Vamos a sacar ya el soplete, ¿no? Que se nos va a hacer la hora de comer. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

El abuelo continuaba pasando sus manos callosas por las paredes blancuzcas haciendo caso omiso de su compañero. Intentando entender.

—Primero habrá que saber dónde está la avería, ¿no? ¿O qué? ¿Vas a usar el soplete como si fuera un lanzallamas? Fíjate. Hay que seguirle la pista. Al reventar, ha inundado este desagüe y ha llegado a la casa... Hala, ya lo tengo. Este es el agujero.

El Fontanero con mayúscula continuaba haciendo su diagnóstico. Para mí era como un detective casero, una especie de Sherlock Holmes salido de las versiones de bolsillo, en papel amarillento, que mi madre me había prestado. Solo que, en vez de resolver asesinatos, solucionaba enigmas hidráulicos. *El misterio de la piscina desconocida. El extraño caso del atentado de la tubería. El secreto del mar subterráneo...* Aunque no elevasen la voz yo podía oírlos con claridad, gracias al eco de las paredes.

—A ver si acabamos rápido, que la señora necesita ese bajo seco cuanto antes —se burló el más joven imitando a mi madre con una voz estúpida.

—Debe de necesitarlo para reunir a ese grupito del que habla tu suegra. Ya sabes... Mujeres que se juntan... y que son algo más que amigas. Tú ya me entiendes. Dame un poco más de plomo, anda, que me lo racaneas como si fuera oro puro.

—En correos la semana pasada recibieron un libro muy sospechoso, del extranjero. Me dijo Pedro el Pequeño que separó con mucho cuidado el papel de estraza que lo envolvía y que le echó un ojo a la cubierta. Así, rapidito. Y

que salían dos mujeres en actitud..., bueno, ya sabes..., cariñosa. La una tocándole a la otra el hombro y haciéndole ojitos mientras el hombre miraba a lo lejos, con los ojos como platos.

Di un respingo porque aquella era precisamente la cubierta que yo había visto sobre la mesita de nuestro salón de verano aquella semana. *The price of salt*.

—Y no es para menos —continuó el joven—. Menuda aberración. Qué mujer podría hacerle ojitos a otra teniendo a un hombre cerca. Pues una degenerada. ¡Si le falta lo principal!

—Pues esperemos que esta señora tenga perras no solo para comprarse libros, sino también para imprevistos. Porque tal y como tiene el sótano, solo puede ir a peor... Esto es un puñetero desastre.

—Dicen por ahí que son una especie de brujas —siguió malmetiendo el joven—. Que se juntan para hacer sus pociones amorosas y sus aquelarres. Siendo madres solteras, más les valdría dejarse de jueguecitos entre ellas y dedicarse a atrapar a algún hombre...

—Venga, que ya hemos terminado. Pasa bien la linterna alrededor, que no nos dejemos nada. Con esta oscuridad no se ve un carajo.

Recogieron y volvieron a subir con estrépito por la escalerilla, ascendiendo a buen ritmo, pisando al unísono.

—Dile a tu madre que esto ya está —sentenció el fontanero joven. Parecía que, aunque el mayor hiciera todo el trabajo, él fuera el encargado de tratar con los clientes—. Hemos tapado la alcantarilla, no se le vaya a meter algún bicho. Ya solo hay que echarle la tierra por encima. Le hemos puesto bastante plomo, así que espero que aguante, pero dile que debería hacer algo con lo de abajo porque se le va a acabar comiendo los cimientos.

Me despedí con un asentimiento de cabeza, cerré bien la puerta y me fui directo al jardín.

El descenso

*E*stuve varios minutos sentado frente a aquella pesada tapa de cemento, sin poder concretar ningún plan de acción. Tenía la mente en blanco, pero era como si, en el fondo, estuviera atando cabos, asimilando todo lo que había oído en boca de aquellos hombres. Sus palabras resonaban abriendo una pregunta tras otra, sembrando dudas por todas partes en el jardín de mi mente.

La tapa metálica tenía el extraño dibujo de una concha marina en espiral y, para mí, representaba una especie de portal a lo desconocido. Era el sello que contenía a los fantasmas de una enorme caja de Pandora en cuyo interior se habían sugerido cosas incomprensibles e inquietantes. Potenciales peligros que podían alterar mi vida y la de mi familia, que en mi caso tan solo éramos mi madre y yo. Mi mundo entero se había llenado de enigmas y había alcanzado una profundidad que no era menor que la de aquel pozo.

A falta de un verdadero permiso, imaginé a mamá contemplándome para valorar si tenía la edad suficiente. Siempre lo hacía así. Ella no era como esas madres que se niegan por sistema en cuanto una situación es algo distinta de la rutina o comporta el más mínimo riesgo. Prohibirlo todo siempre es el camino más cómodo para los adultos: reduce las preocupaciones y la responsabilidad. Pero mi madre era de las que comprendían la necesidad del desafío, la oportunidad que suponía. Sabía que un niño solo puede hacerse hombre si vence sus miedos uno a uno, si se ve inmerso en situaciones novedosas y difíciles, y aprende a salir de ellas por sí mismo. «Búscate la vida.» «Tú sabrás.» A veces eran más difíciles que un rotundo «no». Ella contenía su angustia y yo tentaba los límites. Simplemente, confiaba en mí.

Todo esto me decía yo, con otras palabras más infantiles, mientras me

enfrentaba a aquel agujero. Buscando con desesperación la aquiescencia de mi madre ante mi deseo de saltar al vacío.

La escalerilla tenía los peldaños resbaladizos por la humedad, pero apoyé los pies con cuidado e intenté recordar el ritmo de los fontaneros mientras descendían, como si aquella cadencia pudiera conducirme de forma segura hasta el fondo. Se parecía a un truco silábico que era importante respetar. «La ele con la a, la. La ele con la e, le...»

Fui descendiendo con el corazón desbocado, mientras el ambiente cambiaba, cada vez más cargado de humedad. Sumergiéndome en la atmósfera de irrealidad que impregnaba aquella cámara.

Las paredes tenían rastros de sal, como habían dicho los fontaneros, pero además estaban decoradas con dibujos extraños: apunté hacia ellos con la pequeña linterna y se revelaron las incrustaciones propias de las rocas de playa, como minúsculos gusanos.

A medida que bajaba, la pared de hormigón se fue poblando de musgos y de algas, bígaros, lapas, restos de pólipos y bellotas de mar, caparazones de cangrejos, restos de cuando el nivel del agua había estado más alto. Era un surtido completo y rico de organismos marinos. ¿Por qué los fontaneros no me habían dicho nada? A veces es como si los adultos no vieran tres en un burro.

Conseguí llegar hasta el fondo y apoyé mis pies en el suelo de hormigón. Era como un muelle que se extendiera ante un inmenso lago, destellando por el sol que se colaba por el tragaluz del pozo. Desde arriba llegaba una columna en la que flotaban partículas de polvo y tierra y que hacía brillar el espejo negro que tenía a mis pies, pero no me permitía ver más allá de la superficie.

—¡David!

La voz de mi madre. Me quedé paralizado y durante un momento no supe si revelar mi posición.

—¡Sí! ¡Estoy aquí!

Su rostro cubrió parte de la entrada de la escotilla y oscureció aún más la cámara.

—¡David! ¡Sube inmediatamente!

—Un segundo...

—¡Ni un segundo! ¡Sube ya! ¡Inmediatamente!

No podía renunciar a mi reino secreto. ¡De ninguna manera! Quizás lo

cegarían y lo perdería para siempre. Me parecía insoportable. Pero mamá ya estaba en el punto en que no se podía discutir con ella.

Subí la escalerilla lo más rápido que pude, recordando en mi cabeza el ritmo machacón de los fontaneros. Cuando asomé por el agujero, mi madre me abrazó como si llevara un año sin verme.

—Hijo, ¿cómo te has metido ahí? ¿Por qué no me has esperado? No debes volver a bajar, ¿entendido? Es muy peligroso.

El abrazo de mamá era tan fuerte que me estaba haciendo daño. Me clavaba los dedos como si quisiera anclarme al suelo para no volver a separarse de mí.

—Prométeme que no volverás a bajar —me suplicó—. Prométemelo...

—Te lo prometo, mamá —respondí con un nudo en la garganta.

Nunca había cruzado los dedos con tanta fuerza al hacer una promesa.

Mi madre me envió entonces a mi cuarto y se pasó la tarde en el patio intentando arreglar el desastre de las plantas. Todavía quedaba una luz suave y difuminada en el cielo, pero yo encendí la lamparita que estaba al lado de mi ventana. Nunca me ha gustado la oscuridad, todavía hoy duermo siempre con una luz encendida.

Aparté un poco los visillos para observarla, temiendo que fuera a cegar la escotilla del jardín antes de tiempo y acabara así con la exploración que ni siquiera había comenzado. Mis temores casi se hicieron realidad cuando tomó la pala y descargó una primera carga de tierra sobre la tapa. Después la observó, me pareció que con tristeza, y retiró la tierra que antes había arrojado. Estaba dudando, de eso estoy seguro. Había clavado la pala en el suelo y se había apoyado en ella mientras pensaba. Finalmente, para mi alivio, desistió.

Cuando terminó de nivelar el suelo y de tirar las gerberas que ya no tenían remedio, se quitó los guantes de jardinería y subió a la casa. Se había hecho de noche.

La oí trastear en la cocina y supe que no debía bajar. No me lo había dicho de forma explícita, pero cuando me envió a mi habitación, ya sabía que estaba castigado hasta el día siguiente y que no debía salir. Nuestra relación era tan estrecha que podíamos entendernos bajo la alfombra delgada del silencio.

Yo sabía que seguía enfadada porque me había metido en el subterráneo sin su permiso, pero eso no impidió que apareciera sonriente en el marco de la

puerta, con una sopa humeante en la mano.

Durante los siete días siguientes, me arropó, me dio las buenas noches y me besó, como siempre hacía. La séptima fue la última noche de aquella «vida anterior».

La última noche normal, la última de mi infancia.

Recuerdo que me dormí con un pensamiento obsesivo: en el tanque subterráneo tenía que haber peces, y no unos cualquiera. Estaba seguro de que allí tenía que haber peces payaso.

Soñar con una casa que se cae

Cuando mamá se despidió de mí, una claridad de madrugada ya se intuía bajo la persiana. Debía de ser temprano, pero yo ya estaba acostumbrado a que ella hiciera horas extras en el trabajo incluso en días festivos.

Siempre solía dejarme el desayuno preparado y repetirme las mismas escuetas frases con las instrucciones básicas: «Me tengo que marchar. No le abras la puerta a nadie. Volveré a la hora de comer».

Sin embargo, esta vez hubo un matiz algo diferente en su rutina. Me dio un beso, entreabrí los ojos y la vi con su abrigo de lana color crema y su sombrero femenino a juego, sin ala apenas, ajustado con una cinta negra. «Me tengo que marchar. No le abras la puerta a nadie. Volveré lo antes posible». Le devolví el beso y me acurruqué entre las mantas.

«Lo antes posible.» Una construcción indefinida. Volví a dormirme y aquella mañana tuve un sueño. Los sueños que se producen durante el día, en las siestas, suelen ser más pegajosos y pesados que los nocturnos. Vienen de la mano de inquietudes y de malas digestiones. Soñé que el augurio maldito de los fontaneros se hacía realidad.

En mi pesadilla oí aterrorizado cómo la casa se derrumbaba, afectados los muros por la corrosión del agua salada, los mordiscos de los minúsculos peces y los besos letales de las lapas. En medio de un estruendo de mil demonios, calculé que dentro de la cámara subterránea estaría seguro. Sabía que allí no me pasaría nada.

La casa cayó ladrillo a ladrillo, arrastrando puertas, ventanas y tejas, en una destrucción de vertedero de obra. El desmoronamiento produjo polvo, cascotes, pedruscos, y hasta creí que el hormigón se filtraba entre las juntas, como si fuera la mezcla de agua y sedimentos de un volcán extinto.

El fuerte chirrido de los hierros al derrumbarse me despertó.

Recordé entonces que estaba completamente solo, que mi madre se había marchado de madrugada y que «lo antes posible» aún no había llegado.

Dicen que soñar con una casa que se cae es indicativo de un cambio interior. Me lo explicó Catherine muchos años después. Significa que has llegado a un punto ciego de tu vida y que debes cambiar el rumbo, crecer personalmente, expandirte de maneras en que nunca lo habías hecho antes. Y eso fue lo que tuvo que hacer mi mente, que ya nunca volvería a ser la misma.

Era ya de mañana y yo seguía con aquel regusto desagradable que me había dejado la pesadilla, con aquella ligera sensación de plomo en el pecho. Bajé corriendo al jardín, en pijama, y allí encontré abierta la tapa con el extraño dibujo de la caracola. Me asomé al agujero y me sorprendió ver que los fontaneros estaban allí otra vez. Sin duda, la avería era tan grande que mamá había tenido que volver a llamarlos de urgencia.

—Anda, Manuel, pásame el soplete, que se nos va a ir el día.

Tenía la extraña sensación de que todo se estaba repitiendo. Manuel Remo e Isidro Sánchez eran sus nombres, debí de verlos en el papel que me habían dejado en su última visita, con su teléfono apuntado, porque en ningún momento les había preguntado cómo se llamaban.

Cuando se incorporaron, sus trajes de faena me parecieron muy oscuros, casi negros, iluminados tan solo por la luz de la linterna en el fondo de la cámara. Hubiera dicho, incluso, que iban disfrazados. Que llevaban capas negras y largas por encima de sus monos de trabajo. Por un instante me parecieron seres poderosos, como superhéroes, capaces de arreglar todo aquello que está bajo la piel del mundo, y sus palabras me sonaban tan verdaderas que tuve que creérmelas:

—Niño, tu madre nos ha llamado. Que se ha tenido que ir, pero que recibirás noticias tuyas lo antes posible.

Sin pedirles permiso bajé por la escalerilla y me puse a su altura, pero para entonces ya estaban recogiendo. El mayor sostenía en la mano la tubería rota, que estaba completamente oxidada. De ella chorreaba una sustancia limosa y rojiza.

—Pero ¿qué haces aquí abajo, leñe? ¿No te dijimos que no bajaras?

Nosotros ya hemos terminado. Nos tenemos que ir... ¿Nos puedes dar tu teléfono, por si tenemos que llamarte?

Metí la mano en mi bolsillo y les entregué un papel de color azul pastel, con el dibujo de una tarta, donde había un teléfono escrito por la mano de mi madre. Me hizo gracia darme cuenta de que era color pastel y tuviera un pastel dibujado.

Ellos subieron la escalerilla, con su característica melodía metálica por el repiqueteo del soplete, la llave inglesa y el martillo, y para mi sorpresa me dejaron allá abajo, solo. Cerraron la tapa y así bloquearon la fuente de luz.

Encendí mi linterna y busqué por fin en las profundidades de aquel lago oscuro, que intuía lleno de prodigiosos seres. La realidad no me defraudó, supo estar a la altura de mi imaginación: había allí todo un ecosistema, vibrante y colorido, más propio del Pacífico y de los arrecifes de coral que del mar Mediterráneo. Allí abajo, protegido en la cámara mágica, todo tenía más sentido que en la superficie. Todo tenía explicación.

No solo había caballitos de mar, corales y peces payaso escondiéndose entre las anémonas que prosperaban contra las paredes del muelle sino que, más allá incluso, pude intuir animales más grandes, con la forma de rayas, peces martillo y hasta un pequeño tiburón. Había pulpos y estrellas de mar gigantes, cangrejos de caparazones como un puño, tortugas marinas y hasta nautilus.

Pronto localicé un banco de medusas fosforescentes que recogían la luz de mi linterna cuando las iluminaba. Llenaban el tanque de azulados fuegos fatuos que se juntaban y se separaban haciendo dibujos para mí. Se habían congregado allí todas las maravillas del océano.

Mi madre estaba nadando entre ellos.

—¡Mamá, los has engañado! ¡A los fontaneros! ¡Te has escondido bajo el agua y no te han visto!

Ella sonrió y subió por una escalerilla lateral que yo no había visto hasta entonces. Llevaba el bañador negro que se había comprado el verano pasado y cogió una toalla para secarse.

—Ven, David. Te voy a enseñar una cosa.

Entonces se apoyó en la pared y deslizó la puerta circular de hormigón. Una luz se coló por el túnel un instante, antes de que su silueta fuera engullida. La oía cantar una canción alegre: *A dream is a wish your heart makes*, que habíamos recibido por correo el año anterior y que se traduce algo

así como *Un sueño es un deseo que tiene tu corazón*. El pequeño vinilo nos lo habían enviado desde Estados Unidos e incluía tres temas más de la película *La Cenicienta*, de Disney. Aquella canción me la había cantado mi madre muchas veces antes de dormir.

Seguí a mamá por aquella gruta, que ya no era de hormigón sino que había pasado a ser de roca natural, una creación única de erosiones y desniveles, con el suelo húmedo por el agua salada. Ya no necesitaba mi linterna porque la luz de la mañana hacía brillar cada relieve, cada rugosa imperfección de la superficie, haciéndola rotunda y consistente a mis ojos.

Mi madre se había perdido tras un recodo, pero yo seguía oyendo su voz dulce y melódica, resonando como un eco en las paredes. Me llevé una sorpresa tremenda al descubrir que el sótano de mi casa era el principio de un túnel que llegaba directo hasta la playa.

El final del recorrido era una cueva, un sereno refugio que daba al mar y a la arena. Allí ya no había música, sino tan solo el susurro de las olas que rompían frente a mí. En el suelo de piedra había un gigantesco relieve de amonites, cuya espiral cubría casi toda la superficie.

Me arrodillé, cautivado por su geometría perfecta. Deslicé mis dedos sobre los resaltes tallados, que me parecieron como peldaños en una escalera de caracol. Sabía que era muy antiguo porque mamá me lo había dicho: «Los fósiles de amonites pueden tener hasta 395 millones de años». Yo no podía hacerme a la idea de semejante magnitud temporal, pero sí me había quedado claro que se remontaban al origen, cuando la Tierra aún era joven y el mundo se lo disputaban los titanes, los que verdaderamente daban las coordenadas de nuestro lugar en el mundo: la Tierra, el Cielo, el Mar y el Tiempo.

—¿Mamá? —la llamé.

Entonces ella se apoyó en mi hombro y me di la vuelta. Pero ya no era mamá.

—Tenemos que irnos, David.

Era Emilia, la amiga de mi madre.

—¿Dónde está mamá?

—Está de viaje y me ha pedido que cuide de ti hasta que ella vuelva. Vas a tener que mudarte durante un tiempo. ¿Y por qué has bajado al jardín sin decirme nada? Ni siquiera has desayunado...

—¿Por qué tenemos que irnos? ¿Es que se está hundiendo la casa? —pregunté aún aturullado por mi pesadilla—. ¿Es por el accidente de la

tubería?

—Mi niño, la tubería reventó por la presión de algo..., o más bien... de alguien. Aquello no fue ningún accidente. Fue una llamada.

Algunos peces nadan muy lejos

—*L*legué a tu casa a primera hora, pero aún estabas dormido. Bajaste las escaleras con tanta prisa que ni siquiera te diste cuenta de que yo estaba en la cocina y de que tenías el desayuno preparado. ¿Adónde ibas con tanta urgencia, niño? ¿Estuviste con Manuel e Isidro? Me dijeron antes de irse que habían hablado contigo...

—Sí, me los encontré allí.

—Bien. Pues no se hable más. Vendrás a mi casa y te quedarás unos días con Eleni y conmigo. Ya verás. Serán como unas pequeñas vacaciones..., hasta que vuelva Alice.

Mi maleta ya estaba en la puerta, cerrada y solitaria. Deduje que Emilia la había llenado con premura, mientras yo estaba en el jardín. Estaba seguro de que habría metido todo tipo de objetos útiles, como ropa, zapatos, el peine o el cepillo de dientes, y ninguno de los que de verdad me importaban. Me sentí tentado de pedir permiso y subir a mi cuarto corriendo para coger un par de cosas, pero me pareció inoportuno e infantil. Aquella mujer ya estaba teniendo suficiente paciencia conmigo. Fue un pecado de timidez que me reprocharía durante semanas.

Antes de salir de casa, comprobé bien la cerca del jardín, las ventanas una por una, corrí las cortinas. Me aseguré de que todos los grifos estuvieran cerrados, la nevera vacía, los fusibles desconectados. Yo era el hombre de la casa y tenía que preocuparme por que las cosas estuvieran bien hechas. Como a mamá le hubieran gustado.

Cerré la puerta y eché la llave con una sensación de plomo y arena en el pecho y con la incertidumbre de no saber cuándo regresaría mamá.

La casa de Emilia no estaba lejos, pero llevábamos la maleta y la comida de

la nevera y de las alacenas en un par de carritos de la compra de tela escocesa, así que Emilia había hecho bien en venir con su Seat 1400 recién comprado. Las lilas que trepaban por las cercas, con su olor penetrante, me hicieron saber que nos estábamos aproximando a la antigua casa señorial en la que vivían madre e hija, no muy grande pero si lujosa, con un aire victoriano. Eleni llevaba a menudo adornos de lilas en el pelo o ramitas entre las manos, era su olor peculiar. Y las tartas que su madre solía traer a las reuniones del club siempre estaban rematadas con aquellas pequeñas flores, como una constelación de estrellas violetas.

Era casi mediodía cuando logramos instalarnos y Emilia se sentó, desplomada, en la cama contigua a la mía. La vi agotada por la improvisada mudanza, acarreando mi maleta por las escaleras hasta la que sería mi nueva habitación.

Aquella era la habitación de Eleni y me sentí turbado por haber tenido un acceso tan abrupto a su mundo privado, que desprendía una femenina intimidad. Me veía como un pequeño invasor de otro mundo y me pareció que no debía estar allí. Yo nunca antes había estado en el cuarto de una niña.

Eleni tenía hasta una Mariquita Pérez y un carrito donde la paseaba; me turbó descubrir su armario entreabierto, con su ropa de niña llena de lazos, su caballito de adorno sujeto por una barra de carrusel, su cuadro de un conejo rosa firmado por su madre... Casi me caigo de culo cuando vi un proyector casero de cine NIC, de los que yo había visto solo en los periódicos, y sobre el que se apilaban las cajitas alargadas con los rollos de película. Me moría por ver sus dibujos de papel cebolla.

—Por lo menos tendría que haberse llevado la guitarra —le dije a Emilia—. Mamá la va a echar mucho de menos. Le gusta tocar un poco cada noche y dice que si no, se le quedan los dedos anquilosados. Aunque solo fuera por eso, debería volver, ¿no? Y creo que no se ha llevado sus cremas de la piel. Ya sabes que tiene que hidratarse a menudo. Lo mismo no encuentra por ahí esas que le gustan... ¿Cuánto tiempo crees que estará fuera?

—No estoy segura —respondió Emilia incómoda—. Unas semanas, me imagino. Los buques de vapor tardan todavía mucho tiempo en ir y venir, y Nueva Zelanda está muy lejos...

Nueva Zelanda..., el país de origen de la familia de mi madre. Tan lejos como el otro lado del mundo, según ella. ¿Por qué no me había llevado? ¡Yo siempre había querido subir a un buque de vapor y ella lo sabía! ¿Por qué no

me había dicho nada? ¿Tenía miedo de que insistiera en irme también? ¿De que intentara, mediante todos mis lloros y tretas, que no se fuera sin mí? Si aquel era un asunto familiar, tal y como parecía, ¿es que yo no formaba parte de la familia? No entendía nada, pero, en cualquier caso, mamá se había equivocado dejándome allí como si fuera un mueble y no una persona. Pude repetirme las palabras exactas que los mayores dedican siempre a los niños cuando quieren que se conformen, cuando los dejan aparcados para tener así mayor libertad, cuando, por comodidad, deciden ignorar sus sentimientos: «Algún día lo entenderás. Cuando seas mayor».

Eleni apareció en la puerta de la habitación con su camisa de dormir y un vaso de agua en la mano. Emilia aprovechó para incorporar sus maduros kilos de peso, apoyándose en el borde de la cama con ambas manos para darse impulso.

—Hija, ¿te importaría quedarte con David un rato? Voy a ver si termino de preparar la comida...

Eleni entró con sus pasos ligeros, oscilando como espuma que baila en la orilla. Dejó el vaso de agua en la mesilla de noche, se sentó enfrente y se quedó mirándome, sin saber qué decir.

Yo tampoco dije nada, solo esperé callado.

Por un momento, su sola presencia había logrado apartarme de los pensamientos acerca de mi madre. Ahora los dos estábamos atrapados en aquella situación incómoda que ninguno de los dos había deseado y que nos obligaba a ser compañeros de cuarto. Pero allí no había nada mío, aparte de una pequeña maleta sin gracia. No compartíamos el lugar en igualdad de condiciones. Estábamos en la habitación de Eleni y yo no era más que un pegote.

Ella no tardó en apartar la mirada y acomodarse contra el respaldo de la cama que había junto a la mía, resoplando. Al cabo de un rato, el silencio empezó a cerrarle los ojos. Tenía ojeras y estaba claro que no había dormido bien aquella noche y que necesitaba una siesta.

—Chsss..., Eleni —susurré.

—¿Mmmm? —preguntó ella, casi en sueños ya.

—¿Tú has leído el Manifiesto de las Cincuenta Palabras?

—No.

—Pues a mí me gustaría saber lo que pone... —Las murmuraciones de los fontaneros no se me habían olvidado. Quizás la resolución de un misterio

llevaría a la de otro. Quizás así pudiera averiguar a qué se debía la marcha temporal de mi madre—. Me gustaría saber qué palabras son. ¿Y por qué utilizaron 50, y no 49 o 51?

—Dicen que al principio eran cincuenta mujeres —respondió Eleni somnolienta, sin mucho interés. Bostezó—. Y por eso...

—¿No te parece un poco raro que todas tengan las mismas marcas en la piel? —Los fontaneros habían mencionado las palabras «bruja» y «aquejarre». Las reuniones se hacían en mi propia casa, yo sabía que no eran más que habladurías. Pero me preocupaba lo que se estaría cocinando en el pueblo, a nuestras espaldas. Yo era el hombre de la casa, ahora más que nunca, y tenía que velar por mi madre y por su reputación—. No sé, tu madre y la mía son muy normales, pero hay otras... Graciela siempre se está riendo por tonterías, sin sentido. Nieves es una marisabidilla que no pierde la oportunidad de corregir a todo el mundo. Eva es una estirada que apenas habla y Antonia..., Antonia es lenta como una tortuga, como si tuviera sueño todo el tiempo. Son..., no sé, raras.

Iba a seguir hablando, pero me di cuenta de que Eleni ya se había dormido. Me sentí avergonzado por la capacidad que había demostrado para el cotilleo y me alegré de que no me hubiera oído. Entonces me incorporé y ayudé a mi amiga a recostarse en la cama, la tapé con el faldón de la colcha y me bebí el vaso de agua que ella había traído. La ventana estaba entreabierta y los graznidos de las gaviotas sonaban estridentes. Con su parloteo me recordaban a mí mismo, hablando sin parar de aquellas mujeres distantes que siempre me habían mostrado la superficie, y de cuyas reuniones siempre me habían excluido. Ya no podría comentar nunca *La travesía del Viajero del Alba*. Ninguno de mis amigos sabía inglés, y Eleni ya me había dicho que no le interesaban los barcos en absoluto. No tenía a nadie con quien compartir las opiniones sobre aquella historia, que seguían señaladas por los recortes de papel de periódico, esperando a ser escuchadas, debatidas, ampliadas... Tragué saliva con pena, como si así pudiera también tragarme las ideas.

Abrí del todo las ventanas, hasta que las bisagras ya no dieron más de sí, y suspiré. Nunca había vivido tan cerca del mar.

Estábamos a principios de octubre y tenía que seguir yendo al colegio, así que, a partir del día siguiente, Eleni y yo caminamos juntos por las calles

empedradas del pueblo hasta la entrada de la escuela donde nos dividíamos: ella se iba a su edificio con las niñas y yo al mío con los niños.

Por la tarde dábamos un paseo de vuelta a casa, tocando todas las lilas con la mano como si chocáramos palmas con sus racimos. Allí nos estaba esperando la merienda, que muchas veces nos tomábamos en el patio o en el cuartucho trasero que Emilia destinaba a taller, mientras la mirábamos trabajar en el torno de cerámica o decorar con esmaltes sus últimas creaciones.

Me encantaba mirar cómo trabajaba Emilia. Me gustaba mucho más estar allí, con ellas, que en la calle jugando a las canicas o a la pelota o intercambiando cromos. El aroma de las lilas era tan embriagador que daba la impresión de adherirse al pelo y a la ropa. Y el movimiento del torno era tan relajante como los discos de música ambiental que ella solía poner de fondo. Ambos, torno y disco, daban vueltas como si intentaran hipnotizarnos.

Cuando la luz caía un poco, mientras Emilia preparaba la cena, Eleni y yo subíamos a su habitación, apagábamos las luces y cerrábamos bien las persianas. Ella abría una de aquellas cajitas alargadas que guardaban el minúsculo y delicado rollo de papel vegetal, con dibujos rudimentarios de *Los tres cerditos*, *Betty Boop* o *El Gato Félix*. Ambos nos sentábamos muy juntos en una de las camas, apretados el uno junto al otro. Eleni me pidió que le diera a la manivela del cine porque a ella se le cansaba la mano.

Las primeras veces que me puso *La Cenicienta* escuchamos la historia con el audio original, que consistía en la solitaria voz del narrador, pero ella también tenía una copia del vinilo de música, porque mi madre había pedido dos y se la había regalado. Pronto nos las apañamos para sincronizarnos y darle al botón —«Uno, dos, tres. ¡Ahora!»— y poner la canción principal justo al principio de la película. Yo dejaba volar mi mente en aquella oscuridad mientras escuchaba *A dream is a wish your heart makes* y los dibujillos esquemáticos daban saltos ante mis ojos, agachándose, saltando, juntándose y separándose. El parpadeo hacía que las imágenes bailaran.

Fueron tantos los pases que, en ocasiones, yo ya ni les prestaba atención. Dejó de importarme la película, que se convirtió en un telón de fondo que me relajaba y me permitía acceder a lugares más profundos de mí mismo.

En el mágico habitáculo, que compartía todo el ensueño propio de la experiencia cinematográfica, me asaltaban los recuerdos insistentes de mamá cantándome aquella canción, mamá caminando a través de la gruta hacia la

playa, mamá trabajando en el jardín y plantando las gerberas o mamá simplemente leyendo sobre los cojines estampados... A veces solo miraba a Eleni tumbada boca abajo, embelesada, con los ojos como platos, mientras un único haz de luz se reflejaba en sus iris, por obra de mi mano.

No importa que tu corazón esté afligido.
si continúas creyendo,
el sueño que deseas se hará realidad.

Y entonces yo movía la manivela y, como por arte de magia, lograba transformar los tristes harapos de Cenicienta en un maravilloso vestido con un gorro puntiagudo de princesa.

Eleni tenía libros de cuentos y alguno de flores, y Emilia tenía libros de patrones de costura, de cocina, herboristería, arte y museos del mundo, pero ninguna de ellas tenía libros sobre animales oceánicos y lamenté no haberme traído los míos de casa. Pensé que me harían sentir más cerca de mamá, porque no se me quitaba de la cabeza que estaba nada menos que en Nueva Zelanda.

Yo deseaba ver aquellos mismos animales, las mismas maravillas que ella estaría viendo. Y, sobre todo y por encima de todo, quería volver a ver un pez payaso.

El deseo de aquel animalillo, de su truco de luz anaranjada, había anidado en mi corazón. Necesitaba comprobar que existía, que no lo había soñado. Tenía que demostrárselo, al menos, a Eleni. Su mirada me confirmaría que era real. Así no me sentiría tan solo.

Al cabo de un par de semanas le dije a Emilia que necesitaba pasar por casa y recoger algunas de mis cosas, y ella accedió a llevarme aprovechando que era la festividad de Todos los Santos.

Íbamos los tres juntos y pasamos primero por el mercadillo, donde compramos el arrope, el membrillo y los huesos de santo que nos fuimos comiendo por el camino hasta que los dedos se nos quedaron tan pegajosos que, por mucho que los lamiéramos, era imposible limpiar todo el azúcar. En un momento en que nos tomamos de la mano para cruzar una calle, Eleni y yo compartimos el pringue.

Mientras caminábamos, yo no podía apartar de mi mente las imágenes del jardín, la escotilla y la extraña piscina en la que había visto a mamá por

última vez. Aquel lugar, por lo inaccesible, se iba mitificando con rapidez en mi cabeza, haciéndose más grande, más luminoso y fantástico, más exótico e irremplazable. La distancia solo había conseguido que lo deseara aún más.

En cuanto llegamos por fin a mi casa me lancé hacia el bajo saltando de dos en dos los escalones.

Con alivio comprobé que ya no había agua. Lo habían drenado y estaba seco, con los azulejos mate, los sofás de mimbre en su sitio y los cojines de gardenias colocados con primor. Como si nunca se hubiera producido una catástrofe. Llegué a la conclusión de que mi única oportunidad de volver a ver al pez payaso estaba en la cámara subterránea.

—Tengo que bajar por la escotilla del jardín. La última vez me dejé olvidado algo importante —mentí con la voz más firme de la que fui capaz.

—Está bien —asintió Emilia para mi sorpresa—, pero deja que te acompañe. Eleni, tú espéranos arriba, por favor.

Aquello me envalentonó. Me envainé de nuevo todos los argumentos que había preparado para vencer su resistencia. Estaba claro que aquella mujer me respetaba, si no como a un igual, al menos como una voz que merecía tenerse en cuenta.

La linterna seguía estando junto a la tapa y, una vez que descendimos, traté de iluminar palmo a palmo la puerta disimulada en la pared que se había abierto durante mi encuentro con mamá. Sin embargo, no encontré ni rastro de juntas ni de pomos. Recorrí con una ráfaga también el tanque buscando un atisbo de las criaturas que por allí habían nadado durante mi escapada nocturna, pero allí no había más que agua estancada, vacía de toda vida. Ni rastro del relámpago naranja que tan vivamente conservaba en el recuerdo. Aquel solo era un abismo de negrura y hormigón.

El mar, que sin duda me había buscado bajo kilómetros de tierra, que me había encontrado y contactado, que se había desbordado y había inundado mi casa, se había retraído tímido como en un vaivén de la marea. Y había desaparecido de mi vida.

—¿Estáis bien? —gritaba Eleni desde arriba, su rostro a contraluz—. ¡No puedo veros! ¡Está todo muy oscuro!

—¡Ahora subimos, cariño! —la tranquilizó Emilia—. Vamos, David. Aquí no hay nada. Lo que sea que te hubieras dejado se ha perdido.

Decepcionado y triste, incapaz de comprender, subí por la escalerilla. Aquella fue la primera vez que experimenté esa pesadez de marino varado.

Esa nostalgia del mar, que me había seducido y atrapado, y cuyos salados efluvios necesitaba ya para respirar. ¿Cómo se podía ser feliz sin él? ¿Cómo conformarse con escuchar, desde lejos, la llamada interminable del mar?

Una vez arriba, Emilia se adelantó y regresó a la casa mientras Eleni y yo nos quedábamos rezagados.

—Pero... había un pez payaso —musité—. Ahora ya no hay nada, pero hubo «algo» —intenté explicarle a Eleni protestando en voz alta, resistiéndome a aquel fracaso mayúsculo—. El pez payaso saltó y me dio aquí, en este ojo. Recuerdo perfectamente la sensación. Era un auténtico pez de Nueva Zelanda, con rayas blancas y naranjas, como el del libro...

—Yo te creo. —Me sonrió—. Algunos peces nadan muy lejos. Me lo ha dicho mi madre.

Subí a mi antiguo cuarto y el reencuentro con mis tesoros de infancia me calentó un poco el corazón. Aquellos días separado de ellos se me habían hecho eternos.

En nuestra bolsa del mercado, de tela rígida y con ruedas, metí con gusto y premura los discos de mamá, mis cómics americanos de *Superman* y los patrios del *TBO*, el tomo de los animales oceánicos, la edición en inglés de *La travesía del Viajero del Alba*, mi colección de postales de barcos, un pedazo de goma Pelikan y quince cromos de la Liga que había editado la marca de cigarrillos 46 y que yo había obtenido uno por uno a cambio de hacer recados.

La guitarra de mamá me la llevé en la mano porque no quería que estuviera sola en la casa. Yo no sabía tocarla, pero me recordaría a ella mientras esperaba su regreso.

¿Habría escogido otros objetos de saber que era la última vez que pisaba aquel lugar? Seguramente no. En aquel carrito de la compra me estaba llevando lo más importante, el boceto sobre el que ya dibujaría el resto de mi biografía.

—No lo entiendo —le confesé a Emilia mientras ella trabajaba sentada frente al torno, una vez de vuelta en su casa.

La mujer movía con precisión las manos, unidas en las puntas de los dedos, sobre la superficie de un bloque de barro que aún no merecía el nombre de vasija—. Ese pez tiene que seguir metido en algún sitio, escondido. No me lo he inventado. Yo no digo mentiras. En la pared había..., había...

—Sí. Había una puerta —suspiró Emilia aplicando mayor presión sobre la

pelea e introduciendo el dedo pulgar en el centro para formar la boca—, pero ahora está sellada. Y ya no volverá a abrirse, mi niño. Es mejor que te olvides de ella.

—¿Cómo sabes...?

—Soy hermana de tu madre, ¿recuerdas? Hermana de club. —Me guiñó un ojo—. Lo que había bajo la casa era un acceso, pero ahora que ella se ha ido, no es más que un tanque lleno de salmuera que se ha filtrado. Ya no puede haber peces. Ni otras criaturas. Simplemente, ha dejado de ser un portal.

Yo estaba patidifuso. Todo iba cobrando de nuevo aquella extraña textura de lo extraordinario. El pez existía, la puerta existía, no me estaba volviendo loco. Allí había gato encerrado. Y uno muy gordo. Se estaban revelando aquellos rincones ocultos de la realidad que los niños intuimos, avistamos, pero que los adultos han olvidado y solo vuelven a recordar cuando ya son muy mayores. Cuando dejan de preocuparse por lo más práctico e inmediato y de correr de un lado para otro. Cuando ya no tienen que censurarlo y bloquearlo porque es tan intenso que les distrae del trabajo, de la crianza, de la supervivencia. Entonces se dejan llevar de nuevo por el canto de ese mundo superior e invisible. Vuelven a pensar y a sentir. Y se callan y empiezan de nuevo a escuchar.

Leí en un libro de Catherine que no se puede sostener la mirada a la auténtica realidad durante mucho tiempo. Como cuando haces un pulso con un amigo, de a ver quién aguanta más. Dicen que por eso es que los adultos bajan la mirada. Porque se asustan de lo que ven. Porque es demasiado grande para ellos, tanto para lo bueno como para lo malo. Pero los niños no tienen aún ese miedo, ni ningún otro.

—Entonces, ¿tú sabías que lo del pez era verdad?

—Normalmente lo dejan todo bien sellado y nadie sospecha, pero ese pez payaso tiene un espíritu revoltoso... Indomable y libre y más fuerte que el de un cachalote. Por eso ha nadado tan lejos y ha cruzado los océanos. Parece mentira que un deseo tan grande quepa en un cuerpo tan pequeño. Como mensajero, es bastante inepto. No es la primera vez que se escapa y cuenta cosas que no debe.

—Aquel día me dijiste que lo de la tubería rota había sido una llamada. ¿De quién? ¿Por qué?

—El porqué no lo sé. Pero el que llamó a tu madre fue tu abuelo.

—¿Mi abuelo? ¡Pero si no le conozco...! ¿Tú le conoces? Nunca nos ha

visitado. ¿Por qué reaparece ahora? ¿Por qué mamá nunca le ha traído a casa?

—Porque ella le teme. Y como no le trae nunca de visita, se invitó él solo. Pero no es cierto que no le conozcas. Le has visto y oído muchas veces.

—¿Qué dices? —El corazón me latía desaforado. ¿Vivía mi abuelo en el pueblo? ¿Es que me había estado cruzando con él por la calle sin saberlo? ¿Era acaso el maestro? ¿El panadero? ¿El pescador? ¿El fontanero?—. ¿Cuándo? ¿Cuándo, Emilia?

—Cierra los ojos y escucha.

Así lo hice. Respiré profundo y me concentré en el conjunto de sonidos que llegaban hasta el patio de aquella casa victoriana, flotando como en una nube desde la costa. Las gaviotas que no callaban nunca, el lamento de la brisa metiéndose por las rendijas de las casas ahora que el clima era más desapacible, la sirena ocasional y lejana de un barco. Y, por encima de todo, las olas dejándome su llamada, como un susurro indescifrable, una y otra vez sobre la arena.

Emilia me acercó una caracola a la oreja. Era una concha en espiral, parecida a un amonites, que usaba para modelar y decorar algunos de sus trabajos.

—Ahora te está hablando —siguió ella—. Puedes oír su voz. ¿Ella nunca te lo dijo? Tu abuelo es el océano.

El Manifiesto

—«*L*as cincuenta somos hermanas, a través del tiempo y pase lo que pase. La carne cede, el espíritu pervive. La sangre nos llama, pero también las aguas. La edad nos llama, pero seguimos jóvenes. La muerte nos llama, pero aún seguimos vivas. Podemos elegir y ese es nuestro bien máspreciado.»

La dichosa vibración del móvil interrumpió nuestra conversación mientras Catherine Simmons me leía el papel que había sacado del cajón de su escritorio. Era una copia del Manifiesto de las Cincuenta Palabras. Una de las originales, manuscrita y firmada por todas sus integrantes.

Saqué el teléfono del bolsillo y lo apagué de inmediato. Me dio tiempo a lanzar un vistazo a la pantalla y confirmar lo que ya sabía: era mi padre. Me arrepentí de haber bajado el volumen en lugar de haberlo desconectado.

—Disculpe. Continúe, por favor. No es nada importante.

—El club se creó para mantener unidas a aquellas cincuenta mujeres —me explicó Catherine—. Para que se apoyaran entre sí y conservaran esa parte de su mundo que no querían o no podían dejar del todo atrás. La vida que llevaban antes de ser madres. La nostalgia de la niñez, del espíritu creador, de la libertad. Porque tener hijos no es compatible con casi nada más, ¿sabe usted? O, al menos, no lo era en aquellos días. Las mujeres no son marineras, son seres terrestres. Pero poseen un océano interior, en el pecho. Eso es lo que siempre me decía mi marido, David. Que los hombres navegan por fuera y las mujeres por dentro.

—Entonces, Alice fue llamada... y respondió a la llamada —indagué, centrándome de nuevo en los hechos cronológicos.

—Volvió con su familia original, al parecer. No pudo resistirse a sus raíces. Aquí, en España, fue siempre una extraña, una exiliada. Había vivido toda su

vida en Nueva Zelanda y, siendo aún adolescente, conoció a un marino y se vino con él aquí, donde nació David. Eso es lo que Emilia me dijo, al menos. David heredó de ella los ojos avellana, mientras que el pelo castaño era paterno. De pequeño lo tenía más rubio, pero se le fue oscureciendo con la edad, como les pasa a muchos niños. Pero, volviendo a la llamada, a esa «llamada del océano» de la que habla David en sus escritos, no es otra que la llamada del abuelo. No está muy claro si Alice podría haberle hecho frente o no. Una parte de ella deseaba con desesperación que la llamaran. Recuperar el favor y el perdón de sus padres. Que la liberaran de los agobios económicos, de los cotilleos del pueblo... Deseaba volver al hogar. Era una mujer que estaba demasiado sola y nadie en el pueblo la conocía bien, ni siquiera Emilia. El abuelo de David fue quien envió el telegrama. Él la convenció de que volviera a su país.

—¿Y de dejar a David atrás? —pregunté. Pese a todas las dificultades que podía estar atravesando Alice, incluso en una época tan dura como aquella... —. Debió de resultarle muy duro abandonar a su hijo así, de un día para otro.

—Oh, no es posible saber lo que hay en el corazón de una mujer en circunstancias tan extremas. Simplemente..., estaba dividida. Entre el pasado y el presente. Entre su deber como madre y sus deberes como hija. No se puede tener todo. Pero está claro que necesitaba recuperar su identidad para volver a ser feliz. Que llegó un momento en que la vida en el pueblo perdido de provincias, sola y ajena, se le hizo insoportable. A veces es más destructivo quedarse que marchar.

—¿Y por qué tuvo que dejar a David atrás? ¿Por qué no se lo llevó?

—El abuelo no quería ni oír hablar del niño. Había sido el resultado de la fuga de su hija, había nacido fuera del matrimonio... Yo creo que la puso entre la espada y la pared.

—Entonces..., ella escogió a su familia de origen. —Lo dije en voz alta mientras lo escribía, solo para mantener el hilo corriendo y que me diera tiempo a apuntarlo.

—Su familia, sus amistades, su lengua, su país entero..., su vida anterior. El emigrante es una persona que vive en desgarramiento perpetuo. Siempre está separado, anhelante, desposeído. Tiene un vacío que se puede hacer cada vez más grande, hasta llenarlo por completo. A veces no entendemos, pensamos que nosotros nunca haríamos algo así, pero lo decimos desde nosotros mismos. Es muy difícil colocarse en el interior de otra persona. Hay un millar

de detalles que desconocemos. Días, conversaciones, pensamientos y sensaciones..., son demasiadas variables.

—¿Y cómo pudo encajar David algo así?

—Ahí es donde entramos en mi campo de estudio. —Sonrió con orgullo académico mientras señalaba el ejemplar de *Transformando recuerdos* que todavía estaba sobre la mesa—. Esa es una pregunta que me ha llevado muchos años responder, que ha estado intentando responderse durante una vida entera.

Guardé silencio imaginando cómo la trayectoria vital de David, todo lo que había hecho y pensado y sentido desde entonces, había procurado explicar aquel vacío, aquel enigma gigantesco.

—Al principio Emilia le explicó que se trataba de algo inevitable —dijo Catherine, encogiéndose de hombros—. Que Alice había recibido un mensaje y que no había tenido más remedio que contestar. Que a veces los mayores tenían que hacer cosas que no les apetecían, cumpliendo obligaciones y compromisos. Pero a medida que el tiempo pasaba y ella no volvía, David tuvo que buscar otras explicaciones, y seguramente intuyó la verdad: que ella estaba intentando recuperar su antigua vida en Nueva Zelanda. Aquella que había abandonado un día para seguir al hombre que amaba y que la había dejado atrapada, con un hijo, en un país extranjero y atrasado, donde no encajaba.

—Bueno, no sería la primera madre que lo hace. Que emigra por su hijo y aguanta allí por él. —Me arrepentí en cuanto lo dije.

Estaba cruzando la línea, involucrándome demasiado, juzgando a los personajes de mi historia. Aquel último comentario venía sostenido en una nota de reproche. Lo último que debe hacer un redactor es cargar las tintas en cuanto a culpables y víctimas. Un periodista, dentro de lo posible, debe mantenerse neutral: es la primera lección que te dan en la facultad.

La historia de David me estaba conmoviendo y me sentía parcial. El instinto de defenderle se estaba haciendo cada vez más fuerte.

Catherine adivinó mis pensamientos detrás de aquella frase: ¿No es eso, en el fondo, lo que hacen todas las madres? ¿Sacrificarse por sus hijos? ¿Sacrificar sus carreras profesionales, sus aspiraciones artísticas, sus viajes, su juventud...? ¿No es eso lo natural?

—Emilia me dijo una vez que, dentro de cada madre, hay una niña deseando escapar. Solo que, algunas veces, está tan silenciada que apenas

puede hablar... Como terapeuta, me he encontrado con muchos casos de mujeres que han quedado sepultadas bajo la carga familiar o, simplemente, conyugal. Mujeres que han perdido su nombre y su apellido y han pasado a ser solo «esposa de» o «madre de», y esto las ha llevado a una infelicidad que ni sus maridos ni ellas mismas comprendían. Algunas completan la transformación y otras nunca lo hacen. Se quedan a medias. Como sirenas varadas, si me permite el símil. Ni pez ni mujer. Su resistencia es demasiado fuerte. No llegan a conformarse ni renuncian a lo que eran antes, no lo sueltan. Suelen ser mujeres que tenían una profesión anterior o una vida artística de algún tipo..., que eran independientes y creativas. Y que llegaron a mí deprimidas y confusas, sintiéndose atrapadas. Quizás porque el matrimonio o la maternidad no sirvieron para llenar sus vidas, para cubrir los vacíos ni responder a todas las preguntas. Es lo mismo que les está empezando a pasar, ahora, también a los hombres. A los de su generación, los que hacen de madre. Que nunca se imaginan lo mucho que les cambiará el cuerpo, el carácter y las coordenadas. Sin poder competir o bromear con otros hombres y sin deambular en busca del mamut fantasma... Siempre existirá esa nostalgia del pasado. Porque aprender a conformarse, a silenciarse, a retirarse y a dejar de ser... es un proceso muy lento y doloroso. Lleva años de duro aprendizaje. Aprender a ser madre es, de alguna forma, aprender a morir para vivir a través de otro.

Catherine se quedó observando las vetas de su escritorio de roble barnizado y recorriéndolas con sus uñas de manicura perfecta. Luego se levantó sin previo aviso, se dio la vuelta y abrió de par en par las ventanas de su despacho, que estaban a la espalda de su sillón.

—¿Le importa si fumo? Solo será un momento.

Me pareció chocante en una mujer de su edad, pero recordé que estaba frente a una profesional reconocida, que venía de un tiempo en que la apología del tabaco era omnipresente y tener un cigarrillo en la mano era una señal importante de identidad. Seguramente no estaba acostumbrada a que nadie le dijera lo que tenía que hacer, incluyendo a su médico.

Negué con la cabeza. Yo solo quería que me siguiera contando. Fue respetuosa y se apoyó en el marco de la ventana para que el humo no me afectara.

—Y luego están los hijos, que están seguros de que solo ellos se bastan y sobran para sus padres. Que son egocéntricos por supervivencia. En el caso

de David, tenía que separarse de su madre y entregarla de nuevo a la familia del pasado. Su madre ya no era solo suya, en una situación repentina e irreversible. No tenía más remedio que renunciar a ella o aprender a compartirla. Y eligió lo segundo.

Dio una larga calada antes de continuar:

—Como psicóloga, conozco bien el vacío que la desaparición de un familiar provoca a su alrededor. Es el peor de los escenarios posibles, mucho peor que la muerte, en las circunstancias que sean. Arruina por completo la psique, ¿me entiende usted? La convierte en una marea constante, que oscila entre la esperanza y la desesperanza. Uno está condenado a amarrarse a la soga y a convertirse en ancla. A convertirse en «muerto», que es como en algunos sitios llaman a las rocas que sujetan las barcas junto a las boyas. A esperar de por vida. Una persona desaparecida puede regresar en cualquier momento y retomar las cosas en el punto preciso donde las dejó.

Aplastó la colilla contra un enorme cenicero de cristal tallado, que acababa de extraer de una vitrina.

—La esperanza puede ser un doloroso enemigo. Siempre deja una puerta entreabierta, una grieta sin cerrar en la mente... Consigue algo que los hombres temen y desean por igual.

La miré por un momento, intrigada, interrogante.

—Destruye el sentido del tiempo.

El tío Javier

—*L*o siento, pero no hay nadie más. Tiene que quedarse contigo. Al menos, de momento.

—No entiendo por qué ella te dio mi nombre.

—Por si pasaba precisamente esto.

El torrero encendió un cigarrillo, nervioso, y lo llevó a sus labios cercados por una barba parda y frondosa, pero bien cuidada. Pude ver el pequeño círculo rojo en la penumbra, cerca de la entrada. Ni siquiera había invitado a Emilia a pasar, y eso que nos había costado varias horas llegar hasta allí en el Seat 1400, y se nos había hecho de noche. Un vecino había accedido a acompañarnos y esperaba afuera, con el motor en marcha.

—Este no es sitio para un chaval.

Hablaban en voz baja, pero yo podía oírlos, pese al golpeteo de las ventanas a causa del viento. Estaban cerradas, pero parecía que los postigos fueran a saltar por los aires de un momento a otro.

—No tengo manera de localizar a su padre. Ella me dijo que no tenía residencia fija. Que era marino mercante. Tu dirección es la única que tengo.

—Ya.

—Hay más niños que viven en faros...

—No sin una mujer. Aquí solo estamos Andrés y yo.

—Lo siento mucho, pero sigues siendo su familia más cercana. Esto es lo correcto.

Oí el viento y un portazo y, cuando me di la vuelta, Emilia se había ido. Ya se había despedido de mí antes de que entráramos en la casa, lo habíamos acordado así. Me había besado, me había explicado que mamá estaba tardando más de lo previsto y que lo mejor es que yo estuviera al cargo de

algún familiar y, con aquella coletilla que para mí ya se había vuelto dolorosa, me había prometido que vendría a visitarme «lo antes posible».

El hombre que debía de ser el tío Javier, según me había explicado ella, había desaparecido por la puerta de la cocina, con andares firmes y el ceño fruncido bajo el flequillo castaño, que le caía como una visera sobre la frente. Regresó con un plato de cocido y una cuchara y los puso encima de la mesa del salón, donde yo aguardaba. Su cuerpo y su ropa apestaban a petróleo.

—Aquí tienes. La casa es grande y podrás tener tu habitación. Te he dejado las sábanas sobre la cama, que es aquella del fondo. Yo tengo que ir a la linterna, a llevar el petróleo y a ver cómo va Andrés, que en breve toca el cambio de turno —dudó un momento sobre lo que debía decir a continuación, hasta que encontró las palabras adecuadas—: Acuéstate cuando termines.

Me quedé de pie contemplando cómo se marchaba. Al llegar a la puerta, se dio la vuelta.

—Te conseguiremos una bici. No te creas que vas a pasarte el día aquí metido, tumbado a la bartola. Hay una escuela pequeña en el pueblo, como a veinte minutos. Iré a hablar con el maestro mañana a primera hora. Por cierto, me llamo Javier.

Cerró la puerta y se marchó.

Me asomé a la ventana. La torre del faro estaba a un par de minutos caminando. No podía ver la linterna desde allí, pero sí las sombras que proyectaba. Fui apagando una por una todas las luces de la casa para observar mejor el efecto.

El blanco cegador del faro se colaba por todos los cristales e iluminaba de forma intermitente el suelo, barriendo con su franja de luz toda la estancia. Ejerciendo de ilusionista al revelar, primero una parte, luego otra, todos los misterios de la habitación. Ahora veía sus formas como por una cerradura, reparando en detalles que antes se me habían pasado por alto.

Aquella luz se demoraba densa en cada esquina, resplandecía breve en la cuchara sobre la mesa, brillaba suave, acariciando y dando relieve a cada uno de los garbanzos del cocido, manchaba de lejía la tela basta del sofá, dibujaba fantasmas pálidos en el encalado de la pared...

En aquellos días, la luz del faro no era como la que tiene ahora —eléctrica y de dos ráfagas—, sino que se trataba de una luz blanca fija, con destellos cada quince segundos y lentes que flotaban sobre mercurio y rotaban con la precisión de un reloj. El foco seguía deslizándose inevitable, lamiendo cada

lomo de los libros, en la estantería, tocándolos como en la escala ascendente de las teclas de un piano. Luego se detuvo a escrutar cada uno de los erizos y de las conchas de la vitrina expositora del mundo submarino. Allí, como un coleccionista que conociera bien el valor de cada pieza, daba su debido protagonismo a cada uno de los tesoros contenidos, como si quisiera mostrarme lo bellos que eran. Terminó por repasar la galería de los cuadros de marcos redondos, con fotos en blanco y negro, de mujeres que debían de ser madres, tías y abuelas de torreros, rindiéndoles su particular homenaje, el instante de gloria que proporciona una candileja teatral.

La casa de un faro es un lugar en el que nunca hay oscuridad completa, pero en aquellos días vivíamos en una especie de intemperie lumínica donde los postigos eran imprescindibles para distinguir el día de la noche y conservar un cierto orden natural.

Nunca me gustó la oscuridad. Me sentía cómodo en aquel lugar iluminado cada quince segundos, donde parecía imposible que habitara la negrura.

Me senté a comer en aquella penumbra alterna y dejé que la banda lumínica paseara libre sobre mi cuerpo. Me miraba las manos y el jersey para observar cómo los recorría, como si fuera una caricia lenta y fría que casi podía sentir.

Tenía muchas ganas de ver el faro por dentro, pero también de que mamá volviera. Me había traído la guitarra y los discos con la esperanza de que ella apareciera y diera vida de nuevo a aquellos objetos inertes.

Quedaban todavía tres semanas para Navidad y, cuando hablaba por teléfono con Emilia y le preguntaba que cuándo volvería, ella solo contestaba: «Lo antes posible. Lo antes posible...».

La espiral del faro

Como la casa estaba tan cerca del faro, resultaba mucho más cómoda que esos emplazamientos en los que el torrero tiene que vivir en el mismo edificio de la linterna, con las incomodidades y estrecheces que conlleva.

Tampoco era uno de esos faros que Puertos del Estado planta en mitad de una isla, un peñón más bien desértico por donde nunca pasa nadie. Esos eran los más duros, asignados a los novatos que acababan de sacarse la oposición. A esos faros solo se podía llegar en ferri y uno se tiraba semanas, quizá meses, sin pisar la Península y sin ver a nadie más que a su ayudante, rogando a Dios para no enfermar.

El nuestro era prácticamente un «faro de descanso», que así es como llaman a los que suelen concederse a los torreros más viejos después de toda una vida de servicio.

No era tan solitario como para tener que romper con el resto del mundo. Teníamos nuestro pequeño huerto y nuestras gallinas y, por supuesto, como sucedía en todas las casas de torreros, contábamos con una buena biblioteca, además de un descuento en la librería del pueblo más cercano, que estaba a unos veinte minutos a pie.

La bicicleta no se hizo esperar, pero yo no fui al pueblo de inmediato. Pude tomarme mi tiempo para explorar los alrededores, que estaban desiertos en cualquier otra dirección. No había más que mar, cielo y viento, mucho viento, que te zumbaba en los oídos, a rachas. El sonido del viento y de las gaviotas se metía dentro de la casa y dentro de la cabeza, como el parloteo insistente de un habitante más.

La primera vez que entré en la torre del faro me sobrecogió su altura y la perfección de su forma. Su simetría helicoidal, esa espiral sin fin. Me recordó al amonites que había visto en la cueva, al final del túnel que conectaba nuestra casa con el mar.

La primera ascensión a la linterna me dejó sin aliento. Me pareció que allí arriba el aire era menos denso, aunque estaba impregnado de un fuerte olor a petróleo. De su vapor dependía, en aquellos días, toda la incandescencia del faro.

Javier me había prohibido salir al balcón que rodeaba los ventanales cuando hubiera mal tiempo, pero aquel mediodía la mar estaba en calma y fue un placer asomarme a contemplar la costa abrupta, llenarme los pulmones del olor a salitre e imaginar que yo era el único y privilegiado habitante del mundo. El cielo era de un azul inmenso y despejado, aún en pleno diciembre.

No tardé en subirme hasta allí un par de libros e incluso los cuadernos de caligrafía para hacerme un pequeño refugio vespertino, cuando no estaba dando vueltas con la bici por los páramos solitarios.

En cambio, nunca subía por la noche. Aquello era trabajo de mayores. Javier no me dejaba que lo hiciera ni siquiera durante el fin de semana o los festivos. Solo «fuera del horario laboral», como decía él.

Pronto me hice un hueco en las rutinas de mi tío. Ya en la primera semana descubrió que yo podía ser muy útil llevando recados al pueblo y trayendo suministros. No tardó en llenar buena parte de mi tiempo libre con peticiones y, tal y como me había prometido, no tuve mucho tiempo de «tumbarme a la bartola».

Javier era un hombre serio, sobre todo en lo relativo al faro, con la boca trazando una línea dura, horizontal, enmarcada en la barba castaña que era su rasgo más característico. Parecía que siempre estuviera concentrado, excepto quizás cuando cocinaba, pues se notaba que le tenía afición y que era una actividad que le relajaba. Su bacalao al pilpil siempre fue mi segundo plato favorito, por detrás de los espaguetis de mamá.

Por lo visto, había sido marino mercante durante mucho tiempo, en su adolescencia y su primera juventud, pues a los treinta y muchos todavía podía considerársele joven. Conservaba en un cajón, mezclada con un batiburrillo de bolígrafos, gomas elásticas, facturas y tornillos, alguna fotografía de aquella época en la que se le veía igual de serio, siempre arropado con jerséis y gorros de lana que parecían negros. En sus fotos siempre aparecía solo y,

cuando yo le preguntaba por las fotos de mi padre, su hermano, él me decía que no tenía ninguna. Sus respuestas acerca de él siempre fueron esquivas, tanto o más que las que me daba mamá. En ambos casos, acababan siendo tan insulsas y ambiguas que desistía de preguntar. Yo sabía que aquel era el objetivo, pero no veía manera alguna de luchar contra él.

Desde el principio, Javier fue amable en el trato conmigo, nada severo. Me daba mucha libertad, que era lo que yo necesitaba, y le bastaba con que apareciera por casa a comer y a cenar, que durmiera un número de horas decente y que en la escuela no tuvieran queja. Por lo demás, y según le oí en alguna conversación, me consideraba «un buen chico» y me encargaba los recados con creciente confianza.

Andrés, en cambio, no me requería nunca para llevar mensajes ni hacer compras, salvo el periódico de los domingos. Era un hombre muy callado y, cuando no estaba trabajando, siempre le encontraba echado en su cama leyendo, o en el escritorio poniendo al día los libros del faro.

En el faro teníamos libros para todo. Hasta ocho, cuyos registros tenían que ser actualizados con regularidad: el de combustible y repuestos era de los más importantes. Luego, el registro de órdenes, el meteorológico, la correspondencia, el inventario... Al año de estar en el faro, Javier ya me permitía hacer algunas anotaciones por mí mismo, con mi letra grande y desigual.

Una de mis primeras tareas fue la de revisar los aparatos meteorológicos y apuntar las mediciones en el libro correspondiente. Allí teníamos termómetro, anemómetro, pluviómetro, barómetro, higrómetro... y casi todas las palabras del diccionario acabadas en «metro». También empecé pronto con el cuaderno de inventario. Yo volvía del pueblo con los suministros y enseguida los apuntaba para evitar importunar a Andrés y romper su lectura, lo cual siempre iba seguido de un bufido de fastidio. Con el tiempo me sentí como un ayudante más, en el camino correcto hacia las oposiciones para un puesto en el tan codiciado Cuerpo Técnico-Mecánico de Señales Marítimas.

Cuando llevaba ya casi un mes en el faro, recibí, por fin, una visita de mamá.

El mirador al borde del mundo

*D*espués de aquellas cuatro semanas aún me estaba acostumbrando a los alrededores, a la bici, al camino de la escuela, a la trastienda del bar con el nuevo fútbolín... No había tenido tiempo de despedirme de los amigos de mi antiguo pueblo para decirles que mi madre y yo nos tomaríamos unas vacaciones.

Tampoco es que me sintiera especialmente unido a ninguno. No tenía ningún «mejor amigo», la mayoría del tiempo lo pasaba echando una mano a mi madre y, cuando me reunía con los chavales, siempre era en grupo. Pero es que la aventura había sido tan precipitada que me sentía como si me hubiesen pescado con una caña, me hubieran llevado por los aires y me hubieran dejado allí, en la casa del faro. Había cambiado dos veces de casa en muy poco tiempo. Y lo peor de todo es que apenas había tenido tiempo de despedirme de Eleni.

El día de mi partida ella me había ayudado a hacer la maleta con mi ropa y a reunir de nuevo, en la bolsa de tela de la compra, las pocas cosas que me había llevado de mi casa y que para entonces ya habían encontrado su sitio en aquel cuarto. Me tenía que separar de ella justo cuando ya habíamos conseguido integrar su mundo y el mío, formar una cultura mixta, conciliar nuestras dos identidades como buenos compañeros de habitación. Tenía que romper todos los mimbres de ese cuidadoso equilibrio, las frágiles ramitas de nuestro refugio, y salir de allí con mis pertenencias entre las manos, avergonzado, con la torpeza de quien sabe que estorba en todas partes.

Retiré de la estantería mis cómics de *Superman* y *TBO* que ya acompañaban a sus revistas de *Shirley Temple* y *Maravillas*. Atrás solo quedaban unos huecos verticales, como las teclas negras en un piano lleno de

blancas.

Mi tren de madera había dado la vuelta alrededor de su cercado lleno de caballos de plástico, inspirándolos, invitándolos a que corrieran más rápido.

Mis cromos se apilaban en su caja de hojalata, mezclados con recortables de vestidos de muñecas, como en un baile entre futbolistas y señoritas de sociedad.

Dividir nuestras cosas había sido como ir deshaciendo una trenza que había quedado prieta y bien acabada. Cuando terminamos de recoger, Emilia me llamó desde la escalera y yo dirigí una breve mirada al cine NIC, que aguardaba en una esquina.

—No te preocupes —me consoló Eleni—. Lo llevaré cuando vaya a verte. Junto con un par de pelis...

Pero yo estaba triste porque dudaba de que en el faro fuéramos capaces de recrear la atmósfera mágica que habíamos logrado con *La Cenicienta*, aquella cuidadosa labor de sincronización entre música e imagen. Ni siquiera sabía si Javier, mi nuevo tutor, tendría algún tocadiscos o bien si el rumor incesante del mar sería, desde aquel momento, mi única banda sonora.

Nos abrazamos fuerte y nos dimos dos besos, casi con rabia, antes de que yo cogiera la maleta y la bolsa y bajara, golpeando con mis bártulos cada escalón, como sonoros golpes de protesta.

Ya habían pasado cuatro semanas, incluyendo la Nochebuena y la Navidad, que habíamos celebrado en la intimidad los dos hombres y el niño, con un asado de patatas y pularda con piñones que una vecina había tenido la bondad de regalarnos. Y una botella de vino que me dejaron compartir para compensar la falta de música y de luces de colores y de las figuras de plástico americanas de Santa Claus a las que yo estaba acostumbrado. Y, por supuesto, la falta de mamá, que no apareció ningún día de las fiestas.

Aquella ausencia me pesó sobre los hombros durante todas las vacaciones, cada día un poco más. Hasta que me acostumbré a ella y quedó como un dolorcillo sordo, que se volvió antiguo, pese a ser todavía nuevo.

Se acercaba ya el final de diciembre cuando Javier me pidió que fuera a dar de comer a las gallinas en el patio trasero, que tenía un lavadero pequeño al fondo. Recuperé el bebedero y dejé correr el agua del grifo para rellenarlo mientras entretenía la mirada alrededor.

Entonces se me cayó del bolsillo una peseta, con tan mala fortuna que fue a rodar hasta colarse por las rendijas de unas losas que cercaban el lavadero,

para proteger el suelo de tierra del quartucho.

Me arrodillé y las levanté por el borde con las dos manos para recuperar mi moneda. Y entonces la vi.

Allí, sobre la tierra, palpé y descubrí la superficie sucia y plomiza de una tapa de metal.

Estaba incrustada al nivel del suelo.

Y tenía el mismo símbolo de la concha en espiral que ya había visto en la escotilla del jardín, en nuestra antigua casa.

El corazón pareció salirseme del pecho.

Me sentí tentado de ocultarla de nuevo con las losas y no decírselo a nadie, pero necesitaba compartir mi descubrimiento. Estaba demasiado excitado como para callármelo.

—¡Javier!

—¿Qué? —gritó desde la cocina.

Estaba haciendo pisto y el olor penetrante de la cebolla y el pimiento me llegaba hasta el corral.

—¡Ven un momento!

—¿Qué pasa? —Apareció por la puerta secándose los dedos en el delantal, que estaba salpicado de innumerables gotas de tomate frito.

Aquella misma mañana yo lo había descolgado impoluto de la cuerda de tender. No podía imaginarme la cantidad de lejía necesaria para que volviera a ser blanco.

—¿Adónde lleva esta tapa?

—Es la tapa del túnel —dijo con toda la naturalidad.

A mí me impactó aquella respuesta. El túnel era la última imagen que tenía de mamá.

—¿Qué túnel?

—¿Es que lo tienes que preguntar todo? Pensé que esa etapa ya la pasabais cuando erais más pequeños...

—¿Adónde lleva? ¿A mi casa?

—¿A tu casa? ¡No, hombre! ¿Cómo va a llegar hasta tu casa, con lo lejos que está? El túnel lleva hasta el sótano del faro. Lo construyeron para cuando hay muy mala mar, tempestades de mil demonios de esas con olas que superan el acantilado y se suben hasta por encima de la tierra. Entonces no hay manera humana de llegar hasta el faro. Y cuando hay mala mar es cuando hay que ir y venir por narices porque es cuando a todo le da por fallar.

Entonces es cuando más trabajo tenemos. Muchos faros tienen ese túnel por seguridad, sobre todo los de las islas. Allí las olas bloquean los caminos cada dos por tres. Venga, vamos a comer.

Al día siguiente estuve triste. El dolor antiguo de los hombros ya era ineludible. Era Nochevieja, pero también era mi cumpleaños y nadie se había ocupado de decírselo a Javier, por lo que la mañana fue como otra cualquiera. No hubo ningún desayuno especial y al despertar no me estaba esperando un nuevo vagón pintado a mano. Mi tren estaba inmóvil, desplegado sobre la mesa con sus ocho vagones, como si yo no hubiera cumplido años y el tiempo se hubiera estancado para siempre. Estaría condenado a ser un niño eterno, incapaz de hacerse hombre. El tren incompleto estaría allí para recordarme que mi vida se había parado a los ocho, como si se hubiera averiado y estuviera metida dentro de una cochera.

No entendía por qué mamá no aparecía. Era injusto. Era mi cumpleaños. Estaba furioso porque no hubiera venido. La había esperado ya mucho tiempo, maldita sea. Antes de comer me fui con la bici y, después de caerme de pura rabia y de darle una patada a aquel trasto, me puse a llorar en un lugar apartado. Había intentado justificarla todo aquel tiempo, pero ya no encontraba la manera de comprenderla ni de excusarla. Nada podía aliviar aquella falta imperdonable, en el día más importante de todos. Mi nudo en la garganta me sobrepasó y le dio rienda suelta al dolor.

El sabor salado de aquel llanto solo aumentó mi nostalgia de ella porque no hizo más que recordarme todas aquellas veces en que había llorado antes y ella había estado allí para abrazarme, para subirme en sus rodillas y susurrarme al oído como un rumor de espuma rompiente: «Chsss... Las olas del mar, las olas del mar...», solía decirme cuando mis lágrimas eran más desconsoladas, al tiempo que me mecía contra su pecho, hacia delante y hacia atrás. Ya llegara con las rodillas desolladas y llenas de arena, me hubiera mordido el lateral de la boca o me hubiera dolido el insulto de otro niño..., sus brazos siempre eran el armazón de una barca, el consuelo primitivo de un pequeño refugio que era solo mío.

Mi madre siempre se había esforzado por que el día de mi cumpleaños fuera especial, que no se pareciera a ningún otro del calendario.

Con ella, las celebraciones empezaban en la cena del día anterior. Entonces me contaba, siempre de la misma forma, cómo había sido mi nacimiento. Siempre me repetía cómo me había esperado, cuánto había querido que

llegase aquel momento, la llegada al hospital, lo contenta que había estado cuando me había tenido por fin en los brazos. Aquel relato era como un ritual que se sucedía todos los años: el relato de mi origen, de cuánto me quería, de cómo me había deseado como se desea el fuego en una noche invernal y oscura.

La certeza de que yo había sido un niño muy amado y de que lo seguía siendo. De que cada sacrificio, cada dolor, había merecido la pena. Yo era lo más importante, el tesoro. Aquel relato repetido, como una oración, era lo opuesto al silencio y a la ausencia.

Tiempo después Emilia me regaló un libro que llevé siempre conmigo en mis viajes por mar: *El mito del eterno retorno*. Entendí entonces que, para mí, aquellas palabras de mi madre representaban la renovación del tiempo, el recuerdo de un origen mítico y primitivo en el que todo era posible. Incluyendo también la existencia de espíritus protectores o dañinos, el reencuentro con los ancestros o con criaturas que ahora se creen desaparecidas de nuestro mundo. El día de mi cumpleaños, en la Nochevieja, se celebraba también el año cero del universo.

Pero aquel año el universo había dejado de girar. Y yo solo deseaba que no estuviera sucediendo, que alguien me dijera que me había equivocado de día.

A mediodía ya no pude más y me quejé a Javier con amargura: que era mi cumpleaños y que quería ver a mi madre a toda costa; que no podía olvidarse así, por muy importante que fuera lo que estaba haciendo en otro país. Yo necesitaba a alguien que se esforzara por mí, al menos aquel día del año.

Javier me dijo que no sabía dónde estaba y que no podía contactarla, pero me llevó al pueblo, donde comimos el menú de domingo en un bar y me pidió tarta de postre. Se disculpó por no poder hacerme un regalo, ya que todas las tiendas estaban cerradas, pero me prometió que lo remediaría durante la semana siguiente. El primer día laborable aparecería con una cometa azul y naranja, que voló desde entonces alrededor del faro como si fuera el más exótico de los pájaros.

Miró el reloj y nos dijo que teníamos que marcharnos porque no tardaría en oscurecer y tenía que preparar la jornada con Andrés. Hasta en Nochevieja tenían trabajo los torreros. No descansaban nunca, como tampoco lo hacía el mar.

Aquella noche yo no podía dormir. Estaba muy disgustado y, por más vueltas que le daba, no conseguía entender por qué mamá no había vuelto a

tiempo de su viaje. Salté de la cama y me dirigí al patio trasero.

El cielo reventaba de estrellas y su luz era tan intensa que no me hacía falta luna ni linterna. Con un cielo como aquel uno podía creer, de verdad, que unos reyes lejanos, en Oriente, hubieran seguido la estela de una estrella hasta dar con un niño recién nacido.

Aparté sin miramientos las losetas del cuarto trasero y, con ayuda de la azada, hice palanca y levanté la tapa metálica que llevaba el peculiar sello de la caracola.

El túnel estaba oscuro, pero yo ya me lo había imaginado y había llevado la lámpara de aceite de la cocina. Las arañas salieron despavoridas en cuanto vieron su resplandor.

Seguí el trazado, que se acercaba más y más al faro bajo tierra. Cuando llegué a una bifurcación, elegí el tramo de la izquierda. Sentía la humedad marina, podía oír el rumor de las olas. El suelo empezó a volverse resbaladizo, como la otra vez.

Y pronto el túnel se convirtió en gruta, con sus paredes de roca, sus desniveles y la textura rugosa, ya familiar, bajo los dedos. Era de noche y era mi propia luz la que me guiaba, rebotando y dando forma a los relieves de las paredes en mi avance.

Finalmente, se abrió la caverna y me encontré cara a cara con el mar, que esta vez era de un profundo color negro.

Me arrodillé y dejé la lámpara en el suelo, donde iluminó los bordes y las sombras del gigantesco amonites. La bajé al mínimo para que no se gastara, y su luz quedó apenas reducida a la que produciría un mechero.

Entonces miré hacia arriba y, en el techo de la cueva, pareció abrirseme del todo el cielo.

Yo solo había visto el espectáculo en fotografías, en los libros de mi madre sobre Oceanía: había un millar de puntos luminosos, de un verde brillante, que formaban una extraña Vía Láctea por encima de mi cabeza. Algunos se agrupaban, formando pequeños cúmulos globulares, estrellas mellizas y constelaciones nunca antes contempladas. Otros caían como pequeñas ristras de perlas con luz propia, colgando en vertical, como en los cristales en una lámpara de araña. Eran turquesas y verdes y titilaban porque estaban vivos.

Por fin veía los gusanos luminosos de Nueva Zelanda. Sobre el techo de la caverna desplegaban su tapiz de polvo cósmico, de una fosforescencia intensa, solo para mí. Era como asomarse al borde del mundo.

—Hola, David. Feliz cumpleaños.

Mamá estaba dentro de la cueva, conmigo. Llevaba un uniforme masculino, pero de todas formas la encontré muy guapa, sin visos de cansancio ni de preocupación. Llevaba flores en el pelo, de largos estambres y hojas que se mecían con la brisa marina. Corrí y me abracé a ella, con el pecho desbordado.

—Estaba esperándote. Llevo esperándote todo el día —le reproché.

—Ya lo sé, hijito. No he podido venir antes.

—Estos gusanos, ¿me los has traído tú?

Ella me sonrió.

—¿Te acuerdas de cuando te los enseñé en el libro?

Sí que me acordaba.

—¿Son mi regalo de cumpleaños?

—Claro.

—Me gustaba también el vagón pintado.

Ella se rio y me acarició el pelo.

—Ya está comprado. Este año te ha tocado verde. Le pediré a Emilia que te lo traiga.

Me quedé algo más tranquilo.

—Mamá, ¿qué está pasando? ¿Por qué no vienes con nosotros al faro? O mejor, ¿por qué no volvemos a casa? Ya has estado mucho tiempo con el abuelo. Dile que yo te necesito más...

—David... —Ella se arrodilló frente a mí—. Al abuelo no se le puede llevar la contraria. A partir de ahora tendré que visitarte aquí, en la cueva.

—¿Por qué? ¡No quiero! ¡Quiero estar contigo todo el día! ¡Como antes!

—Ya eres mayor, cariño. Ahora tienes nueve años. Pero puedes venir a verme aquí abajo cada vez que tú quieras.

Me quedé enfurruñado. Ya estaba acostumbrado a las decepciones y los fastidios que acompañaban a esa frase: «Ya eres mayor». Ya no puedes jugar con la arena. Ya no puedes derramar el agua. Ya tienes que ir solo a hacer los recados. Ya no puedes tenerle miedo a la oscuridad. Ya no puedes vivir con mamá. Ya no puedes vivir con mamá. «Ya eres mayor.»

—Yo también vendré a verte para que charlemos de nuestras cosas. Pero tengo que quedarme con el abuelo y ayudar a los marineros.

—¿Por qué? ¿Es que estás trabajando con Salvamento de Náufragos? ¿Para la Armada? ¿Para la Cruz Roja? ¿Es por eso que llevas el uniforme? —

pregunté reparando en su austera indumentaria de camisa blanca, pantalón rojo y chaqueta gris con insignia.

—Veo que sigues siendo igual de listo... —Sonrió—. Ayudo a vigilar el mar y cuido de que nadie se ahogue. Es un trabajo muy importante. Como el que hacéis en el faro. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —dije sin convencimiento.

Bajé la mirada y recorrí el dibujo del inmenso amonites, apenas iluminado. Entendía que las vidas de los marineros eran importantes, pero yo también lo era. Hasta entonces, yo había sido lo más importante para ella. Había sido lo más importante para alguien...

—Te quiero mucho, hijo —me dijo, como si intuyera mis pensamientos.

—Necesito que me cuentes otra vez cómo nací. Solo tú puedes hacerlo.

«Solo tú puedes darle cuerda a esa historia. Darle cuerda al reloj del año, para que dé otra vuelta. Para que yo pueda seguir creciendo y no me quede siendo un niño de ocho años.»

Así que ella se sentó conmigo en el suelo de la cueva y volvió a contarme el mismo relato, palabra por palabra, tal y como yo lo recordaba. Aquello calmó la ansiedad que llevaba acumulando durante todas las fiestas. Me dio la paz completa. La sensación de que no volvería a cumplir años desapareció y el tiempo pareció regresar a su curso.

—Ahora tengo que volver al trabajo, cariño. Por las noches es cuando más me necesitan...

—Entonces, te pasa como al tío Javier.

—Exactamente como a él. Pórtate bien y ya sabes: siempre puedes bajar aquí a buscarme, en secreto. Por las noches siempre estoy patrullando. —Me guiñó un ojo—. Me pasaré a verte. Lo estás haciendo muy bien.

Salió de la cueva y se marchó. De inmediato caí en la cuenta de que no le había dicho lo de la guitarra y los discos. Me asomé a la oscuridad exterior, pero ya no la veía. Se había ido.

Entonces giré de nuevo la llave de la lámpara para aumentar su potencia y regresé al túnel a paso ligero, sin peso alguno sobre los hombros, sin dolores antiguos ni nuevos, con la liviandad de los vientos.

Lo recorrí de memoria, en un suspiro, hasta que volví al tramo principal y luego al patio de la casa. Dejé la tapa de la escotilla tal y como estaba, devolví a la cocina la lámpara de aceite y me metí en la cama.

Por fin podía descansar tranquilo.

La niña que escapó

*A*l día siguiente vino Emilia a comer al faro y trajo a Eleni. Se disculpó por no haber podido venir el día de mi cumpleaños, pero me dijo que había pillado en domingo, día de mercado, que era cuando sacaban a la venta toda la artesanía de la semana, y que no podía faltar. No en aquellos días de fiesta en los que todo el mundo estaba ya preparando los Reyes.

Sacó del bolso un bonito vagón de madera pintada y se extrañó cuando mi expresión no fue de alegría, sino más bien de perplejidad. Mamá ya me había avisado, pero el vagón que Emilia me había traído no era verde, como ella me había dicho, sino rojo. Tuve sensaciones contradictorias al aceptarlo y engancharlo con el resto.

Aquello no estaba bien, no estaba en su sitio. No era el vagón de mamá. Me disgustaba mirarlo, no podía acostumbrarme. Me recordaba todo el tiempo que las cosas no estaban saliendo como debieran. Que estaba recorriendo un camino alternativo, que no era el mío original. Nada de aquello debía estar pasando y, sin embargo, pasaba. ¿Por qué las cosas no pasaban, simplemente, como debían?

Después de comer, me senté con Eleni al pie del faro y nos pusimos a contemplar el oleaje.

—Cuando era más pequeña estuve varios veranos que no quise bañarme ni por asomo —me contó—. Mi madre no sabía qué me pasaba. Era como si, de repente, me diera alergia la playa. La verdad, y esto no llegué a contárselo nunca a nadie, es que Vélez me había chinchado diciéndome que había muertos en el agua y desde entonces me daba pánico meterme. Hasta que mi madre me explicó que se les llama «muertos» a esas rocas enormes que están en el suelo y que sirven para fondear los barcos...

—Cuando a mí me lo dijeron también me creí que las rocas tenían muertos dentro. ¡Que eran como un ataúd!

—¿Verdad que sí? Pero, claro, luego te pones a bucear y les buscas la tapa... y resulta que no tienen. Solo son rocas.

—Estuve palpándolas e intentando abrirlas durante años. Como son tan grandes y tan largas... Pero no me daban miedo. A mí no me da miedo nada.

—¡Ya podrían haberlas llamado de alguna otra manera! ¡Me da rabia haberme perdido tantos baños buenos!

—Vélez es un idiota. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

—Toma, esto es para ti.

Me pasó un papel arrugado en el que había copiado a lápiz unas palabras:

Las cincuenta somos hermanas, a través del tiempo y pase lo que pase. La carne cede, el espíritu pervive. La sangre nos llama, pero también las aguas. La edad nos llama, pero seguimos jóvenes. La muerte nos llama, pero aún seguimos vivas. Podemos elegir y es nuestro bien máspreciado.

—Eso es lo que querías, ¿no? El Manifiesto... Estaba en un libro, creo que mi madre lo usaba como marcapáginas. ¿Qué te parece?

Conté las palabras, señalándolas una a una con el dedo, para asegurarme de que estaban las cincuenta.

—Parece una especie de juramento, ¿no?

—Mejor no se lo enseñes a nadie. Vélez me dijo que nuestras madres no organizaban reuniones sino aquelarres.

La miré perplejo un momento.

—Ya sabes, una reunión de brujas... —susurró.

—Ya sé lo que es un aquelarre.

Me sorprendió que Eleni, que acababa de confesarme que unas simples piedras del fondo del mar la habían atemorizado, fuera capaz de hablar de aquello en voz alta. Pero, claro, yo tenía aún muy viva en la mente la conversación entre los dos fontaneros. Y nunca había descartado la opción de que mi madre y sus amigas fueran, en verdad, algún tipo de brujas.

—Mira... Aquí donde pone «La carne cede, el espíritu pervive», y también aquí: «La muerte nos llama, pero aún seguimos vivas».

—¡Calla! Está claro que algo querían decir...

Un escalofrío me recorrió la espalda y, por un momento, escuché claramente en mi cabeza la voz de Vélez gritando: «¡Son brujas!». Las palabras de los fontaneros acerca de las pociones de amor para atraer a los

hombres me resonaban en los oídos. Recordé una viñeta que había visto en un cómic donde se veía a una bruja gritando en medio del fuego, con los brazos en alto.

—¿Ahora tienes miedo tú?

—Vélez es un gilipollas.

La sonrisa pícara de Eleni dejaba claro que estaba jugando conmigo.

—Nuestras madres serían brujas buenas, pero están esas otras que mencionaste en mi casa... Antonia, Nieves, Graciela...

—¿Estabas escuchando? ¡Te hiciste la dormida! —Le di un empujón suave, con una mezcla de fastidio y diversión, y ella se rio abiertamente.

—Había también una foto antigua de tu madre. La saqué con mucho cuidado. Pensé que te gustaría tenerla.

Me dio la foto, que debía de tener más de una década. En ella se veía a mamá sobre un escenario, con un poncho naranja y la guitarra cruzada sobre el hombro. Yo nunca la había visto subirse a un escenario ni componer. Era de antes de que yo naciera.

Pensé que aquel también había sido un trabajo importante: el de hacer música. Quizás no tanto como el de ahora, salvar vidas en el mar, pero también lo había sido. En cambio, el trabajo que había tenido después de la música y antes de Salvamento de Náufragos, el de secretaria, quizás había sido el menos importante de todos. El trabajo que había tenido mientras había estado conmigo y que había mantenido a flote nuestra pequeña familia de dos.

Parecía que la recordase toda la vida nada más que trabajando para pagar los gastos, llegando tarde a casa, cocinando y cosiendo de madrugada, tan agobiada y cansada que a veces ni le apetecía cantar. La mamá de la foto, joven y feliz, compositora y cantarina, parecía formar parte de algún otro mundo más luminoso y mejor. De una vida a la que, quizás, ahora tenía la oportunidad de volver. Se parecía mucho a la mamá que me había esperado en la cueva. «Ya eres mayor», me recordé.

—Cuando sea mayor, quiero ser torrero —le dije a Eleni.

—¿Por qué? Es un rollo...

—No es un rollo. Es muy importante. Quiero salvar vidas de marineros.

«Como hace mamá.»

—Pues yo quiero viajar. Iré a Madrid y a lo mejor también a Londres. Y me compraré una buena gabardina. No quiero vivir en un pueblucho siempre.

—Ya...

Nos quedamos un instante mirando los pájaros que, en la distancia, no eran más que unos puntos oscuros acercándose y alejándose del acantilado.

—David...

—Dime.

—Debe de ser raro cumplir años en Nochevieja, ¿no? Cuando todo el mundo está pendiente de la cena, de las uvas... y esas cosas, y no de ti.

—Sería peor en Reyes...

—Pues sí. Eso sería mucho peor.

Ahora pienso que Eleni tenía razón. Nochevieja no es una fecha cualquiera para nacer.

Gracias a los libros de Emilia, ahora sé que existe una noche sin tiempo entre el día de fin de año y el principio del siguiente. Que hay un momento en el que deja de existir. Donde es pasado, presente y futuro a la vez y todo parece ir a la deriva.

A lo largo de los años descubriría que es en esa clase de tiempo suspendido donde me siento más cómodo. Es el que percibo como más natural, similar al que transcurría en el momento en que nací.

Allí es donde puedo sentirme en paz, acompañado y abrazado por la presencia de mi madre.

Pero también descubriría que es un tiempo que los demás no pueden compartir.

Gentes de costa

*L*as gentes de mar no permanecen en un lugar fijo. Sus pies habitan la superficie siempre cambiante e inestable del mar. Lo admiran, lo respetan y lo temen y aceptan que los lleve de un lado a otro. En ese aspecto, son seres nómadas.

Las gentes de tierra, por el contrario, tienen vidas estables. Se orientan con los puntos cardinales y siempre saben dónde pisan. Cultivan el suelo y regresan a él, sabiendo de antemano lo que van a encontrar. Podríamos decir que son sedentarios.

Y por último, las gentes de costa, los habitantes de los faros, permanecen en el espacio intermedio. Guardando una frontera.

La mitad de los sentidos de un torrero habitan uno de los mundos y la otra mitad, el otro. Su cuerpo está anclado en un solo punto, que es el faro, pero su espíritu se funde con las aguas, a través de su mirada, que permanece día y noche volcada en ellas, vigilando. Así es como su corazón navega lejos, a través del cuerpo ininterrumpido del punto, hasta el hemisferio austral.

Es por ello que el torrero tiene algo de fantasma, de ser humano suspendido entre los mundos acuático y terrestre, y nunca puede estar completo.

Ejercí de aprendiz de torrero sin necesidad de sacarme esas oposiciones a Señales Marítimas a las que nunca llegué a presentarme. Javier me enseñó el funcionamiento de todos y cada uno de los mecanismos de nuestro faro, desde el encendido por vapor de petróleo a presión hasta cómo realizar reparaciones, soldaduras, arreglar cortocircuitos, ajustar las lentes y su rotación, apuntar en los libros, renovar la pintura, hacer bien la limpieza...

Muchas de esas cosas las enseñaban ya en la FP de Mecánico-electricista o en las academias, pero era mucho más fácil y natural hacerlo con la práctica

del día a día en el faro. Por eso había tantos hijos y nietos de torreros que lograban pasar las oposiciones, donde los ejercicios tenían mucho peso. Por eso y porque, después de toda una infancia y juventud compartiendo aquel modo de vida, aquellos muchachos ya se habían acostumbrado a habitar esa frontera extraña. Tenían ya el cuerpo hecho a los especiales ritmos del faro y era muy difícil salirse de la saga familiar.

En aquel tiempo me sentí muy cerca de mamá por la doble naturaleza que ambos compartíamos, porque sentía que realizábamos una misma labor. Ella, desde las aguas, con la mirada puesta en tierra. Yo desde la tierra, con la mirada puesta en ella.

A menudo la buscaba con la vista preguntándome si la vería aparecer en una lancha de salvamento, con el uniforme puesto. Pero solo por las noches nos encontrábamos en la cueva de los gusanos luminosos.

Pronto empecé a bajar desde el otro lado del túnel. En la torre encontré la escotilla gemela, que llevaba al sótano del faro, y que estaba ilustrada con una idéntica concha en espiral. Al abrirla, la escalera de caracol continuaba hasta adentrarse en las profundidades de la tierra. Pronto el túnel volvía a dividirse y siempre acababa en la cueva, donde mamá me abrazaba y me contaba historias sobre lo que había hecho las noches anteriores, los navegantes a los que había salvado sin que ellos lo advirtieran, la vida en el mundo submarino, los viajes y las exóticas costumbres de otros hombres que vivían muy lejos de mí, junto a las aguas de la India, la Polinesia o en la siempre lejana Nueva Zelanda.

Yo leía mucho por las tardes. Empecé a dar menos paseos en la bici y a sacar más libros de la biblioteca para subírmelos a la linterna. También subía la guitarra de mamá.

En el pueblo conseguí que me dieran algunas clases y ensayaba durante horas, con el mar a la vista, en verano, siempre que hacía buen tiempo. En invierno o con mala mar, Javier no me dejaba subir.

Emilia vino muchas veces, con libros de mitología griega que sacaba de su propia estantería y cuyos cuentos nos leía a Eleni y a mí a la hora de merendar, sentados al pie del faro. Y Eleni, como me había prometido, se las arreglaba para cargar con el proyector de cine y siempre me traía un par de cartuchos nuevos con dibujos.

Solíamos encerrarnos en mi cuarto, bloquear bien los postigos y, gracias a la manivela, hacer que los muñecos cobraran vida de nuevo. El narrador, de

fondo, se esforzaba como antaño en explicar los cuentos.

Yo vivía aquellas sesiones con algo de nostalgia, como un recuerdo mágico de lo que habían sido nuestras mejores tardes en casa de Eleni. Las proyecciones del faro se parecían a aquellos momentos perfectos, pero les faltaba la autenticidad de entonces. No eran más que bonitos sucedáneos que sabíamos breves y que terminaban a la vez que la visita, cuando ellas se marchaban a su casa. No tenían la sustancia y densidad de cuando yo vivía allí y formaba parte indisoluble de sus vidas. Cuando yo era, de alguna forma, su familia.

El tiempo pasaba y yo seguía creciendo como cualquier otro chico..., o al menos eso es lo que me decía el espejo. Porque cuando yo miraba mi tren me seguía dando la impresión de que el tiempo no pasaba de igual manera que antes. Que lo hacía de una manera diferente, farragosa e inestable, a trompicones. Yo, de todas formas, hacía lo posible por comportarme normalmente, por integrar mis extraños ritmos en el tiempo mayor, general, del mundo e ir al paso con él. Jugaba a las canicas y a las tabas, participaba en los partidos de fútbol los domingos, iba a la escuela, cambiaba cromos en el recreo y no perdonaba un campeonato de fútbolín. Reservaba con celo las tardes para el faro y para los libros. Y las noches, para la música y mamá.

Cada tres o cuatro meses comprobaba con alivio las marcas de mi estatura sobre la pared: estaba creciendo a buen ritmo. Parecía que, al fin y al cabo, no me había quedado estancado y que, gracias a las visitas y relatos de mamá, había seguido cumpliendo años.

Así pasaron hasta cuatro veranos y, aunque en el faro el tiempo parecía discurrir tan solo a medias, yo había conseguido alcanzar la adolescencia.

Eleni también.

Vino de lilas

—¿*L*o has traído?

Eleni subía exhausta el último tramo de las escaleras del faro, con una bolsa de plástico en una mano y varios ramos de lilas en la otra. Era la primera vez que subía conmigo a la linterna. Ya teníamos trece años y nos conocíamos desde hacía un lustro.

—¡Mi parte, sí! —se defendió sin resuello—. Ya sabes en lo que quedamos...

—Tengo el agua aquí mismo y también los cacharros que me pediste. — Sonreí.

—No sé cómo te las apañas para estar subiendo cosas aquí constantemente.

—Una buena mochila todo lo puede.

Desplegó con esmero un trapo de cuadros y lo extendió sobre la mesa, ajustó las esquinas como si estuviera preparando un ritual del té, y empezó a distribuir los ingredientes, uno a uno, ante la ventana.

—Estás a punto de aprender la archifamosa receta del vino de lilas que todo el mundo anda buscando. ¿Cómo te sientes? —bromeó.

—Menos mal que me la vas a contar... Si no aprendo a fabricarlo yo mismo, ¿cómo iba a conseguirlo, ahora que te vas a Madrid?

Eleni se había matriculado en una escuela de canto, danza e interpretación y se iba a quedar en casa de una prima segunda. Aquel era su último fin de semana en la costa. Emilia me lo había dicho en una de sus últimas visitas, que me había hecho en solitario.

No quería ni pensar en ello. Eleni era mi mejor amiga y una de las pocas personas que nos visitaba en el faro. Y además, una presencia constante en el tiempo, perteneciente a mi vida anterior, de antes de que las cosas cambiaran.

Su presencia en el mundo me ayudaba a situarme mejor como individuo dentro de la historia.

Gracias a ella yo podía remontarme hasta un pretérito distinto, donde los días aún no habían perdido su flujo natural, ni este había empezado a enredarse o a dejar huecos y nudos o zonas más tensas o más flojas.

Allí no tenía que estarle dando cuerda de continuo, como sucedía en el antiguo sistema de rotación de los faros, en el que había que subir a la linterna cada cinco horas para evitar que se pararan.

En la escuela había chicos que me caían mejor y otros peor, pero con ninguno conectaba igual que con Eleni. A ella la había admitido en mi mundo íntimo desde el principio, sin condiciones. Con una naturalidad que al principio me pareció común y corriente, pero que, con el tiempo, estimaría tan rara como una especie en extinción.

Con ella compartía la hermandad de nuestras madres, el club y las reuniones. Las historias y los cuentos de Emilia. Ahora que ella se marchaba, iban a ser muchas las cosas, demasiadas, que permanecerían encerradas dentro de mí, apagándose. Como un teléfono experimental, de los tiempos de Graham Bell, con un solo extremo del hilo de cobre y sin nadie al otro lado.

Y sin embargo, aquel era su sueño. Y si algo había yo entendido de las conversaciones nocturnas con mi madre es que los sueños son importantes y que no se deben negar. Porque son incontenibles, y si se reprimen, estallan tarde o temprano y se convierten en una marejada interna que te ahoga.

—Te lo explicaré despacio y parte por parte —me dijo ella—. Pero ten en cuenta que un vino de este tipo necesita estar durmiendo entre tres y seis meses... ¡No te lo bebas antes de tiempo, que te conozco! Así que me he traído esto para que no tengas que esperar. —Me guiñó un ojo y sacó una botella de un color ambarino.

Hacía ya unos años que Eleni ayudaba a su madre con el puesto de artesanía en el mercado de los domingos. Además de la bisutería, los broches, las figuras, los maceteros de cerámica y las velas artesanales, fermentaban hidromiel y el vino floral de postre que les había dado fama en el pueblo y que ambicionaban todos los buenos restaurantes de la zona.

Sacó el corcho de la botella y le dio un sorbo. Asintió, orgullosa, y me la pasó.

—Esta ha salido muy buena —dijo ella.

Era la primera vez que yo lo probaba. Dulce y amargo al mismo tiempo, el

aroma de las lilas llenó mi cuerpo como si me entrara por todos los sentidos. Y, después del trago, la sensación caliente y repentina del alcohol.

Me puse junto a ella y me pasó las flores, agrupadas en dos ramilletes: uno blanco y otro violeta. Empezó a separarlas encima de un bol de cristal y yo la imité. Los dedos incansables no tardaron en ponerse pegajosos con el néctar y, cada poco tiempo, dábamos un trago de la botella.

—En Grecia se les llamaba igual a las flautas y a las lilas —empezó Eleni—. Me lo contó mi madre cuando nos mudamos y nos encontramos el patio a rebosar de ellas. El dios Pan se enamoró de una ninfa que se llamaba Siringa y, como no le hacía ni caso, se hizo una flauta de nueve tubos con la madera de un lilo... Y al soplar era como si la besara.

—Si soplamos en las flores, lo mismo también suenan...

—Tú ya estás soplando de lo lindo, que mira por dónde va la botella. A este paso no vamos a llegar ni a la segunda fase...

—Pásamela.

—Podrías aprender a tocarla también, además de la guitarra. Con un poco de práctica podrías convertirte en un buen hombre orquesta. Ya sabes, la flauta en un soporte, las manos en la guitarra, un par de platillos en los pies... —bromeó.

—¿Sabes que he pensado en subir un piano hasta aquí?

—¿Por todas esas escaleras? ¡Es que estás loco!

—¿Y por qué no? Así podría hacer pequeñas serenatas nocturnas para todo el pueblo... Desde aquí se oirían fenomenal.

—Trae. Deja que te ayude, que vas muy lento.

Se puso a deshacer los ramos que yo sujetaba, poniendo sus manos de chica dentro de las mías. Me sorprendió el calor que sentí en las mejillas y la leve presión en la cabeza, que se fue tan rápido como había llegado. Cuando terminó, el agua que había puesto a hervir ya estaba lista y la echó sobre las flores. Después, tapó el bol con un gran plato.

—Bueno, esta es la primera fase. Ahora tienes que dejarlas así dos días. Después las cueles y te queda este amasijo, ¿ves?

Desenvolvió con cuidado el paquete que traía, cubierto por un papel plateado, y sacó la bola de lilas húmedas y aplastadas.

—Cuando seas una actriz famosa, venderé tu receta y ganaré un dineral.

—Esto tienes que mezclarlo con el azúcar, el limón y la levadura —me indicó—. Y lo dejas así siete días. Luego lo pasas a la damajuana, lo tapas

bien y ya está. A esperar...

—Entre tres y seis meses... —terminé yo, repitiendo sus palabras como un alumno modélico.

—O incluso más. Esta botella que nos estamos bebiendo tiene seis años.

Miré entonces aquel cristal con otros ojos. Era de cuando Eleni había empezado a ayudar a su madre. Sería de las primeras botellas que habían hecho juntas, si no la primera. Era muy especial.

—Eleni, tú naciste en Grecia, ¿verdad?

—En Rodas, sí. Lo que no sabes es que Rodas es mi segundo nombre. Pues sí, no te rías, me llamo Eleni Rodas. Ni se te ocurra decirlo en el pueblo. Pero la isla tiene muchos otros nombres.

—Estoy seguro de que te los sabes todos. Dímelos.

—No. De eso nada. —Apartó la mirada y se centró en recoger los cacharros.

—Venga, que lo estás deseando. —La miré a los ojos con una intención cómplice, provocadora incluso. Estaba sorprendido de lo rápido que el alcohol transformaba los límites de uno mismo—. Dímelos...

—A ver si me acuerdo... —Ella miró al suelo como si necesitara concentración y tomó aire—. Ofiusa..., Telquinis, Asteria, Macaria, Olesa... Eran como once, pero no me acuerdo de todas.

Asentí impresionado.

—Te pega Macaria.

—¡Venga ya! ¡Estás tonto! ¡Has bebido demasiado!

—¡Y tú también! Yo nunca lo había probado, pero tú ya deberías estar acostumbrada, ¿no?

No podíamos parar de reírnos.

Cuando terminó con las carcajadas, se limpió las lágrimas.

—Si nunca lo habías probado, ¿para qué querías la receta?

Quería decirle que, gracias a aquel vino, podría acordarme de ella cuando ya no estuviera. Quería decirle que la echaría de menos, que no quería que se fuera a Madrid.

—Es por la canción. Tenía curiosidad.

—¿Qué canción?

Recordé que había dejado la guitarra en el balcón, junto a la barandilla circular. La tarde de abril era soleada y la mar estaba en calma. No había viento apenas.

Las vistas desde allí eran las mejores de todo el pueblo. Eleni se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la barandilla, junto a mí.

—La canción no lo dice, pero yo creo que el lilo, el árbol, es la chica transformada —le dije.

Empecé a cantar, en inglés, la canción que había escuchado en el disco de Eartha Kitt que había pedido por mi último cumpleaños. El tío Javier se había vuelto loco para encontrarlo.

Me perdí en una noche húmeda y fría.
Me rendí en aquella luz brumosa.
Estaba hipnotizado por un extraño placer
bajo un árbol de lilas.

Hice vino a partir del lilo,
puse mi corazón en la receta.
Me ayuda a ver lo que quiero ver
y a ser lo que quiero ser.

Cuando pienso más de lo que quiero pensar,
hago cosas que nunca debería hacer.
Bebo mucho más de lo recomendable
porque me lleva de vuelta a ti.

El vino de lilas es suave y me embriaga,
como mi amor.
El vino de lilas, me siento inestable,
como mi amor.

Escúchame, no puedo ver claro.
¿No es ella la que viene hacia mí, tan cerca?

El vino de lilas es suave y me embriaga,
¿dónde está mi amor?
El vino de lilas, me siento inestable,
¿dónde está mi amor?

Escúchame, ¿por qué es todo tan confuso?
¿No es esa ella o me estoy volviendo loco?

Vino de lilas, no me siento preparado para mi amor.
No me siento preparado para el amor.

Ella me tomó la mano derecha y su expresión se volvió triste. Yo había fundido el último verso en un susurro, mirándola a los ojos.

Me dio en los labios un beso leve. Sentí como si se me abriera el pecho en dos.

—Vente conmigo a Madrid.

Un templo cartaginés

—¡Se ha ido! —grité. La noche no era apacible como había sido la tarde. Llovía. Hacía viento—. ¡Ya no está!

—¡Y tú vas a rematarlo con una pulmonía! —respondió el tío Javier también a gritos—. ¡O bien dejando que el viento te tire por el balcón!

Me agarró del jersey estirando los puntos de lana hasta que se vieron grandes agujeros y me resguardó en el interior.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó—. Hace semanas que sabes lo de Eleni...

Me limpié las lágrimas, que se confundían con la lluvia. Estaba calado.

—¡Ojalá no se le hubiera metido en la cabeza!

Le había dicho que no. Que no podía irme con ella, que no podía ser. Madrid, toda aquella tierra seca, ¿cómo iba a hacerlo? Entonces ella me había sonreído, triste, y me había dicho que yo era como Rapunzel, encerrado en una torre, incapaz de salir al mundo. Y que el príncipe que se enamoró de Rapunzel se había quedado ciego por ir a verla. Y que ella no quería quedarse ciega. Que quería ver el mundo. Que quería verlo todo.

Ella no podía vivirlo desde el balcón de un faro, como yo hacía. Necesitaba sumergirse en sus aguas, nadar contra él, explorarlo hasta lo más profundo y zambullirse en la vida con todas las fuerzas de la juventud.

En el momento en que me había dado aquel beso, el tiempo se había reconstruido, por un solo instante, en mis labios. Solo para estrellarse y hacerse pedazos de nuevo con su separación.

En mi pecho se desgranaba un dolor detrás de otro, hacia atrás en el tiempo, como vagones de un tren saliendo sucesivos de la oscuridad de un túnel. Dolores engarzados a otros dolores más antiguos, más profundos. Se

me habían abierto grietas finas como cabellos hasta la base de vidrio de mi ser.

Durante la semana que siguió a su visita continué haciendo mi vida normal, pero me sentía apático, realizaba las tareas como si fuera un autómata. Estaba disperso y aturdido, sin coordenadas.

Intenté refugiarme en los libros y comencé a estudiar un artículo sobre la historia de nuestro faro para un trabajo escolar. Pero sentía como si me hubiera quedado encallado otra vez.

El faro era mi refugio. Allí podía habitar un espacio y un tiempo propios, pero empezaba a ser consciente de que no eran del todo reales. Allí podía jugar a ser el chico sin reloj.

Aquella había sido mi única opción posible tras la marcha de mamá. No había podido elegir. Pero cuando Eleni se fue tuve conciencia de que el faro era como una bestia que debía afrontar cara a cara el cimbreado inmovilismo del mar, con su compás maldito. Dos destellos cortos de luz, con un barrido. Un pulso sostenido, una obsesión.

Solo cuando Eleni se fue comprendí que era ella, en gran medida, quien interrumpía ese patrón monótono de mi vida.

Sus visitas, nuestras conversaciones, los nuevos discos que me traía, cuya música rebotaba por las entrañas del faro, escaleras abajo, desde la linterna hasta el último peldaño. Su eco llenaba el espacio cilíndrico, me transportaba al sosiego de mi primera infancia, cuando todo era uno y era armónico. Cuando mamá era solo mía y yo era solo suyo. Y ella no necesitaba nada más porque, cuando se asomaba al mirador de mis ojos, podía ver el mundo entero dentro de mí.

La luz del faro por la noche, con su barrido luminoso dentro de la casa, evocaba con más fuerza aquellas tardes en la habitación de Eleni, donde la bombilla doméstica del cine NIC creaba un pequeño mundo del que yo era el dueño absoluto. El manubrio ponía ese mundo en mis manos y yo lo tendía como un valioso tapiz ante sus ojos maravillados... Era solo papel vegetal, pero tenía el poder de conquistar su atención, de abrazarla y mantenerla inmóvil en un sitio.

Yo ya no tenía ese poder. Ya no podía retenerla. Eleni se había diluido en el océano del mundo, donde yo era incapaz de hallarla. Y sin embargo, parte de su presencia se había quedado junto a mí, como un perfume de lilas que habitaba cada curva del faro. Y la atmósfera fantasma de nuestro cine casero

me seguía por la casa como una bruma.

Ella no podía comprenderlo. Que yo no podía separarme de la costa. Que ya no era un niño, sino un hombre con la mitad de sí mismo colgada sobre las aguas. Yo era un hombre de costa y no podía perder la conexión con mi madre. Ella podía regresar en cualquier momento y tenía que hallarme allí, en el punto preciso del encuentro.

Subir al faro me liberaba del peso que sentía cuando caminaba por la tierra. Un peso que a veces pasaba a mi garganta y me entristecía.

Bajar por la escotilla también me aliviaba. Era como si toda la gravedad estuviera concentrada en la línea horizontal del suelo y cualquier subida o bajada contribuyeran a aligerar mi carga. Después de lo de Eleni, tardé siete días en visitar a mamá.

Me bebí en una sola tarde otra media botella de vino de lilas, que Eleni había traído, por educación, para Javier y Andrés y que yo me había agenciado. Esperé a que se hiciera de noche, fui al patio y levanté la tapa metálica con el dibujo de la caracola. Bajé la escalerilla y recorrí el túnel hasta la bifurcación, que ya conocía bien. En la cueva siempre estaban esperándome los gusanos luminosos y yo siempre atenuaba mi lámpara de aceite para ver sus dibujos, salpicando el techo con miles de gotas de luz turquesa.

Cada noche eran diferentes. Sus constelaciones se deshacían con la misma facilidad que se creaban. Habían seguido sus ciclos de reproducción a lo largo de los años y su población era más o menos estable. Aquella noche los gusanos habían formado un dibujo de galaxia en espiral, como un espejo del amonites que seguía incrustado en el suelo. Pero yo ni los miré.

—Te he traído estas plantas. Mira, se cierran al tocarlas.

Mi madre sostuvo una en la mano y con la otra me hizo la demostración. Le gustaba traer especies vegetales desconocidas o pequeños animales exóticos, que sin duda procedían de las antípodas, y mostrarme sus propiedades como si se tratara de juguetes. Yo evitaba su mirada.

—Estás fastidiado por algo —adivinó.

—Eleni se ha marchado. Me dijo que me fuera con ella, pero le he dicho que no.

—¿Y por qué no?

—¿Por qué no se queda ella conmigo?

—No hay muchas mujeres que quieran compartir la vida en un faro. ¿Puedes imaginarte el sacrificio que eso supone? —De pronto mi madre pareció indignada. Apretó los puños y se quedó callada un momento. Después continuó—: Es una vida que, para muchas mujeres, resultaría insoportable. Un verdadero encierro. Renunciar al mundo entero por amor... es pedir demasiado. Es muy egoísta por parte de un hombre pedir algo así. Y Eleni es como nosotras..., como las mujeres del club. Quiere experimentar el mundo con sus propios sentidos. Ser libre...

—Y entonces será como tú, ¿verdad? Se quedará conmigo un tiempo, unos años, tendrá hijos conmigo, quizás, y luego se marchará. Para ser libre, como tú dices. Para dedicarse a su «trabajo tan importante». ¡Pues yo no quiero eso! ¡Quiero a alguien que se quede junto a mí para siempre! ¡Alguien para quien yo sea lo más importante! ¡No quiero despertarme un día y ver que estoy solo otra vez!

—David... —Mamá estaba atónita, dolida. Yo nunca le había hablado así. Por fin había estallado—. No tenía otra opción. Era mi deber...

—¡A la mierda el deber! A la mierda tu trabajo y también el del tío Javier. A la mierda el trabajo de actriz de Eleni. Estoy harto. Harto del trabajo y del deber y de las libertades de todos vosotros. ¡Harto de todo!

Mamá intentó abrazarme, pero yo no me dejé. Estaba furioso. «¿Por qué nadie me pone en primer lugar? ¿Por qué nadie apuesta por mí? Al final, estoy solo.»

Ella se dio la vuelta y salió de la cueva, silenciosa y triste, y yo me quedé llorando hasta que me venció el sueño.

No recuerdo cómo regresé a mi cama, pero al día siguiente estaba tapado hasta la barbilla y me dolía la cabeza.

Cuando pienso más de lo que quiero pensar,
hago cosas que nunca debería hacer.
Bebo mucho más de lo recomendable
porque me lleva de vuelta a ti.

La canción del vino de lilas era una constante en mi cabeza.

Era domingo y Javier me había dejado dormir la mañana. Era uno de mis privilegios como adolescente, así que podía organizarme el tiempo de los

fin de semana como me diera la gana. Leer hasta la madrugada, deambular por el faro de noche, recalentar mi cena y dejar una nota sobre la mesa si tomaba la bici para irme por ahí.

Me había dejado una tortilla de patata en la cocina y un aviso de que tanto él como Andrés se habían ido al mercado para hacer la compra de la semana y echar la quiniela. Yo sabía que no volverían hasta entrada la tarde porque, ahora que yo podía quedarme de guardia, aprovechaban para tomarse algo en el bar y jugar unas partidas de dominó.

Me comí la tortilla y saqué de la nevera la botella de vino de lilas, que estaba a la mitad. «Una poción de amor. Un filtro.» Repasé la conversación que había tenido con Eleni acerca del Club de las Cincuenta Palabras y de las brujas. De varios tragos me bebí hasta un cuarto de la botella y me llevé a la linterna lo que quedaba.

Empecé a subir las escaleras algo aturdido por el vino, no tanto como para no percibir algo extraño en los agujeros de la pared.

En el enlucido interior del faro, siempre hubo unos huecos que nadie sabía para qué se hicieron. Quizás en algún momento pensaron en poner una barandilla y habían llegado a meter el taladro. Quizás sirvieron como elemento de medición, a la hora de construir las escaleras, quién sabe. Yo ya había reparado antes en aquellos agujeros a media altura, pero ahora me había parecido vislumbrar un movimiento en el interior de uno de ellos.

Estaba seguro de que sería una araña o algún otro bicho que se había escondido a mi paso. A pesar de todo, lo escudriñé y no vi nada.

Tuve la misma sensación extraña cada vez que pasaba por delante de uno de aquellos huecos, pero siempre retrocedía un paso, me asomaba, y no veía más que la pared perforada. Según iba ascendiendo, capté algo de reojo, un movimiento vertical dentro de los agujeros. Lo que fuera que se estuviera agitando en su interior, estaba claro que se escondía de mí... Pero al mismo tiempo parecía que me siguiera en paralelo.

Me vinieron a la mente los gusanos luminosos.

La inquietud me acompañó durante buena parte de la tarde en el faro. Aquella extraña sensación y los tragos que le daba de vez en cuando al vino me impedían concentrarme en la lectura. Para colmo, el cielo se estaba llenando de voluminosos grises. La tormenta parecía inminente y se presentaba una larga noche de trabajo para Javier y Andrés. Yo no iba a poder pegar ojo.

Los rayos son los mayores enemigos que tiene un torrero. No solo estropean las instalaciones del faro y provocan averías, sino que además la torre los atrae como si fuera un pararrayos natural. A menudo caen en el propio faro, cuando el torrero está dentro, trabajando, y le dejan aturdido o inconsciente. Pueden provocar que se caiga escaleras abajo. Otras veces se ceban en la casa y acaban saliendo hasta por los tubos de los grifos. Entonces sientes que todo tu cuerpo se estremece y que tus huesos buscan con ahínco las profundidades de la tierra, clavándose como estacas. Te pitan los oídos y pierdes el equilibrio, como si te cayeras del faro rodando, por la espiral de tu propio oído interno, hasta que el suelo te golpea sin piedad.

Decidí bajar de la linterna, por ver si Javier y Andrés habían llegado ya para hablar con ellos del mal tiempo que se avecinaba y de cómo afrontarían la noche. Pero antes quería comprobar una cosa.

Tomé un pequeño espejo que había siempre en un cajón de la mesa de la linterna, donde teníamos el libro de servicio para incidencias, y me lo llevé conmigo en el descenso.

Pasé el primero de los agujeros y tuve la misma sensación que al subir. Apenas un leve movimiento de arriba abajo en cuanto yo pasaba por delante. En el siguiente agujero, deslicé muy despacio el espejo de mano por debajo del hueco y lo incliné hasta conseguir una imagen de lo que había dentro.

El movimiento vertical era el de un párpado.

Y detrás de él había un ojo.

La impresión hizo que el espejo se me cayera de las manos y rebotara contra el escalón. Aterrado, bajé el resto a saltos, de dos en dos, con un escalofrío cada vez que pasaba por delante de uno de aquellos huecos malditos. Me perseguía el resplandor de aquellas cuencas.

Y hubo un momento en que ya no se escondieron de mí.

Había cientos de ojos asomados, observándome, mientras yo descendía frenético por la espiral cerrada.

Oí el trueno nada más salir y la lluvia torrencial me castigó mientras corría, sin aliento, hasta la casa. Logré cerrar la puerta detrás de mí y levanté la pestaña para deslizar el gran cerrojo de acero.

El salón estaba oscuro y en silencio, y yo sentía mi corazón como si lo tuviera en los oídos. Mis ojos desorbitados buscaban indicios de otras pesadillas que pudieran acecharme. El lugar parecía seguro, pero ya no podía estar tranquilo. Era como si se hubiera abierto otra puerta, una mucho más

profunda, que yo ya no sabía cómo cerrar de nuevo.

Me sentía lento y torpe, y maldije mi escasa tolerancia al alcohol. Al fin y al cabo no era más que un licor de flores, la graduación no podía ser tan alta... Con las manos temblorosas encendí el interruptor de la luz, pero todavía no pude respirar. La casa me parecía extraña, desconocida, debido a la sensación de pavor que me invadía.

Hasta que no oí las voces de Javier y Andrés en el exterior no me tranquilicé.

—Menuda nochecita nos espera —dijo Javier al entrar. Se quitó la gorra empapada y la retorció para escurrirla—. ¿Qué te pasa, muchacho? No habrán empezado ya los rayos, ¿verdad?

Yo estaba pálido. No conseguía hablar.

—¿Has terminado ya con el trabajo?

Recordé que el día siguiente era lunes y tenía que entregar los deberes sobre la historia del faro. Esa urgencia escolar me sacó del estado en que me encontraba.

—Estoy terminando.

En lugar de meterme en mi cuarto, como solía hacer, me puse a escribir sobre la mesa de comer, en el salón.

—¿Cuál de los dos va a hacer el primer turno? —pregunté, rogando a Dios que no se marcharan ambos.

Andrés se adelantó:

—No te preocupes, Javier, que ya voy yo. Tú quédate y hazle algo para cenar, que si no este es capaz de acostarse en ayunas.

Me puse a repasar el artículo en el punto donde lo había dejado:

Tanto Plinio el Viejo como Avieno destacan que, sobre el promontorio del cabo donde ahora se erige el faro, los cartagineses habían levantado antiguamente un templo dedicado a Baal Hammon, el Señor, que los griegos identificaron con el titán Crono y los romanos con Saturno, el dios del tiempo humano.

Acudí entonces al grueso diccionario de mitología universal que Emilia me había regalado por mi último cumpleaños. Era la primera vez que no me traía un vagón pintado para mi tren, que se había quedado definitivamente en una locomotora y doce piezas más. Ahora era un adolescente y ella había pensado que un libro sería mucho más adecuado. «En algún momento tenías que parar —intentó convencerme—, no ibas a seguir así hasta que tuvieras cuarenta

vagones, ¿no?» Doce vagones estaba bien. Uno por cada hora de un reloj.

Empecé por el final: la entrada de Saturno venía ilustrada con la pintura de *Saturno devorando a sus hijos*, del pintor Francisco de Goya, impresa en blanco y negro. Era espeluznante. Aquel ser capaz de engullir a los mismos seres a los que había dado vida. Al pie venían las referencias cruzadas: en griego, Crono; en cartaginés, Baal Hammon.

Un resplandor llenó el salón, interrumpiendo la secuencia habitual del faro. Y, seguido, el trueno soberbio, estremeciendo la noche. Teníamos ya la tormenta encima.

Busqué entonces la entrada de Crono, donde me encontré con un detallado árbol genealógico en el que aparecían los nombres de los titanes: con Gea, la tierra, en la cúspide de la pirámide y junto a ella Urano, Ponto, Océano... Lo ojeé por encima, sin detenerme mucho porque el trabajo tenía que estar listo por la mañana.

Retrocedí hasta Baal Hammon, a quien llamaban el Señor, el Oculto. Capté una serie de palabras en la descripción del primer párrafo: sacrificios humanos, recién nacidos, ofrenda religiosa, *molk*. Y presté atención a un dibujo, a la derecha de la entrada: intentaba ilustrar el macabro ritual mostrando la estatua del dios con el vientre en llamas, las fauces abiertas, las palmas hacia arriba y un bebé despierto sobre ellas. A su alrededor, varios hombres tocaban instrumentos. Me detuve a leer el pie de foto: «La música de flautas y tambores impedía oír el llanto de los niños».

Un violento golpe de la puerta me impidió continuar leyendo.

—¡Corred! ¡Venid a ayudarme!

Era Andrés, sudado y pálido, el que había abierto la puerta de par en par. Estaba sin aliento.

—¡Han naufragado!

Naufragio

*B*ajamos la colina pedregosa sin preocuparnos ya por los rayos, la tormenta o el viento. Desde la orilla, las olas de la tempestad se veían mucho más grandes, como las palmas amenazantes de titanes que surgieran del fondo del agua para intentar atrapar a sus víctimas.

La embarcación, de tamaño medio, había volcado y sufría un zarandeo cruel y caprichoso, como si la estuvieran azotando. Empezamos a lanzar los cabos hacia aquel destrozo de maderas, redes y cajas arrojadas sin piedad contra las rocas, como dados rebotando para decidir una nefasta suerte.

Ayudé a Javier a mantener su cabo firme, debíamos evitar que la tormenta se lo arrancara, aunque nadie había asomado aún para aferrarse a él. Entonces nos fijamos en Andrés, que nos llamaba a pocos pasos con la mandíbula desencajada, aunque éramos incapaces de oírle con el temporal.

Corrimos hacia él y vimos que, en el extremo de su cabo, se agitaba un hombre que levantaba un brazo desesperado para que le ayudáramos. Empezamos a tirar, pero cuando había recorrido medio camino se soltó. Parecía incapaz de encontrar la sogá y agarrarse de nuevo. Era como si se le escapara de entre las manos.

—¡Déjame bajar con el bote! —grité a Javier—. ¡Ya está muy cerca!

—¡Ni lo sueñes! ¡Te podría arrastrar!

—¡No tiene fuerzas para más!

Sin esperar su permiso, empujé la barca minúscula que teníamos para internarla en el agua. La lluvia seguía cayendo a plomo y primero tuve que vaciar la embarcación para poder arrastrarla.

Cuando ya la tenía en el mar me metí dentro de un salto, pero Javier tiró de mí sin miramientos hasta que la barca volcó y yo caí al mar. Después de

emerger y antes de que me hubiera dado cuenta, Javier ya la había enderezado y él mismo ocupaba su interior.

—¡Ayuda a Andrés a sujetarla!

Andrés había atado bien la sogá alrededor de una piedra pesada, dando cuerda suficiente para que Javier pudiera llegar hasta el náufrago. Este, exhausto, se agarraba con sus últimas fuerzas a una tabla de madera, pero cuando descubrió a Javier aproximándose hacia él, en el interior del bote, debió de llenarse de esperanza y redoblar sus energías. Parecía decidido a aguantar como fuese.

Con un gran esfuerzo, Javier le alcanzó y arrastró su cuerpo agotado al interior del bote. Entonces Andrés y yo comenzamos a tirar con todas nuestras fuerzas, conscientes de que nos disputábamos con la mar más violenta aquellos dos cuerpos y que tendríamos que poner todo nuestro empeño en arrebatárselos.

La pelea fue extenuante. El mar avaricioso parecía resoplar, tomar fuerzas, tragar profundamente para hacer desaparecer la barca en sus entrañas. Después expiraba, relajándose, permitiendo que confiáramos en que podríamos quitarle su presa.

Andrés y yo no cejábamos, como si fuéramos dos bestias igualmente hambrientas. Anclábamos nuestras piernas en la piedra y la arena, que eran nuestros únicos aliados. Todo lo demás, lluvia, viento y oscuridad, se nos había puesto en contra.

Un fuerte golpe del Levante dejó a Andrés sentado en el suelo, y en medio de la confusión de la caída, se le escapó el cabo. Este dio un tirón en mis manos que hizo que la cuerda corriera entre ellas, hiriéndolas hasta hacerme sangre.

En ese instante creí que habíamos sido derrotados, cuando vi cómo cedíamos el terreno ganado. Javier se nos iba, mar adentro. La distancia entre nosotros se agrandó más allá de toda esperanza.

El pánico dio paso a un desesperante vacío. Javier había cruzado la línea y ya era irrecuperable. Desgarrado de nosotros, del mundo de los hombres, se había convertido en propiedad del océano.

La fuerza del mar había sido tan contundente como la de la gravedad.

Pero la gran piedra aguantó y me despertó con un tirón mayúsculo de la sogá. Andrés se incorporó y fue el primero en reaccionar. Y yo puse mis manos al lado de las suyas, aguantando el dolor de mis heridas para traer a

Javier de vuelta

Después de una eternidad de angustia, logramos que el vientre de la barca descansara su peso sobre la arena mojada y todos nos desplomamos con ella.

La figura negra del marino se rindió bocabajo al bajar del bote, que prácticamente volcó al alcanzar la orilla.

Los haces de luz del faro, fantasmales, intermitentes, barrieron su figura en la noche cerrada.

Su cabello era muy negro, del mismo color que sus ropas caladas. Se apoyó en las manos y logró ponerse de rodillas. Entonces, con uno de los brazos me agarró la pierna y me obligó a agacharme.

—¡Hay dos más! —acertó a decir.

Asentí con decisión.

—¡Llévale adentro! —me ordenó Javier.

Dudé un instante, no sabía si podía ser más útil fuera. Me horrorizaba que Javier y Andrés fueran a arriesgarse otra vez, exhaustos como estaban. El náufrago seguía arrodillado y su estado era tan crítico que temí que fuera a desplomarse sobre las rocas para no levantarse ya.

Le ayudé a hincar una rodilla y pasé su brazo por encima de mis hombros, cargando con parte de su peso para remontar la pequeña colina hasta la casa. Una vez allí, le quité la ropa chorreante, le envolví en todas las mantas que encontré y le recosté con cuidado sobre el sofá.

No vi oportuno ofrecerle ni un vaso de agua, pues estaba casi inconsciente. Tan extenuado que imaginé que ni siquiera debía saber dónde se encontraba.

—No puedes ayudarme, márchate... Es inútil. No podrás salvarme. El mar es demasiado fuerte...

En su mente aún seguía allí, luchando con las olas.

No tardé en caer, yo también, rendido de cansancio.

Aquella noche soñé con el fuego que ardía en el corazón de la linterna. Era un fuego ancestral, el primero que se había encendido sobre el cabo, y que luego se había perpetuado hasta nuestros días. Era el fuego de Baal Hammon, devorador de niños recién nacidos. Sus almas estaban ahora emparedadas en el faro, atrapadas en el yeso desde el cual me observaban.

No quería contribuir a mantenerlo vivo. No quería ser uno de sus

contemporáneos sacerdotes. La luz del faro se había vuelto maldita de repente.

Ya no era la señal de salvación, el espejo de la noble labor que realizaba mi madre, sino una trampa que atraía a los niños, engullía sus infancias y los convertía en seres sin espíritu. En cuerpos vacíos, carentes ya de tiempo humano.

En mis pesadillas, Eleni se había quedado ciega como el príncipe enamorado de Rapunzel. La luz de la linterna había quemado sus retinas. Era su castigo por venir a verme a aquella torre en la que yo me había encerrado. Y yo correría la misma suerte si me quedaba, estaba seguro. El faro ya no era un refugio. Ya no podía seguir escondiéndome. Tenía que salir de allí.

Me desperté sudando, salté de la cama y me lancé a lo que siempre solía hacer cuando estaba aterrado: salí al patio deprisa, hacia la tapa de la escotilla.

Para mi alivio encontré a mi madre en el lugar de siempre, al final del túnel, en la resguardada cueva. Estaba de espaldas y ya no llevaba el uniforme de Salvamento de Náufragos sino un vaporoso vestido azul turquesa. Ceñía sus cabellos con una diadema de flores acuáticas que parecían flotar en el aire y estaba tarareando la canción de *La Cenicienta* en un murmullo.

—No tengas miedo, cariño. No pasa nada —me dijo antes incluso de volverse.

—No has podido salvar a los náufragos —le reproché.

Aún estaba dolido. Su abandono en favor de esa humanidad necesitada en el mar tampoco había servido para tanto, después de todo. Y a mí, en cambio, me había supuesto el enorme sacrificio de tener que vivir desgajado de ella, a merced de demonios venidos de un pasado remoto, de la edad de los titanes.

—Creo que ya es hora de que te diga la verdad. Que te cuente de verdad quién eres y lo que está pasando...

—No trabajas para Salvamento de Náufragos, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Esa institución está ya casi extinta. Sí que me dedico a salvar náufragos y a ayudar a los marinos, pero de otra manera... Creo que ya has entrado en contacto con los miembros más importantes de la familia, y es normal. Su

presencia es mucho más fuerte aquí, en el faro. Aunque lamento que la de tu tío abuelo sea tan intensa y te esté atormentando tanto. Sé que te acecha y que le tienes miedo, que se cierne poco a poco sobre ti y que te acorrala en sueños. Crono, al que otros llaman Saturno o Baal Hammon, el dios del tiempo humano. Tienes que liberarte antes de que haga de tu mente una prisión.

Bajé la vista un momento al amonites del suelo. También lo había visto en el diccionario con su nombre en latín, «ammonites», derivado del dios Ammon. Su símbolo allí grabado no era una casualidad. Era parte de una señal recurrente. Me estaba intentando decir algo importante que yo solo conseguía intuir.

Mostraba la espiral en movimiento creciente, llena de escalones, que yo deseaba recorrer de nuevo. Estaba harto del temor y de vivir paralizado. Necesitaba viento bajo las velas. Un empujón que me incorporara a las corrientes y que me llevara lejos de allí.

—Emilia dijo que mi abuelo era el océano. Y que era él quien te había llamado...

—Así es. Océano es el hermano de Crono. Sus hijas son las oceánides. Y sus nietas son cincuenta hermanas, las nereidas. Un verdadero club. —Me dedicó una sonrisa de complicidad, ante aquella confesión última—. Cada una tenemos un nombre verdadero y velamos por una cualidad del mar.

—¿Y cuál es tu nombre verdadero?

—Algún día te lo diré, David. Cuando llegue el momento.

Cambio de rumbo

*L*a noche fue muy larga. Ya amanecía cuando Andrés y Javier entraron en la casa, abatidos y derrengados, moviendo la cabeza sombríos, en señal de negación.

Caleb —que así se llamaba nuestro improvisado huésped— estaba sentado a la mesa, silencioso, cuando me desperté. Solo tenía una taza humeante entre las manos. No parecía más que agua caliente.

Yo me sentía cansado hasta la médula: el rescate, la pesadilla y la visita a la cueva subterránea me habían chupado todas las fuerzas. Seguí durmiendo de forma intermitente durante toda la mañana, hasta la media tarde. Cada vez que medio abría los ojos, Caleb seguía allí, con la mirada perdida.

Javier y Andrés habían descansado lo justo y vuelta a la faena. Javier, a informar del naufragio y a hacer el papeleo. Andrés, a recorrer el litoral con los voluntarios del pueblo en busca de supervivientes, que a cada hora que pasase tomarían más la forma de fantasmas. Me habían dejado una nota en el lugar donde habitualmente era yo el que las dejaba.

Me senté frente al náufrago, con la mirada puesta en el tablero de la mesa. Sé que los hombres se sienten incómodos cuando un desconocido los observa en su momento más difícil.

—Los torreros han ido a buscar más ayuda. Y a hacer una batida por la costa —le expliqué con la nota de Javier en la mano.

—Yo no los conocía... —musitó Caleb con su peculiar acento, que yo identifiqué como sudamericano. En aquella época, los dibujos animados todavía hablaban igual que él—. No conocía apenas a esos hombres antes de entrar en el bote. Esta era nuestra primera expedición juntos.

—¿No podría decirnos quiénes eran?

—Me parece que no les voy a servir de gran cosa —continuó él—. Solo sé que eran gallegos.

Me quedó claro que daba a sus compañeros por muertos.

—Sabíamos que no se podía pasar entre el cabo y los islotes, que las rocas siguen su camino por debajo del mar. Están ahí aunque no puedan verse, son como un campo de minas. Íbamos a rodearlas por fuera, pero la tormenta nos arrastró. Nos fajamos a muerte con las olas, pero..., *mijo*, ya no se pudo hacer nada —se exculpó.

«No se pudo hacer nada», repetí. Ni Javier ni Andrés ni yo pudimos hacer nada por aquellos dos hombres ahogados. Ni la Armada ni el faro con toda su luz, con todo su milenario poder. Ni tampoco mamá, que se había entregado a ello por completo. El océano, cuando quería, se salía con la suya. Era el triunfador supremo, la sentencia inapelable.

—¿Qué tipo de embarcación llevaban? —le pregunté bajando la voz hasta que no fue más que un susurro.

En un lateral de la mesa estaba el pequeño botiquín que solíamos guardar en la linterna. Sin duda, Javier o Andrés lo habían bajado para complementar el que teníamos en la casa. Me puse a hurgar, para distraerme, entre las tiritas y los algodones.

—El *Eurídise* era un bote de ocho metros. El *botesito* era candela, sobre todo cuando el mar se ponía bravo. Corrió muchas millas desde que salimos del Caribe. Nos cayó más de un *aguasero* en mitad del Atlántico, pero vinimos a arruinarla aquí. Le *sumba* el mango...

Caleb seguía exhausto y apenado, pero interpreté sus ganas de hablar como un buen síntoma.

—Íbamos a recorrer el Mediterráneo. Habíamos traído lo *suficiente* como para no tener que preocuparnos una buena temporada. Pero ellos han perdido la vida, y yo el bote y las perlas. Estoy sin un chavo... ¡Carajo!

La palabrota fue lo que me dejó más tranquilo. Sentía rabia, que es lo que llevan en el corazón los verdaderos supervivientes.

Al día siguiente no fui a la escuela, ni tampoco al otro. Total, ya no iba a poder entregar el trabajo a tiempo y me sentía más útil en la casa, con Caleb, mientras Javier y Andrés se encargaban de apoyar las labores de búsqueda y de la interminable burocracia. El cartero, que solía venir un par de veces a la semana, me dijo que la noticia de nuestro heroico salvamento había corrido como la pólvora y que a Javier le iban a conceder la Medalla de Plata de la

Sociedad Española de Salvamento de Náufragos, así como la Cruz de Beneficencia de Segunda clase del Ministerio de Gobernación. Pero al tercer día, cuando Javier se quedó en la casa, le quitó importancia:

—Hay que hacer la revisión y darle a todo una buena limpia. Sube y comprueba que todo está en orden. Y llévate el cuaderno de inventario.

Me quedé parado en mitad del salón, sin saber cómo explicarle lo que había visto al subir las escaleras de la linterna.

—¡Vamos! ¡Muévete, que es para hoy!

¿Qué podía decir para librarme? ¿Que tenía miedo de pasar por delante de las mismas paredes con las que había convivido durante los últimos seis años? ¿Que temía que el pasado hubiera vuelto en forma de espíritus atrapados? ¿Que ahora el faro me parecía una criatura horrorosa y maldita?

Javier estaba exhausto de recorrerse las playas durante el día, de rellenar formularios durante la tarde, de hablar con la gente —hábito que había perdido en gran medida, debido al aislamiento y a la parquedad de Andrés—, y había vuelto cada noche para hacer sus turnos en la linterna. No podía molestarle con mis chorradas. No tenía más remedio que ir y enfrentarme a todos aquellos ojos grises, pequeños, que quizás estaban ciegos, pues yo siempre había oído que los bebés no pueden ver.

Entré en el baño, conseguí un nuevo espejo de mano, el que Javier utilizaba para afeitarse, y lo llevé apretado contra el pecho como si fuera un talismán. Recorrí los metros que separaban la casa de la torre, entré y subí, resuelto, los peldaños hasta el primer agujero de la pared.

Muy despacio y conteniendo la respiración, deslicé el pequeño espejo por debajo del orificio, teniendo especial cuidado de que la carne de mis dedos no pasara por delante. No quería volver a exponerla a aquellas miradas, como si pudieran herirme o maldecirme con solo posarse en mí. Levanté un poco el espejo. Allí solo estaba el hueco en el yeso, nada más.

Respiré aliviado y me recosté contra la pared. Quizás solo había sido el resplandor de los rayos que, reflejados en el pequeño espejo, habían creado una ilusión óptica: un reflejo cristalino, sobre algo que en realidad no existía. Pero —volví a temer— ¿acaso los párpados dormían por la mañana, como hacían los torreros, y despertaban por la noche, cuando la linterna ya estaba encendida? Quizás era el fuego el que los despertaba...

Me propuse bajar de allí antes de que atardeciera. No volvería a cruzar semejante trinchera de miradas. Bajaría los escalones de tres en tres, sin mirar

la pared, aunque pudiera matarme en el intento. No me arriesgaría de nuevo a aquel encuentro espeluznante.

Terminé de subir despacio. Llevaba conmigo, en la mochila, el pesado libro de mitología. Una vez en la linterna, comprobé que todo funcionaba bien: la llave de los quemadores Chance abierta a tres cuartos, la presión del petróleo a 4,5 kilogramos...

Realicé la limpieza rutinaria y los apuntes en los cuadernos reglamentarios. Entonces me senté frente a la mesa de trabajo y abrí el libro de par en par.

Allí estaba el árbol genealógico del que me habían hablado Emilia y mamá. Los nombres de Urano, Crono, Océano... no habían dejado de repetirse en mi mente desde que ojeara las páginas del tomo en busca de documentación para mi trabajo de clase.

Después del encuentro con mamá, podía verlo todo un poco más claro y trazar la línea completa de los titanes: Gea, Océano, Nereo y sus cincuenta hijas.

Aquella misma semana recibí carta de Eleni. Me contaba que se había asentado bien en Madrid y me daba la dirección de la casa donde vivía, por si quería escribirle allí.

La carta era tan impersonal que podría haberla redactado un guía turístico. Describía la ciudad de Madrid y me hablaba de la Academia Mavian, que era donde la mayoría de los aspirantes a torrero preparaban las oposiciones. Yo había visto varios anuncios en la revista *Señales Marítimas* y le había hablado a Eleni de ellos. Pero aún me quedaban muchos años para eso.

Ninguna referencia a nuestro último encuentro, al perfume de las lilas o a la música. Aunque, sin duda, el envío de la carta ya tenía un significado por sí mismo.

Al final había unas líneas que sí eran personales y que releí varias veces: «No hace falta que vengas a Madrid. Simplemente, no dejes que el faro te consuma. Tu tiempo es demasiado valioso».

El faro, el templo del tiempo.

Eleni y mamá tenían razón. El cuerpo del faro era una prisión. Almacenaba el tiempo humano y lo inmolvaba en su fuego implacable.

Los faros, me di cuenta entonces, debían de ser como agujeros en la

superficie magnética de la Tierra. Estaba seguro de que, si me hubiera encerrado allí de por vida, si hubiera podido cumplir el imposible de no bajar nunca de la linterna, no habría envejecido ni un solo día.

La casa del faro, en realidad, no es más que un decorado de casa: la colonia última del hombre junto al vórtice del tiempo.

Antes de que Eleni me zarandeara con su marcha yo había tenido una ilusión de hogar en aquella casa, pero ahora ya solo me parecía un escenario. El verdadero hogar, ¿dónde se encontraba ya? ¿En el pasado remoto, el paraíso sin fisuras de la unidad con mi madre? ¿En el futuro hipotético, junto a una Eleni cambiante y ahora desconocida, cuya forma definitiva ignoraba?

Nunca hice el experimento de subir un reloj a la linterna para comprobar si se detenía o seguía funcionando. Para averiguar si allí Crono lo mantenía en su puño mientras contemplaba a su hermana, la Memoria insondable, o bien lo liberaba, al escuchar el compás de su hermano Océano.

Aquella noche soñé con la cueva y Eleni estaba allí, conmigo, frente al gran símbolo de la espiral de amonites en el suelo. Yo podía ver las olas al fondo, pero no conseguía oírlas porque el silencio era absoluto.

Al final de la gruta, antes del mar, había tan solo una inmensa ostra. Tan grande como podía serlo una cama, con la concha parda y rugosa, parecida a una roca. Antigua.

Por una rendija abierta pude intuir un resplandor de nácar.

Y, raspado sobre la superficie, había un nombre: «Eurídice».

—No mires dentro —me susurró Eleni tomándome la mano—. No lo hagas. Me ha dicho Vélez que hay muertos en el agua.

A las dos semanas, Caleb estaba listo para embarcarse de nuevo. Le habían enviado dinero desde las Antillas y estaba dispuesto a comprar un bote nuevo, el Eurídice II, y a recorrer el Mediterráneo con él, parándose en los puertos que le resultaran atractivos. Los cultivadores caribeños le habían enviado más perlas y sus amigos buceadores habían empaquetado pequeños objetos curiosos, de escaso valor, rescatados de barcos hundidos. Relojes de bolsillo, detenidos y con manchas de óxido, alguna pitillera, un par de petacas, broches, anteojos o cucharillas de café. Él estaba seguro de poder colocárselos a joyeros y anticuarios locales. También planeaba incrementar

sus ingresos, pues siempre había gastos extraordinarios a bordo, llevando a pasajeros en itinerarios de recreo.

En cuanto me enteré de su plan, le pregunté si me podía hacer sitio en el velero. Que yo no sabía navegar, pero que estaba deseando aprender. Que ya no soportaba el faro.

No era la soledad ni el aislamiento, sino más bien el inmovilismo atroz. La claustrofobia. Mamá y Eleni ya me lo habían dicho: ninguna mujer de mi generación iba a querer compartir un destino semejante. Si continuaba allí, iba a quedarme solo.

Por vez primera, ansiaba adentrarme en el mar que tantas veces había contemplado. Deseaba confundirme en él y pasar a ser uno de tantos marineros, como los que habían puesto su vida en mis manos. Uno anónimo, sin el peso de la responsabilidad o el deber. Yo quería liberarme, como había hecho mamá.

Caleb había accedido a llevarme con él y me parecía imposible afrontar la charla con Javier para anunciarle mi decisión. Iba a decepcionarle sin remedio. Él confiaba en mí y me había hecho parte de ese selecto grupo de juramentados en la misión de guardar el faro. Había sido, durante varios años, uno de los portadores del fuego, y ahora me estaba echando atrás como un cobarde.

Me despedí de Andrés, no sin antes hacerle prometer que me guardaría el secreto. Él me ayudó mucho porque comprendía que yo necesitaba hacer ese viaje.

—Tienes que largarte y decidir qué quieres. Eres demasiado joven como para conformarte con la primera opción que se te presenta. Ya tendrás tiempo de volver aquí, si es eso lo que quieres. Tienes que salir ahí fuera y espabilar.

Javier y Andrés ayudaron a Caleb a aprovisionar el Eurídice II y a hacerlo seguro para largas travesías. Javier, sin saber que yo también estaría a bordo cuando llegara el momento de zarpar.

La madrugada de la partida y, para hacer aún más patente mi cobardía, dejé una larga carta sobre la mesa del salón. Andrés estaba de guardia en el faro, Javier se había marchado al pueblo y a mí me daba reparo dejar la casa sola, sin saber si Andrés necesitaría algún refuerzo hasta la llegada de mi tío. Pero la mar estaba en calma y parecía propicia. Saldríamos con los primeros rayos del alba.

En silencio y a oscuras, con la luz racheada acariciando la pared, me

despedí de la casa. De los fantasmales muebles, el sofá, las estanterías libro por libro, las sillas y la mesa que nos servían para todo. Nuestras miradas, la mía y la del faro, recorrieron juntas cada una de las fotografías y de las vitrinas. Como en las películas del cine NIC, el faro y yo nos contamos nuestra peculiar historia. Y escrutamos los tesoros una última vez, antes de que yo cerrara la puerta a mis espaldas.

Cuando llegué al puerto, el cielo empezaba a clarear y el Eurídice II estaba preparado.

En la cubierta, abrigado y con la maroma en la mano, me estaba esperando Javier.

—Vamos, sube. Ya pensábamos que tendríamos que irnos sin ti. A partir de ahora hay que ser más serio con la puntualidad, hijo.

Resulté no ser el único que había traicionado sus votos. Andrés había puesto a Javier al corriente de mis intenciones la misma noche en que yo se las había contado, y él no había tardado en tomar una decisión. Yo era su única familia, me dijo más tarde. A él le correspondía enseñarme a navegar.

—¿Qué te creías? ¿Qué me he pasado toda la vida nada más que de torrero? —preguntó ante mi expresión incrédula—. Yo he manejado embarcaciones de todo tipo. Mi padre fue marino, aprendí a llevar veleros antes que a usar las piernas. Y en mi juventud estuve trabajando en buques de vapor. Tú, con catorce años, no eres más que un crío. No vas a meterte en una cáscara a recorrer los siete mares sin saber yo que estás preparado. Y para estar seguro de eso tengo que enseñarte con mis propias manos.

—Ahora sí que te sacaste la rifa del guanajo —bromeó Caleb—. ¡Dale! ¡No te quedes ahí! Abre bien los ojos, o tu tío te va a botar en el primer puerto que encuentre.

Javier, según me explicó entonces, se había pasado las últimas semanas gestionando una licencia ilimitada, con cese incluido, y solicitando un nuevo compañero para Andrés. Compañero que ya estaba en la linterna con él, haciéndose a la rutina del funcionamiento del faro.

—Pero tío, podrías haber solicitado una licencia temporal... Y luego prórrogas...

—¡Bah! Al faro, tal y como está ahora mismo, le quedan tres años como mucho. Luego lo van a electrificar y habrá que meterlo en cintura de nuevo.

No me apetece aprender todo el oficio desde cero, como si fuera un opositor. Tengo ganas de navegar, maldita sea. ¡Ya es hora de ponerse en marcha otra vez!

Le abracé lleno de agradecimiento, emocionado. Javier había preferido quedarse junto a mí para que yo estuviera seguro, para ayudarme con aquel desconocido mundo de titanes al que ahora me enfrentaba.

Javier había decidido apostar por mí.

Viento y marea

*E*l viento me ha acompañado siempre desde la marcha de mamá. Primero en el faro, donde era omnipresente y penetraba en todas las grietas y rendijas de la casa y de la torre. Aquella construcción era un desafío para él: un obstáculo. Un insulto a su poder.

Yo lo oía gemir enojado, quejarse contra nuestras ventanas y puertas, patear con rabia las macetas del jardín e intentar arrancarnos la ropa tendida.

El viento tenía muchas maneras de protestar contra aquella roca de cemento y piedra que los hombres habíamos levantado en su camino. Por las noches nos impedía dormir. Nos abofeteaba con portazos si nos descuidábamos, incluso nos tiraba de las bicis en las idas y venidas hasta el faro. Creo que nos hubiera arrojado por el acantilado, de haber podido.

Pero ahora, en el barco, ya no lo sentía como un enemigo. El viento era mi compañero y se comportaba más bien como una amante.

A veces me acariciaba, otras me guiaba. Bailábamos, discutíamos... Luego nos reconciliábamos y nos susurrábamos mensajes o ruegos. El viento fue, en muchos sentidos, como una primera relación amorosa. Me enseñó a depender y a confiar. A dejarme llevar cuando era necesario. A luchar por mi espacio cuando resultaba asfixiante. El viento me amó y yo lo amé, y recuerdo que nuestra historia contó con todos esos vaivenes sentimentales que aparecen en los libros románticos.

Sin embargo, pronto aprendí que el viento también podía herirme con crueldad. Hacerme gritar o llevarme hasta las lágrimas, de pura desesperación e impotencia. Darme la espalda, celoso, despechado. Verter sobre mí sus amenazas de abandono.

Cuando uno está navegando, el viento y el tiempo comparten una misma

esencia. Si el viento se para, si la desesperante calma chicha acuchilla las velas y las deja sin vida, el tiempo también se muere. Los minutos solo pueden transcurrir mientras el barco avanza hacia el siguiente puerto y la brisa sigue acariciando el rostro. Las jornadas sin viento son tan terribles como lo es el desamor. Un mirador privilegiado a la locura.

Durante tres años —de los catorce a los diecisiete—, estuve recorriendo el Mediterráneo con Caleb y con Javier. Traíamos y llevábamos las perlas y las curiosidades obtenidas por los buceadores y, en ocasiones, también embarcábamos a algunos viajeros, recorriendo las mismas rutas que los comerciantes de la Antigüedad.

Ellos dos me enseñaron a navegar, a dominar las olas y a sobrevivir cuando la tierra ha desaparecido y te quedas solo contigo mismo.

Cuando atracábamos en los puertos siempre me dejaban a bordo del barco, cuidando la mercancía mientras ellos se iban a la taberna o a reponer los víveres.

—Limpia o *cosina* —me advertía Caleb con su acento cubano—. Que no te encuentre ahí tirado, cogiendo mango bajito. ¿Otra *ves* leyendo en cubierta? Cabaaalleero, pero ¿qué vamos a *haser* con este muchacho?

No me importaba. Estaba a gusto en el barco, en el agua. No echaba de menos la firmeza del suelo. En algunos aspectos, el territorio inestable del mar no era tan diferente del de la linterna, casi inhabitable.

A partir del tercer año comencé a navegar en solitario.

Caleb y Javier seguían trabajando juntos y haciendo las rutas habituales. Montaron su propio negocio turístico, compraron un barco más grande y a mí me dejaron el Eurídice II, pero nunca me gustó el nombre, así que repinté la cubierta y lo rebauticé como Príncipe Caspian.

Siempre tuve recursos económicos para equipar al Caspian, repararlo y viajar. Emilia había alquilado la casa de mi madre después de que ella se marchara y había abierto una cuenta bancaria para mí que Javier podía gestionar. Nunca necesité llevar viajeros. Los turistas —y en general, los desconocidos— no me gustaban mucho y prefería elegir mis propios destinos.

Visité las costas e islas de toda Francia, de Italia, de Grecia, de Turquía, del

norte de África... En verano llegué a aventurarme a través del canal de Suez hasta alcanzar el extremo sur de la India. Me estaba preparando para emprender mi gran aventura: cruzar el Atlántico.

Y, sin embargo, antes de iniciar la que, sin saberlo, sería mi primera etapa de la circunnavegación, decidí que tenía que visitar un sitio que aún tenía pendiente: la isla de Rodas.

Allí las costas eran cálidas, con un sol benévolo, y me fascinó el paisaje de los olivos sobre sus tres colinas y la música de gaviotas en el puerto de Mandraki. Me imaginé pasando con mi barco bajo la gigantesca sombra de Helios, el Coloso, una de las Siete Maravillas del mundo antiguo. Disfruté de los quesos de oveja especiados con orégano, romero y hierbabuena, del tomate seco, de las hojas de vid rellenas de arroz. De pasear por las calles empedradas de su ciudad medieval y de observar cómo el viento daba cuerda a los molinos.

Rodas era cálida y estaba llena de vida, de leyendas, de símbolos naturales y de pequeños placeres. Todo allí me recordaba a Eleni, y entendí por qué Emilia le había puesto aquel segundo nombre. La nostalgia de ella volvió a mí como una marea incontrolable.

Le había enviado postales durante aquellos años, sin esperar nunca una respuesta puesto que yo no tenía ya dirección fija. Eran postales que yo no había escogido y que Javier compraba, por encargo mío, durante nuestras breves estancias en los puertos. Pero después de Rodas sentí que necesitaba verla, abrirme paso por los caminos secos de tierra hasta encontrarla. Necesitaba averiguar si finalmente se había convertido en actriz. Averiguar si todavía seguía pensando en mí.

El Príncipe Caspian

—*L*o de los periódicos y el récord nunca fue importante para él. —Catherine había puesto otra tetera en el fuego y se había levantado para servir—. Por entonces, el Libro Guinness llevaba tan solo un puñado de ediciones, siete creo recordar, y se publicaba tan solo en Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia. Emilia era la que tenía un contacto con la familia Guinness, en Irlanda, y fue la que se encargó de todo. Pensó que sería una buena manera de tenerle un poco más controlado. Cada vez que David hacía escala en un puerto tenía que informar, contar con testigos y demás. Así ella se aseguraba de que estuviera bien. Mire, tengo por aquí un par de fotografías de aquella época...

Abrió un cajón y sacó algunas enmarcadas. Me extrañó que las tuviera guardadas, en lugar de expuestas, aunque quizás lo hacía para preservarlas del polvo. Pero me había confesado que ya se había llevado sus libros más valiosos, y en cambio aquellas fotos... las había dejado atrás.

—¿Y este es el Príncipe Caspian? —dije señalando la primera, en blanco y negro.

En ella se veía a un muchacho joven, de diecisiete años, asomado a la borda de su pequeña embarcación. Llevaba un jersey de lana muy gruesa con cuello vuelto y un gorro a juego. En el casco podía leerse el nombre del barco y en el palo mayor había un pañuelo oscuro, ondeando al viento.

—Así es. Ese fue el barco con el que dio la vuelta al mundo, fue el marino más joven en lograrlo. Tardó tres años en completar el viaje, entre 1963 y 1966, empezó con dieciocho y acabó con veintiuno.

—¿Y el nombre?

Catherine me miró con extrañeza.

—El de Caspian... —insistí.

—¡Ah! Eso... En los libros, el príncipe Caspian es más o menos el encargado de que la fantasía vuelva a Narnia, en un mundo donde la magia ha sido desterrada. Libera a todas sus criaturas y les devuelve su hogar. Se le apoda el Navegante.

—Nunca he entendido por qué los protagonistas de esos libros tenían que volver a Londres —reflexioné en voz alta, sin dejar de mirar las fotografías.

El mismo muchacho con algo de barba, junto a unos hombres nórdicos en un muelle. En otra instantánea, sonriente, tomando una cerveza en una taberna. Envuelto en una gruesa manta gris, sosteniendo una taza entre los mitones.

—¿Cómo dice?

—¿Qué por qué no podían permanecer en Narnia para siempre, como reyes? Haciendo una vida más feliz, en la que fueran admirados, respetados y pudieran hacer su voluntad. ¿Por qué tenían que volver a ser niños, a soportar el tedio de ir al colegio y seguir las normas en un lugar donde no tenían voz ni voto?

—Me parece que usted se está contagiando del espíritu de mi marido. —Sonrió—. Pero la vuelta a Londres, como se imaginará, no es más que una metáfora de la responsabilidad. Llega el día en que todos tenemos que volver y afrontar el mundo real.

—¿También David?

Ella suspiró y sorbió su té.

—*Touchée*.

—¿Qué pasó con Eleni? —pregunté con cautela. Esperaba no haber dado con una herida en su ánimo, pero mi condición de periodista me exigía plantear aquella pregunta. La historia no estaba completa sin ella—. ¿Se volvieron a ver?

Catherine no se retiró la taza de los labios y por un instante no pude verle la cara. No sé si fue una coincidencia o bien lo hizo para ocultar su expresión. Pero bajó la taza, tragó el líquido caliente y continuó la conversación con naturalidad:

—Cuando volvió de sus viajes fue a buscarla, sí. Pero creo que esa parte de la historia se la podrá contar mejor la madre de la muchacha.

—¿Emilia? Si debe de tener ya como...

—Ochenta y nueve años, sí. Es muy mayor, pero sigue lúcida. Aunque

tendrá usted que ir al aeropuerto, porque vive en la costa este de Irlanda.

Se incorporó y me tendió el diario. Me pareció que, justo en el lugar por donde lo había cerrado, el canto de las páginas formaba un dibujo irregular.

—Tome. El trayecto en avión puede hacerse largo y esto segura que le ayuda a comprenderlo todo mejor.

Yo no tardaría en comprobar que, tal y como sospechaba, un buen número de páginas de las memorias habían sido arrancadas. Justo allí donde los caminos de David y Eleni tendrían que haberse cruzado de nuevo.

La victoria sobre el mar

*A*l final ella me reveló su nombre verdadero. Cuando estuvimos a solas, en el lugar más privado e inaccesible del orbe, en mitad del Pacífico. Allí donde, por más que soplara el viento y arrastrara las palabras, era imposible que nadie más lo oyera.

La noche en que me lo dijo no había luna. Solo millones de puntos de luz, como polvo lanzado al cielo por manos gigantescas. Era como el dibujo de los gusanos luminosos, solo que ahora estallaba en un blanco puro y trazaba el arco de la Vía Láctea.

Fue una revelación delicada, como un secreto.

Se llamaba Eunice, que representa la victoria sobre el mar. El nombre está formado por *eu*, que significa «feliz» y por Niké, que es la Victoria.

Entonces la entendí como nunca: su necesidad del agua y de viajar con ella de un lado para otro. Estuvimos muy cerca durante aquellos años de descubrimiento, exploración y libertad.

En mitad de un océano en calma no hay lugar para los pensamientos. La belleza llena tanto que es casi sofocante, capaz de poner en suspenso el corazón. Allí, el tiempo humano y el tiempo universal pasan, por fin, a ser el mismo.

Eunice era su nombre. Hija de Nereo, el dios de las olas del mar, y de Doris, la generosidad del mar. Los griegos, el pueblo mediterráneo por excelencia, tenían un dios para cada rostro, expresión y cualidad del mar. Como si no se tratara de una entidad única, sino más bien de un conglomerado de seres que se desprenden de él y a él regresan, un ecosistema de espíritus, un ente tan complejo que era imposible de personificar en un dios único. Así, los hermanos de Nereo eran Taumante, el milagro o

maravilla del mar, y Forcis, el lado peligroso del mar.

Mi madre también me habló de sus hermanas, las cincuenta nereidas, y yo aprendí a reconocerlas y a identificarlas a todas. A Psámate en las playas de arena; a Eulímene, en el buen puerto; a Glauce, en el mar gris-azulado; a Ferusa, «la que lleva», durante el viaje, y a Espeo, en las cuevas marinas, a las que protege. Hay una nereida que alienta el desove de los peces, otra que provoca las corrientes, otra que vela por los tesoros. Hay nereidas que cuidan de los pescadores y que componen sus canciones y se las susurran con la brisa. Yo por fin podía ponerles nombres a todas, y admiraba y respetaba cada uno de sus rostros.

Nunca pretendí dominar a aquellas mujeres. Solo intenté comprenderlas y escucharlas. Así fue, cuando supe relacionarme con cada una de ellas, como aprendí a navegar.

Siempre me interesó especialmente la historia de Tetis, la de los pies de plata, la madre de Aquiles. La más famosa de todas. Era la más orgullosa de entre las hermanas, pues la casaron con un hombre al que despreciaba porque era mortal. Como no deseaba que ninguno de sus hijos heredara aquella condición, los untaba de ambrosía por el día y los bañaba en fuego por las noches para hacerlos inmortales, pero el ritual acababa siempre con sus vidas. Los bebés morían inmolados, como en los rituales de Baal Hammon. No pasó esto con Aquiles, su séptimo hijo, que sobrevivió: cuando el padre descubrió a Tetis quemándolo, dio un grito y ella, que sostenía al niño únicamente del talón, lo arrojó al suelo y «como un soplo de viento cruzó rápidamente la sala y saltó al mar, furiosísima, y nunca desde entonces regresó». Así lo cantó Apolonio de Rodas en uno de sus poemas. Tetis volvió entonces a sus orígenes junto a las nereidas. Los hombres de su vida la perdieron. Abandonó a su marido y a Aquiles, pero siguió en contacto con su hijo, apareciéndose cuando él la necesitaba, aconsejándole en sus hazañas y velando por él a distancia.

Mi madre, como Tetis, siempre se me apareció cuando la necesité. Se convirtió en la protección y la fe que necesitaba para acabar con todos los límites que me imponía aquel mundo sobrehumano.

Alrededor del mundo

«*E*n mitad de un océano en calma no hay lugar para los pensamientos. La belleza llena tanto que es casi sofocante, capaz de poner en suspenso el corazón.»

El único vuelo que encontré era nocturno y las palabras que David escribió en su diario me acompañaban mientras miraba el cielo negro por la ventana del avión. Podía adivinar ese mismo mar, oscuro e inmenso, del que hablaba de forma tan enigmática.

Las luces de cabina estaban apagadas, así que encendí el pequeño foco sobre mi asiento para continuar con la lectura. En aquella parte, la letra de David era distinta: pequeña e irregular, temblorosa. Se notaba que aquellas páginas habían sido escritas a bordo de un barco. No eran más que un puñado de notas independientes, rescatadas de algún viejo cuaderno de viaje y grapadas al diario. Estaban redactadas en tiempo presente, no en pasado como el resto.

En la oscuridad mantén siempre una luz encendida. No dejes nunca que se apague. Esa ha sido siempre mi esperanza. Desde que era tan solo un niño, incluso antes de la marcha de mamá, en la soledad de mi habitación. Después, en el faro, aquel lema se convierte en mi obsesión. Aunque yo no fuera el responsable directo de mantener la luz viva, ninguno de los habitantes del faro puede sustraerse a ese mandato. Vivimos pendientes de que esa luz nunca se apague, y de que el fuego siga respirando.

Ahora también lo hago, en el barco. Siempre mantengo una luz en cubierta para que los demás buques puedan avistarme en la noche y no me hagan volcar. Soy como una diminuta estrella viajando en un mar cósmico y oscuro.

Nunca te rindas a la oscuridad total. Alimenta una luz, mantenla siempre encendida.

Las páginas tenían manchas de humedad en la parte inferior y la letra era más borrosa, con un tono más desvaído de azul. Pequeños fragmentos

describiendo paisajes o sensaciones, donde ya se podía apreciar el lirismo que después desprenderían sus memorias, al final de su vida. Aquellas eran las impresiones que David había querido preservar de su viaje alrededor del mundo:

Javier ha volado desde Madrid al Caribe para ayudarme a abastecer a Caspian para cruzar el Pacífico. Al principio, cuando le dije que cruzaría el Atlántico, pensó que se trataría de un viaje de ida y vuelta. Yo mismo lo consideré un viaje aislado y no la primera etapa de esta aventura mayúscula. Pero ahora estoy decidido a llegar a los mares de Oceanía para verlos con mis propios ojos.

Javier está preocupado, aunque no lo dice, pero en sus ojos se alternan la duda y el orgullo de ver cómo puedo arreglármelas solo y poner en práctica todo lo que me ha enseñado. De ver cómo me enfrento al desafío. En ese sentido, mamá es igual: no hay que desaprovechar las oportunidades de ponernos a prueba. Noto la lucha en él, pero creo que el orgullo gana por goleada. Me ha traído equipo de reserva, incluyendo un sextante y un cronómetro extras, que me hacen sentir mucho más seguro. También varias cajas de bolígrafos Bic para intercambiar con los nativos porque he descubierto que son una vía rápida, barata y ligera para conseguir casi cualquier cosa: una barracuda, una manta, un paseo en moto hasta la oficina de correos... Me ha ayudado a estibar en el Caspian tantos bidones de agua y latas de comida que podrían aprovisionar un cuartel completo. También me ha traído mis libros. Ha ido él mismo hasta el faro a buscar muchos de ellos, incluyendo la serie completa de *Las crónicas de Narnia*. Los siete.

Las aguas del Caribe no se parecen a nada que yo haya visto antes. Transparentes, de un verde esmeralda al sol. La arena es blanca y tan suave que parece que acaricia la piel.

Interrumpo la lectura del diario de David para observar el gráfico en las pantallas del avión. Muestran el icono del aparato en miniatura, cruzando por encima de una gran mancha azul, acercándose a la costa este irlandesa. Arriba, la hora estimada de llegada y la temperatura en destino. El gráfico deja paso a un vídeo de la oficina de turismo que recorre la costa a vista de pájaro, mostrando los perfiles de los acantilados y los destellos de los ríos.

La azafata me ofrece una bolsa de cacahuetes y un vaso de agua. Me alegro de no haber facturado equipaje porque así no me entretendré en el aeropuerto. Compruebo la reserva del coche de alquiler, que ha gestionado Ernesto, mi editor. Por suerte está entusiasmado con la idea del reportaje y ha convencido a sus jefes de que me financien el viaje. Les ha prometido que conseguiré un especial estupendo para la sección de Cultura. Pero hay una duda que me tiene fastidiada: no sé si ha hecho todas esas gestiones porque cree de verdad que es una gran historia o más bien porque tiene esperanzas de que volvamos a estar juntos.

Aún tengo una buena tirada por carretera hasta llegar al pueblo de Emilia. Ya le he dicho a mi padre que tendremos que posponer esa comida que lleva

días intentando organizar. Que voy a estar fuera de España. Llama cada dos o tres días para insistir en su plan, no importa que le repita que estoy trabajando, que tengo una entrega encima. «Siempre tienes una entrega», se queja. «El periodismo es así, papá, qué le vamos a hacer. Los periódicos tienen que estar en el quiosco a primera hora y las revistas a primeros de mes», intento explicarle. Aunque en el fondo es solo una excusa. En realidad, no tengo ganas de enfrentarme a esa conversación que llevo tanto tiempo evitando. Saldrá el tema de mi despido, de mi marcha de Madrid, intentará darme consejos que no necesito oír... Sé que lo hará con la mejor intención, porque se preocupa por mí, pero no hará más que hurgar todavía más en la herida.

Después de Galápagos no pensé que volvería a ver tantas maravillas, pero sigo sorprendiéndome. En Polinesia hay cielos nocturnos que son como auténticos mapas del universo, tan definidos y completos como una carta náutica. Los polinesios, como tantos habitantes de otras islas, me han recibido con abrazos y sonrisas, con palabras de bienvenida, guirnaldas de flores, cestos de papaya, plátanos, limas y frutipanes. Me han invitado a sus casas para contarme historias y sentarme a su mesa. Pero, sobre todo, estoy deseando llegar a Nueva Zelanda.

Ser aprendiz en el faro ya me preparó para todo. Allí aprendí algo de mecánica y de electricidad, y vi cómo funcionaban muchos aparatos. En alta mar hay que improvisar y saber reparar cualquier parte del barco, desde un cristal de cabina hasta un mástil roto, aunque sea con un apaño. Lo suficiente para que aguante hasta el próximo puerto.

También necesito estar alerta, permanecer con los sentidos fijos en el destino, trasnochar y, cuando duermo, hacerlo con un ojo abierto. Son muchas noches las que paso despierto, sobre todo cuando cubro las rutas comerciales, bombeando mi lámpara de queroseno para dejar iluminada la cubierta.

Intento compensar con siestas cortas durante el día. Cuando los informes meteorológicos que recibo por radio se muestran más clementes, dejo la navegación en manos del piloto automático de veleta, un Hassler maravilloso que Emilia me regaló antes de mi partida. Al menos así puedo descansar o dedicarme a escribir un poco.

Al fin he visto cómo el universo de mi infancia, el transmitido por mi madre a través de tantos libros e historias, cobraba vida ante mí. He podido ver los arrecifes de coral, los naranjas y blancos de los peces payaso escapando de entre mis manos para refugiarse en las anémonas. También he visitado las cuevas profundas, repletas de gusanos con los vientres encendidos, y sus larvas como ristras de cuentas colgantes. Me he paseado por los paisajes de las costas salvajes y también por el páramo de los volcanes.

Y he encontrado la espiral por todas partes: en los tatuajes maoríes, en los adornos de jade, en los colgantes que retienen parte del espíritu de la persona. Aquí la llaman *koru* y simboliza el perpetuo movimiento, a la vez que el retorno al origen. Está inspirado en un brote de helecho cerrado, cuando aún no ha abierto sus hojas.

Me han dicho que al *koru* en otros lugares se le llama «proporción áurea». Dicen que así es como se expresan los dioses, que el *koru* es su palabra. Que así es como han construido la naturaleza entera, como por ejemplo los pétalos de las flores o los tallos de las hojas, que van creciendo en el patrón justo que les permite conseguir el máximo de luz sin taparse unas a otras.

He sabido también que la espiral gira en un sentido aquí, en Nueva Zelanda, mientras que en España gira en sentido contrario porque una está en el hemisferio sur y otra en el hemisferio norte. Javier ya me había hablado de este efecto, llamado Coriolis: en el hemisferio sur las borrascas tienden a girar en el sentido de las agujas del reloj y las corrientes marinas se desvían hacia la izquierda, al contrario que en el hemisferio norte. Cuando vuelva a España tengo que acordarme de mirar el remolino del desagüe.

En ningún destino de mi viaje me he detenido tanto como en Nueva Zelanda. Sus dos islas me han parecido muy jóvenes. Nueva Zelanda es como la Tierra de hace miles de años y su naturaleza parece ajena al hombre.

Una parte de mí habitará siempre aquí. Aunque mi familia y yo no nos conozcamos.

Deduje que David no había querido rebuscar, ir al encuentro de sus parientes o de su propia madre. Sin duda, lo había temido intensamente, por todo lo que podía suponer para él. Enfrentarse a ello, sentirse rechazado... Se trataba de raíces demasiado profundas. Su propia versión era, a todas luces, mucho más satisfactoria.

La siguiente era la última nota grapada. La caligrafía era especialmente errática, difícil de descifrar en algunas partes. La tinta estaba corrida al final de algunas frases.

Llevo ya 48 horas despierto. Una vez estuve hasta 72 horas, confiando en las anfetaminas para mantenerme alerta. La tormenta sigue estallando fuera, pero yo ya no puedo hacer nada por Caspian. Ya no puedo subir a cubierta. Solo me queda esconderme en su vientre de apenas diez metros, y confiar en él.

El ritmo en un velero no es tan diferente del que rige en un faro. Normalmente, las jornadas son de calma y de rutina, de orden y de observación. Pero cuando llega la tempestad, todo se precipita. Como bien me advirtió Javier, cuando más difíciles son las circunstancias es cuando todo empieza a fallar.

No me quedan fuerzas. Mi supervivencia depende ahora de Caspian y de mi madre. Ella está a bordo, puedo verla agazapado en el suelo. No sé cuánto tiempo lleva aquí. «Quiero que vivas, David.»

Cuántas veces me lo habrá dicho ya. Ha estado un largo rato arrodillada a mi lado, abrazándome mientras yo lloraba de puro agotamiento.

«Siente el peso de la tierra. La tienes dentro de ti. Duerme sobre la tierra», me dice.

Tiene razón: ya es lo único que puedo hacer. Me he atado bien el arnés alrededor del cuerpo. Las olas son tan altas que solo veo mar a través de las ventanas.

Ella está cantando para que yo me duerma. *A dream is a wish your heart makes*. Me apago como una pequeña luz. Sueño con que desaparezca la tormenta.

Aquí se acababan las notas grapadas y regresaban las memorias de senectud. El tono del diario recuperaba la reflexión que concede la distancia. El saber que todo ha terminado.

La mujer puede hacerse una sola con la mar. Volverse ingrávida y habitar en el agua para viajar en ella, hasta donde desee.

¿Cómo puede un hombre arrebatarse una mujer al océano? ¿Retornarla a la tierra y al barro de los que él mismo está hecho? Hay mujeres que son tan libres como el paisaje. No se las puede atar.

Incluso reuniendo una gran fuerza, poniendo todo el empeño, creo que yo podría reunir tan solo los átomos de dicha mujer, extrayéndolos de millones de gotas de agua, para sacar con violencia su cuerpo de las olas. Pero ¿y su espíritu? Seguiría perteneciendo al mar. Y seguiría sin ser mío. Podría capturar su cuerpo y guardarlo entre mis brazos, pero no sería Eleni. No, Eleni se me había escapado de entre los dedos como un relámpago naranja.

Nunca tuve prisa porque no había nadie que me esperara. Desde luego, no ella. Pero tenía claro que quería terminar el viaje alrededor del mundo y que ella se enterara. Estaba seguro de que le llegaban las noticias sobre mis avances y, en aquel momento, aquella era la única vía de comunicación que podíamos tener, por extraña que fuese. Pensé que completar aquel reto me convertiría por fin en un hombre. No había podido ir a Madrid, pero ¡mira! Había estado en los puertos más famosos a lo largo y ancho del globo. Quería demostrarme a mí mismo que podía y tenía la secreta ambición de demostrárselo a ella. Yo ya no era un niño asustado que se escondía en un faro. Era un hombre completo, digno de su admiración y también de su amor.

La madre de Rodas

Aquella noche, desde el ordenador del pequeño hotel junto al aeropuerto, aproveché para rebuscar un poco en Internet. Cuando hice la búsqueda de la proporción áurea me aparecieron varias imágenes con forma de espiral, desde las macrocósmicas, como las galaxias, hasta las microcósmicas de las estructuras de ADN. Fotos de huracanes, helechos, cactus, palmeras, margaritas, cisnes, caracoles, orejas... 1,618: Phi, el número dorado o número de Dios. Y por supuesto, la concha de amonites.

«Lo pequeño es a lo grande como lo grande es al todo.» Esa parece ser la consigna de la proporción. Pero descubrí un artículo aún más interesante: «Un nuevo estudio llevado a cabo por investigadores de las universidades sudafricanas de Witwatersrand y Pretoria sugiere que también el espacio-tiempo, igual que las especies biológicas y muchas de las formas de la Naturaleza, está sujeto a una proporción áurea». ¿Sería verdad que existe un número divino? ¿Una fórmula que conecta el universo? ¿El eslabón de lo visible con lo invisible? Pensé en el amonites, tan presente en los escritos de David y en su obsesión con el tiempo, su particular y formidable enemigo. Él seguía buscando, intentando comprender. Cada instante, cada mes que se le escapaba de las manos, cada vagón de tren que se saltaba en su cumpleaños eran tiempo que ya no podría pasar junto a su madre. Tiempo que no regresaría. Y su lucha permanecía siempre abierta.

«Los investigadores afirman que ha llegado el momento de reconocer que la relatividad y las teorías cuánticas pueden integrarse y ser vinculadas numéricamente con el valor de una constante matemática que es válida tanto en el contexto del espacio-tiempo como en el de la biología.»

El tiempo era la clave y el gran misterio en la vida de David Steer. Solo

tenía el imposible propósito de conocer y, quizás, dominar a aquella deidad que le separaba cada día más de las mujeres a quienes quería.

A la mañana siguiente acudí a la dirección que me había dado Catherine, a las afueras de Dublín. Toqué el timbre y esperé mientras me entretenía en observar los distintos adornos que colgaban del marco de la puerta: juegos de pequeñas campanas y cascabeles, un móvil hecho con bolas de cristal soplado, una estrella metálica cortada en capas que provocaba un efecto óptico al girar con el viento.

Me abrió una chica joven y morena que llevaba un delantal y me invitó a pasar al descansillo.

La casa de Emilia reflejaba desde la misma entrada su personalidad artística. En el aparador exhibía distintas esculturas en colores vivos: degradados azules, de colores cálidos como un amanecer, o verde esmeralda, parecido al de los pastos que me habían sorprendido nada más aterrizar. Todas estaban relacionadas con la vida marina: ostras, vieiras, caracolas, erizos de mar. Y en el centro, de forma destacada, una gran concha en espiral parecida a un amonites.

El pasillo estaba abarrotado de pequeños cuadros, desde el techo hasta por debajo de mi cintura, sin unidad alguna en el estilo, aunque sí en la temática, casi toda costera y acuática. Algunos me parecieron sencillos, como el de una anémona solitaria en mitad de un lienzo en blanco; otros reproducían paisajes de acantilados o de barcos navegando y, por último, había un par de abstractos que eran una explosión de color extendiéndose hasta desbordar el marco. En un lateral, el pasillo tenía una hornacina para albergar un botellero.

—Iré a avisar a la señora de que está aquí —me dijo la muchacha.

Mientras se perdía hacia el fondo de la casa, tomé una botella, con cuidado de no hacer ruido, y leí la etiqueta semiartesanal. Se notaba que había sido realizada con una impresora casera, con las características rayas que aparecen cuando están escasas de tinta. Los tipos de letra y los colores eran muy básicos, sobre un papel adhesivo mate. La inscripción estaba en inglés: «Vino de diente de león».

La devolví a su hueco y di la vuelta a otras botellas, en el propio botellero, para poder leer las etiquetas: «Vino de ruibarbo», «Vino de pimiento jalapeño», «Vino de frambuesa», «Vino de cerezas». Todos los líquidos

tenían tonalidades diferentes, algunas más claras, transparentes o ambarinas, otras amarronadas o rojizas. También distinguí botellas más gruesas, parecidas a las del vino común, y otras más finas y pequeñas. Menta y manzana, vino de panal, de grosellas, vino de peras... Y todavía no había encontrado lo que buscaba.

Me puse en cuclillas y así localicé el tesoro, guardado en la penúltima fila. Era una botella delgada y larga, de un ámbar muy claro. «Vino de lilas.» Por fin.

—Pase por aquí, por favor.

La casa tenía un solo piso, en el que se distribuían varias habitaciones. Al fondo, en el salón, oí carraspear a una señora y, cuando entré, me encontré a Emilia ya sentada en el sofá, con unas estridentes zapatillas de andar por casa adornadas con pompones de colores.

La encontré jovial para tener ochenta y nueve años. De esas personalidades propias de artistas, que conservan un aire infantil sin importar la edad, una cualidad imprescindible para mantenerse creativo y valiente, innovador. Solo el espíritu lúdico del niño es capaz de experimentar con la realidad y traspasar fronteras que, en el mundo de los adultos, se afianzan hasta anquilosarse. Por eso, a tantos artistas se les tacha de *peterpanes* y se les critica su infantilismo. Pero es pura deformación profesional.

Un guiño divertido daba vida a las expresiones de aquella mujer, aunque estuvieran llenas de arrugas. «Toda madre tiene dentro una niña que está deseando escapar», me había dicho Catherine. Empezaba a pensar que aquel era también un rasgo común dentro de aquel club de cincuenta mujeres.

La anciana me sonrió con la hospitalidad tierna de una abuela cariñosa, con una dulzura y suavidad muy diferentes a la dureza interior que me había transmitido Catherine Simmons. Fue suficiente para que me sintiera bienvenida, más allá de las palabras:

—Siéntese, aventurera. Todo el que llega hasta aquí se merece un buen té y unas pastas bien cargadas de azúcar. A mí el médico no me deja, pero usted es tan joven...

—Gracias. —Tomé una silla de la mesa del comedor y la coloqué frente a la mesita auxiliar, al otro lado del sofá donde Emilia me esperaba.

—Cat me ha dicho que es usted periodista —dijo tomando una taza de té y soplando la superficie—. Pertenece a un género peculiar, los periodistas. A los reporteros les gustan las narraciones, pero también quieren

la verdad. Son términos que a veces no se llevan bien entre sí. Así que no sé realmente qué es lo que prefiere escuchar... ¿Qué clase de periodista es usted?

Saqué las memorias de David y se las mostré.

—Catherine y yo las hemos estado leyendo juntas y he aprendido mucho a través de ellas. Sobre todo acerca de cómo pensaba y sentía él. Me gustaría ahora conocer todo lo que había fuera, todo aquello que no pertenecía a su mente...

—Ya veo. Quiere usted los hechos.

—Los hechos son la materia fundamental de mi profesión. Hay que ceñirse a ellos. Respetarlos. Con los hechos no se puede jugar —advertí.

Quería hacer un trabajo serio. No quería que fuera a deformar la realidad con su creatividad de escultora. Eso solo me haría quedar como una mentirosa ante mis lectores.

Emilia se esforzó por incorporarse. Tardó varios segundos, apoyándose en las manos, y no dio el impulso final hasta estar segura de su posición. Pero una vez se puso en pie, sus andares fueron firmes. Se dirigió a la estantería, donde había un reproductor digital conectado a unos altavoces.

—¿Le importa que ponga música? Mi nieto tiene muy buen gusto...

—Por favor.

Sonó el punteo de una guitarra, solitario y prístino, seguramente un directo dentro de un local amplio. Y, a la vez, muy íntimo. Y luego una voz en susurros, masculina, algo melancólica, como si fuera la de un hombre que se ha quedado solo y ya no necesita alzar la voz porque es inútil. Reconocí la canción como aquella que David le había cantado a Eleni en el faro, antes de que se separaran y ella se fuera a Madrid:

Me perdí en una noche húmeda y fría.
Me rendí en aquella luz brumosa.
Estaba hipnotizado por un extraño placer
bajo un árbol de lilas.

—¿De quién es el disco?

—De Jeff Buckley —me explicó ella mientras seleccionaba algunos libros de su estantería—. Todo lo que él hacía era solo para sí mismo. Sus canciones parecen criaturas independientes, ¿no cree usted? Como si estuvieran por encima de quien las interpreta o de quien las recibe.

Emilia dejó de rebuscar. Cerró los ojos un momento y escuchó la voz ascender en el estribillo, aguda y *a capella*, algo torturada. La paladeó, como pudiera hacerlo con uno de sus vinos. Hasta que la canción terminó.

—Yo creo que Buckley intuyó que en el agua estaba su liberación creativa. Aquella que las discográficas y el éxito le habían arrebatado. Se ahogó en el río Wolf con treinta y un años. Él me recuerda mucho a cómo cantaba David. Incluso se parecen físicamente, con ese aire espiritual y esos ojos profundos y maravillados, algo tímidos. La sonrisa cercada por el bozo y una barba corta, y la mirada algo vulnerable... Aunque David nunca grabó nada. Siempre prefirió vivir a conservar o registrar. Esas memorias que trae usted fue lo único que dejó escrito, y eso que tenía una vena poética bastante intensa. Pero su obra de arte fueron sus viajes, sus récords del mundo. La fantasía que construyó y que vivió con intensidad hasta el último segundo.

Terminó de apilar los libros en su brazo.

—Esto ya está. Creo que aquí encontrará todo lo que le falta para completar sus... hechos.

Se sentó ante mí y dejó los libros y los álbumes de fotos sobre la mesa.

Lo primero que abrí fue un catálogo cuyo título rezaba: «Las cincuenta palabras, 1950». Era de una exposición colectiva. En una de las primeras páginas descubrí una fotografía en blanco y negro de un grupo de mujeres, algunas en pie y otras sentadas en sillas, de manera que todas cupieran en el encuadre. A la derecha podía leerse «Manifiesto artístico», seguido de las frases que yo ya conocía.

—«La sangre nos llama, pero también las aguas.» Siempre me ha intrigado esta frase. ¿Qué significa?

—No es más que una metáfora de la libertad creativa. La llamada de las aguas... Habla de un lugar donde no tenemos las limitaciones que nos impone la tierra, que es también la sangre: el trabajo, el sueño, el hambre, los hijos... Representa la libertad de la mujer.

El resto del catálogo mostraba fotografías de lienzos, esculturas, joyas, decorados de teatro, vestidos... En muchas de las obras se apreciaba la temática del mundo submarino.

—Mire, aquí está ella —señaló Emilia.

Me ayudó a abrir la página por la fotografía de Alice. Aunque ella tenía el libro del revés, la encontró con gran facilidad pues se trataba de una página que había sido arrancada y que estaba sujeta de nuevo mediante un clip.

«Alice Steer, cantautora», rezaba el pie. Estaba subida al escenario con la guitarra cruzada y parecía más una precursora de los 60 que una mujer de su época. Aquella era la misma fotografía que Eleni le había dado a David cuando era un niño. En algún momento la había recuperado.

—Entonces, ¿no se trataba de un grupo de ayuda a madres solteras?

—Qué va... —Sonrió—. No había tantas por entonces. Alice y yo sí que lo éramos, pero otras tenían sus familias. Aunque una mujer de aquella época que quisiera desarrollar una actividad artística siempre tenía que vencer innumerables prejuicios. La lucha comenzaba en casa y seguía en la calle. Algunos maridos no lo entendían, y muchas de las chicas dejaron de venir a las reuniones. Otras personas, tanto hombres como mujeres que no nos conocían de nada, nos criticaban y lanzaban rumores acerca del club. Ellos, probablemente, se veían amenazados y ellas solo tenían envidia. Tampoco nos conocimos en la consulta de ningún médico dermatólogo, si es eso lo que quieres preguntar. Alice era la única que tenía una piel sensible. Y, desde luego, no todas sabíamos inglés, ni mucho menos.

Seguí pasando las páginas y reconocí alguno de los cuadros que había visto en la entrada y, por supuesto, alguna de las esculturas de Emilia..., pero lo que deseaba era llegar al final de aquel catálogo y pasar al álbum de fotos que había dejado sobre la mesa.

En él había una fotografía de Alice y Emilia juntas, en la planta baja de la casa, con el jardín al fondo. También otra de grupo, con varias mujeres, y otra más donde se veía a David y a Eleni arrodillados en el suelo, llevando el tren pintado entre los dos: él arrastrando la locomotora y ella sujetando el vagón de cola.

—Así que este de aquí es el jardín... Usted se ocupó de la casa, ¿verdad? ¿Encontró la tapa que llevaba al subterráneo?

—Por supuesto. La había puesto allí la compañía desalinizadora, la dueña de las salinas más importantes de la zona. Su logotipo era el de una concha marina, como una caracola. A veces había fugas, las tuberías más antiguas se deterioraban por la corrosión de la sal. Cuando esto pasaba se contaminaban grandes cantidades de agua potable. Era un desastre. Supongo que aprovecharon para pasar las tuberías bajo la casa de Alice porque allí ya había un gran espacio subterráneo y no tenían que cavar. Sin esos muros de carga, la casa se habría derrumbado hacía años.

—¿Qué pasó con la casa, al final?

—Sigue cerrada. Ahora pertenece a los herederos de David y la tienen en venta. Como Alice estaba desaparecida, la legislación no permitió venderla en su momento. Después de pasados unos años se la podía declarar legalmente muerta, pero no quise hacerlo, por respeto a él. La alquilé y le abrí a David una cuenta corriente donde le fui enviando dinero para su barco y sus viajes.

—La primera vez que David menciona en las memorias su... mundo paralelo fue la noche en que su madre se marchó. ¿Le dijo usted de verdad que su abuelo era el océano?

Emilia sonrió.

—La mayoría de las cosas que usted leerá en esas memorias están vistas a través de la imaginación y la mente de un niño de ocho años. Eso es lo que él recuerda de esa etapa, o lo que quería creer o, simplemente, la versión que deseaba dejar escrita para sí mismo y para sus hijos. Es la versión que quería conservar de su historia. Una que no le hiciera daño. Yo le dije que su abuelo había llamado a Alice y que ella había acudido a su llamada. Que no podía evitarlo. Y eso fue exactamente lo que pasó. Que le envió un telegrama desde Nueva Zelanda y que ella se marchó. Lo cierto es que abandonó a su hijito de un día para otro. Ella era mi amiga y no voy a juzgarla después de tantos años. Pero eso fue lo que pasó.

Emilia suspiró y, por vez primera, apreció todo el peso de sus ochenta y nueve años sobre sus hombros.

—Él no tuvo muchas opciones —reflexionó—. Todo apuntaba a que su madre le había abandonado, lo cual era una perspectiva muy dura, y tampoco había una nota o una explicación. La alternativa es que podía estar muerta, que era una opción aún más dolorosa. O, por último, podría haber sido una criatura mágica en una misión importantísima. Siendo niña, ¿con qué versión se hubiera quedado usted?

—¿Por qué las nereidas?

—¿Y por qué no? Eran cincuenta, como las palabras del Manifiesto. Yo le hablé de las nereidas muchas veces, durante su infancia, cuando iba a visitarle al faro. Le contaba cómo protegían a los marineros desde el mar, mientras que los torreros lo hacían desde la costa. Una de las nereidas, Halia, es la madre de la isla de Rodas. Y como Eleni tenía aquel segundo nombre, él siempre dio por sentado que aquella era yo. La nereida es una figura fronteriza, alguien que no está aquí pero que tampoco está allí... Como su

madre. Como él.

Levanté un poco el álbum, que había posado sobre mis rodillas para escucharla.

—¿Quiénes son los que aparecen con él en esta fotografía?

—Los sacerdotes del pueblo. Manuel Remo e Isidro Sánchez.

Aquellos dos nombres me sonaban y revisé un instante mi cuaderno de notas, hasta que di con la referencia.

—Son los nombres de los fontaneros...

—Así es. Se vieron solo una vez, la tarde en que se marchó su madre. Ellos estaban preocupados por él, ya sabe cómo corren las noticias en los pueblos. No entendieron que Alice se marchara dejándole atrás. Fueron a verle, le dieron su teléfono y le dijeron que los avisara si alguna vez necesitaba algo, y me consta que lo llevó consigo, por prudencia, durante muchos años.

Al final del álbum encontré un telegrama con fecha del 15 de octubre de 1953: «Llegué bien. Amor para David».

—Esa fue la última vez que supe de ella —señaló Emilia—. A base de muchas llamadas pude comprobar el registro de los aviones de KLM que salieron de Nueva Zelanda durante aquellos meses de octubre y noviembre, pero Alice no iba en ninguno de ellos. También intenté contactar con la embajada española, pero ella viajaba con pasaporte neozelandés..., así que no pudieron ayudarme.

—Por el mensaje no parece que tuviera intención de abandonar a su hijo...

—Algunos piensan que sí y otros que no. Unos creen que iba a volver acompañada..., pero que al final decidió quedarse.

—¿Por qué?

—Porque Alice compró un vestido de novia la semana antes de salir del pueblo.

Cuando Emilia me acompañó a la puerta ya se había ido la luz. Y eso que, en Irlanda, la primavera puede conceder tardes especialmente largas. Salía de allí casi con más preguntas de las que tenía al entrar.

—¿Qué es lo que piensa usted que pasó?

—Es difícil saberlo. Alice era una mujer muy reservada... Si tenía un amante en Nueva Zelanda, seguro que no me lo habría dicho ni a mí ni a ninguna de las mujeres del club... Pero yo creo que algo le pasó. Por

desgracia, no me dio ninguna dirección allí. Sí que me dejó un número de teléfono, anotado en un papel azul pastel que tenía estampado el dibujo de una tarta, pero se perdió el primer día. No sé si voló o fue a caer en la basura. Pero el caso es que no pudimos llamarla y nunca más tuvimos noticias. Pregunté en el aeropuerto y me dijeron que solo había comprado un billete de ida.

Me puse el abrigo, la bufanda y los guantes. Aun así, ya lista para salir, me resistía a soltar el cuaderno y el bolígrafo.

—Hable con Eleni, búsquela —me dijo la anciana—. Ella completará el resto de su historia. Lo cierto es que ambas tenemos nuestras diferencias acerca de lo que era mejor para él. Yo admiro mucho el trabajo de Cat y hemos hablado muchas veces por teléfono acerca de David. Es una pena que estuvieran tan separados durante los últimos años, sobre todo desde que ella se jubilara. Pero ya sabe usted cómo son los matrimonios. A veces, simplemente se distancian. Cuando los hijos se independizan..., o bien cuando llega la jubilación y no queda más remedio que encontrarse cara a cara de nuevo con la pareja. Para entonces uno pasa ya de los sesenta o los sesenta y cinco, y ya no merece la pena ni separarse..., ¿no cree? Y cada uno hace un poco su vida. ¿Ha leído usted el libro que escribió Cat? Ese de *Transformando recuerdos*.

—Sí. Por supuesto que lo he leído —respondí aún sorprendida por aquellas revelaciones. Explicaban por qué Catherine no se había llevado las fotografías del gabinete.

—Ella opina que la memoria inventa para poder explicar el pasado, darle una coherencia, cuando este se vuelve inexplicable. Y yo creo que David necesitaba reinventar ese pasado para que su identidad no se rompiera en mil pedazos, ¿sabe usted? Para poder seguir adelante. Su propia historia fue la única a la que encontró sentido de entre las muchas posibles. Para él, era la única concebible y aceptable, porque le permitía controlar todos los elementos. Eleni, en cambio, me culpa por haberle protegido en exceso, por haberle convertido en una especie de segundo hijo y haber alimentado su delirio. O, simplemente, por no haber luchado contra sus fantasías. Por haberle dejado en paz con ellas. Pero yo le veía tan sensible, tan vulnerable... Eleni piensa que, con mi actitud, perpetué su infancia durante demasiado tiempo. Que le privé de convertirse en un hombre cuando llegó el momento... de tomar las decisiones, de aceptar el compromiso, de abandonar

aquella obsesión por el mar, ¿me entiende usted? Creo que, de alguna manera, Eleni me considera culpable de que pasara aquel tren. Y, en última instancia, de su propia infelicidad.

Guardé entonces mis apuntes en el bolso, convencida de que aquella mujer había sido más que generosa con sus confesiones y de que debía pasar el testigo a la hija.

—Le agradezco mil veces, como dicen aquí en Irlanda, que me haya recibido en su casa y me haya aclarado tantos aspectos acerca de las memorias. Sin su ayuda no podría haber completado el reportaje. —Dirigí una mirada al botellero de la derecha—. Respecto a sus botellas de vino...

—Llévesela. —Me sonrió—. ¿Cree que no reconozco cuando alguien trastea en mi botellero? Conozco el sonido del cristal de cada una de mis creaciones. —Se agachó hasta alcanzar la penúltima fila—. Tome, aquí la tiene. Disfrútela junto a alguien especial.

Yo estaba avergonzada por que me hubiera descubierto, pero si ese era el coste por llevarme la preciada botella, lo daba por bueno. Asentí, agradecida, y salí al rellano.

—¿Ha encontrado la historia que buscaba? —me preguntó desde la puerta—. ¿Tiene el balance adecuado de verdad y de ficción? Porque, en ese sentido, Cat está en lo cierto. La verdad del pasado se pierde en el mismo instante de consumirse, en el puro presente, como una cerilla, y lo que nos queda no son más que ideas en la cabeza. Cuentos. Imaginaciones. No es más que una recreación. Y esta no deja de ser creación pura y dura.

Rodas

—¿*A*sí que quiere que yo le cuente la historia de David? Qué ironía...

—¿Por qué dice eso?

—Porque a mí nunca se me ha permitido hablar. Pero ahora que David ya no puede oírme, supongo que da igual.

Había buscado a Eleni en un pequeño pueblo en el condado de Meath, junto al monumento de Newgrange. Ella me había concedido la entrevista en la terraza acristalada donde su hijo servía los desayunos a sus clientes, en el *bed & breakfast* que regentaba. Al atardecer era un lugar tranquilo y sin turistas. Me fijé en que las cristaleras estaban florecidas de lilas.

Mientras esperaba a que trajera el té, vi que en aquella sala había un cuadro mediano, sin grandes méritos técnicos, que representaba un gran faro con la luz de la linterna en forma de ojo de fuego. Una muchacha se asomaba por una de las ventanitas superiores de la torre, con la melena rubia cayendo por el alféizar y el rostro serio apoyado en ambas manos. En la esquina inferior derecha distinguí la firma de Eleni.

—Escoja usted el que prefiera —dijo ella mientras abría un completo maletín con sobres de té de innumerables colores y sabores.

Me senté enfrente, junto a la mesita. Entonces sonó la desagradable sintonía de mi teléfono. Me recordé por enésima vez que tendría que haberla cambiado nada más comprarlo y me reprendí por mi pereza. Cuando vi que era mi padre, tomé aire. Me excusé con Eleni, deslicé los dedos por la pantalla y me lo llevé a la oreja:

—Sí, papá... Ya te he dicho que me iba fuera. Sí... Sí, a Irlanda. Venga, que esta llamada cuesta mucho dinero. Ya estoy terminando el reportaje. Cuando lo entregue, te llamaré. Adiós.

Resoplé, lo apagué y me lo metí en el bolso.

No le había visto desde que me fue a recoger a la estación, a mi llegada al pueblo desde Madrid. Sé que estaba contento de que yo regresara, de poder tenerme cerca otra vez, cuando yo solo sentía rabia y tristeza por aquel paso atrás, por haber perdido mi trabajo y mi vida en la capital. Intentó sacarle cosas buenas al asunto: que si la costa, que si los baños en el mar, que si la buena comida. Pero yo no soportaba oír nada de aquello. Solo estaba furiosa y quería sacudirme la sensación de fracaso.

Ojeé las bolsitas de té en el maletín y escogí una con sabor a vainilla. Me dirigí de nuevo a Eleni:

—No sabía que usted también pintaba.

—Solo hice ese. Fue una carrera corta.

Estaba muy seria y su expresión no invitaba a ahondar en el tema. Aproveché el silencio para añadir leche y azúcar a mi infusión.

—Mire, no es necesario que me lo cuente todo —dije a modo de disculpa—. Dígame solo lo que usted quiera y, si prefiere no decirme nada, lo entenderé. Su madre ya me ha puesto al corriente de cuál fue, más o menos, la situación... —Estuve tentada de añadir la palabra «real», pero no me pareció adecuada, ¿real para quién?—. Y he leído las memorias de David. Me las dio su mujer.

—¿Ha hablado usted con Catherine?

—Ella me las leyó, sí, y me ayudó a interpretarlas. ¿Se conocían ustedes?

—Entonces no sé que quiere de mí —protestó ella a la defensiva—. Tiene la mitad del rompecabezas con una y la otra mitad con otra. No sé que es lo que le puedo aportar...

—¿Qué pasó entre ustedes dos? Su madre me dijo que se volvieron a ver. Esa parte solo la conoce usted.

—No pasó nada, ¿es que no lo ve?

Le concedí un momento para que se calmara y me esforcé por no parecer la típica periodista entrometida que no respeta los silencios ajenos y está dispuesta a perforar cualquier concha emocional con tal de conseguir su historia. Porque en el fondo es lo que estaba haciendo. Intentando entrar en una cámara que tenía toda la pinta de estar acorazada y cercada por una alambrada de pinchos electrificados. Aquella hostilidad que encontraba en Eleni me dejaba claro el mensaje: «Váyase usted por donde ha venido. Está entrando en terreno más que espinoso». Cautelosa, bajé la voz hasta que fue

apenas un susurro.

—¿Y antes de llegar a esa nada?

Ella inspiró profundamente y su expresión enojada y algo triste se relajó. Pasó el testigo a los labios, que frunció antes de hablar:

—Sí que conocía a Catherine, y hubo un tiempo en que yo también la llamaba Cat. Ella fue mi compañera de piso cuando llegué a Dublín y pronto nos hicimos amigas. Por aquel entonces Catherine había empezado a estudiar Psicología, pero no se había interesado por la memoria ni por todas esas cosas con las que se obsesionó después y que le han dado tanta fama en su campo. Todo eso llegó más tarde. Cuando yo le hablé de David.

Se separó un poco de la mesa y desvió la mirada hacia la pared de cristales. Pareció seguir con los ojos el movimiento lentísimo de un tractor en la distancia. Su actitud arisca había dejado paso a una más resignada.

—Su caso le fascinó desde el principio. Alguien que había elaborado toda una realidad paralela, fantástica, para explicarse su propia historia... Cuando David regresó de sus viajes por el Mediterráneo los dos teníamos dieciocho años. Nuestras vidas ya se habían distanciado mucho y a pesar de todo...

Esperé unos segundos con la esperanza de que ella sola continuara:

—Cuando se marchó de Irlanda tenía algo dentro que yo no le había visto antes. Una determinación. Preparó el Príncipe Caspian y se lanzó al desafío de la vuelta al mundo, que le llevó tres años más. Y después se fue a hacer el servicio militar. Para los veintidós yo ya me había casado y me habían dado tantos palos en los *castings* que se me habían quitado las ganas de ser actriz. Había montado el *bed & breakfast* junto a mi marido e invitado a mi madre a venirse con nosotros.

»Catherine había terminado la carrera y estaba con la tesis, así que empezó a escribirse con David y más tarde le visitó en España. Supongo que ella tuvo más paciencia. Para entonces, yo ya la había perdido toda. Después de cuatro años esperando..., y él no me dio nunca la posibilidad de réplica. Me enviaba las postales y siempre me decía: «Iré a verte lo antes posible». Pero lo cierto es que el tiempo pasaba y pasaba para mí, y yo no podía ni escribirle de vuelta. ¿Sabe usted lo frustrante que puede llegar a ser eso? Yo le veía en las noticias, leía sus escalas en los periódicos. Recibía aquellas largas sobre que vendría a verme lo antes posible... «Lo antes posible», que no significa nada.

Guardé silencio con respeto porque estaba claro que aquella mujer llevaba muchos años necesitando dar desahogo a su pecho.

—¿Y si al terminar un viaje venía otro? ¿Y si después de la vuelta al mundo no quedaba satisfecho y era incapaz de permanecer fijo en un sitio? Yo no podría haber vivido con un hombre así, con esa incertidumbre...

»En fin, que, volviendo a lo de Catherine, ella pidió un traslado de universidad y ambos estuvieron muchos años de amigos y luego de novios: él dando clases en el club marítimo, ella en la facultad de Psicología. Supongo que Catherine supo entrar en su mundo, poco a poco, sin intentar modificarlo un ápice. Y supongo que era eso lo que él necesitaba. Que coincidieron en el tiempo, como si dijéramos.

Volvió a arrimar la silla a la mesa y apuró su té, que yo adivinaba ya frío dentro de la taza. Debo admitir que estaba algo decepcionada con el relato, pero también entendía que no podía presionar más a Eleni. Estaba claro que había dejado importantes cuentas pendientes con el pasado.

—Yo me divorcié de Ian y le compré su parte del negocio. Mi madre me ayudó a llevarlo hasta que me jubilé y entonces se lo pasé a mi hijo. Y aquí estoy.

Asentí despacio.

—Le agradezco mucho que me haya contado todo esto.

—Bueno, usted ha hecho un largo camino hasta aquí solo para oírlo. Y en Irlanda tenemos un gran sentido de la hospitalidad. Hubiera sido una descortesía dejar que se fuera de vacío.

—Habla usted como si fuera ya más irlandesa que española.

—Prácticamente sí.

—Entonces, y esto ya es lo último que le preguntaré, ¿cree usted que lo mejor para David hubiera sido enfrentarse a la verdad?

—¿Y cuál era la verdad? ¿Lo sabe usted? Nunca se supo lo que pasó con su madre. Su desaparición la convirtió en una figura etérea, con un pie en el lado de la vida y otro en el de la muerte. Todo lo que pasó después fue culpa suya. Cambió la vida de todos nosotros. ¿Qué hubiera sido mejor para David? ¿Aceptar que ya no tenía un lugar en su vida? ¿Darla por muerta?

»Nadie sabe qué habría pasado entonces, ni si su vida habría sido distinta. Él prefirió seguir creyendo y eso es lo que hay. Dicen que los marinos en alta mar, debido al agotamiento y a la soledad, sufren alucinaciones frecuentes y, por lo que sé, él debió de ver así a su madre muchas veces. Las visiones debían de ser tan intensas como el calor del té lo es para usted y para mí. Mucha gente cree que los espíritus de los muertos o de los santos o las

advocaciones de las vírgenes se les aparecen. ¿Por qué no iba a creer él que su madre era una criatura completamente diferente al resto?

La oscuridad había caído por completo hacia el final de la entrevista y decidí alojarme en el B&B y regresar a Madrid por la mañana.

Aquella noche no pude dormir pensando en que tendría que haber hecho más preguntas, en que no había obtenido de Eleni todas las respuestas que necesitaba. Las más importantes, las más humanas, pertenecían al ámbito de lo íntimo, a la relación privada entre ambos, inconclusa, misteriosa, inaccesible. Siempre habría un hueco en la historia y quedaría sin resolverse una cuestión clave: ¿Qué sucedió en su primer encuentro después de tanto tiempo, entre el Mediterráneo y la vuelta al mundo? ¿Por qué Eleni y él no permanecieron juntos entonces? ¿Qué fue lo que impulsó a David a enterrarse por tres años en el vientre del Caspian y a medirse con una de las pruebas de supervivencia más duras a las que puede enfrentarse un ser humano?

Al día siguiente, por la mañana, encontré un pequeño fajo de hojas de papel atadas con una cuerdecilla que alguien había deslizado bajo la puerta de mi habitación durante la noche. «Devuélvame cuando termine», rezaba la nota adjunta. Intenté darle las gracias a Eleni, pero ella se había marchado al pueblo y cuando llegó la hora de irme al aeropuerto aún no había regresado.

Con mucho cuidado, guardé el paquete de hojas en mi bolso, protegido por las tapas de las preciadas memorias de David que, con el pedazo arrancado, al fin estaban completas.

Había una pequeña carta de una sola hoja metida en un sobre, que venía con el paquete. Estaba fechada hacía apenas un año:

Querida Eleni, te envío esta parte de nuestros recuerdos. Creo que es justo que la tengas tú. Sé que no queda tiempo, pero espero que puedas perdonarme. Recibí la botella de vino de lilas por mi setenta cumpleaños. Me hizo mucha ilusión. Escíbeme. Con cariño, David.

Su voz volvió a hablarme desde aquellas páginas en cuanto ocupé mi asiento en el avión.

La flor del granado

—¿Aún sigues haciendo aquel vino de lilas?

Eleni sonrió. Sin duda recordaba nuestro último encuentro en el faro, hacía ya cuatro años. El que había terminado con un beso.

—Ya no tengo tiempo.

—¿Y cómo va el inglés?

—Bien como para pedir una pinta en un pub... —Torció la boca—. Mal como para interpretar a Shakespeare en un escenario. Pero bueno, a ti eso te parecerá muy raro. Para ti el inglés es algo tan natural como respirar...

—¿Y las clases?

—Muy bien. Siempre tenemos algo en marcha. Obrillas en salas pequeñas. Vienen los amigos, pero de vez en cuando hasta se apunta gente que nadie conoce. Nos reunimos al final, detrás del telón y alguien pregunta: «Ese señor de las gafas enormes en la segunda fila, ¿es el casero de alguien?, ¿o su tío?».

Se echó a reír y por un momento me pareció encontrar en su risa el eco de olas rompientes, la espuma generosa contra las rocas. La suave música de las tardes que habíamos pasado juntos, en el faro.

—¿Qué tienes pensado para hoy? —me preguntó.

Yo estaba sentado en su cama mientras ella terminaba de arreglarse, en el baño, con la puerta entreabierta. De repente salió y esperó mi respuesta, apoyada en el marco. Estábamos ya en 1961 y, aunque Dublín no era Londres, estaba claro que algo de la frescura que explosionaría en aquella época ya había cruzado el mar irlandés: Eleni llevaba un top floreado sin mangas, unos vaqueros con cinturón ancho y un vistoso pañuelo granate, que yo le había traído como regalo, recogándole el pelo.

—Creo que daré una vuelta por la ciudad.

En esos momentos pasó Catherine por el pasillo.

—Ya estoy lista, ¿bajamos?

No hubiera estado bien que Eleni y yo nos quedáramos allí. Yo estaba alojado en una pensión vecina hasta que durara mi estancia, aunque no tenía una fecha prevista de regreso.

—Ahora mismo —dijo Eleni descolgando su bolso y una rebeca del picaporte de la puerta. También tomó una carpeta de apuntes que estaba en el escritorio.

—Después de clase podríamos quedar en el pub, con Ian —dijo Catherine.

Eleni torció el gesto.

—Seguro que podemos, sí.

—Y, David, ¿podrías quedar mañana un rato en Saint Stephen's? Estoy haciendo un trabajo en la facultad y me gustaría entrevistarte.

—¿A mí? No sé para qué querrías entrevistarme, si yo...

—Es sobre las situaciones de soledad prolongada. Eleni me ha dicho que navegaste tú solo hasta el sur de la India. A los psicólogos nos interesa mucho cómo funciona la mente en situaciones extremas. Cuáles son los recursos que genera en esos casos.

—No hay problema, aún tengo varios días.

—Creo que ya es hora de que nos separemos —expuso Eleni muy seria.

Ya habíamos bajado los dos pisos y era evidente que estaba molesta con su compañera. Salimos los tres afuera.

—Os veré después de la facultad —se despidió Catherine.

Nosotros no nos movimos de la acera hasta que ella desapareció tras un recodo. Eleni pareció relajarse, aunque seguía pareciendo disgustada.

—Voy a mirar el correo un momento.

Regresó dentro dejando el portal abierto. Después de un rato de mirar a los transeúntes, la seguí. Me pareció que había pasado demasiado rato.

Ella había dejado la carpeta de los apuntes sobre los buzones y estaba sentada en las escaleras.

—Perdona a Cat. Puede ponerse muy pesada —se disculpó.

—Pareces enfadada. —Tuve un instante de duda, pero al final cerré la puerta y me senté junto a ella.

—Me parece mal que te presione de esa forma. Tú no tienes por qué ser el conejillo de Indias de ningún trabajo... Estás aquí de vacaciones. Que nos..., que te deje en paz.

—Seguro que no son más que un puñado de preguntas...

Siguió un silencio prolongado y pensé que había llegado el momento de que habláramos.

—Te escribí varias postales. No sé si te llegaron...

—Me llegaron, sí. Tengo una buena colección.

Mis postales no eran nunca personales porque cualquiera podía leerlas, pero era mi manera de decirle: «No me he olvidado de ti». Si bien es cierto que no escribía nada acerca del presente o del futuro, aparte de «Iré a verte lo antes posible».

—Ian es mi novio. —Soltó el aire que estaba reteniendo. Eso era lo que la había mantenido tensa, lo que la estaba carcomiendo—. Llevamos pocos meses, es el propietario del pub donde trabajo, junto con su hermano. Hoy es mi día libre. No quiero pasar por el curro en el único día que tengo..., aunque sea solo para beber o escuchar música.

Me quedé callado. No me supuso una sorpresa, aunque sí una decepción. Aquella era una posibilidad. La otra era que estuviera sin pareja, pero no había tenido suerte. Yo no había pensado en cómo enfrentarme a esa situación, solo en la nostalgia que había sentido de verla y en la necesidad de ir a su encuentro.

—No te preocupes. Podemos ir a cualquier otro sitio. Podemos ir al puerto, a mirar el mar. Y ya está.

Ella se levantó resuelta de las escaleras y se estiró hacia abajo el top floreado y vaporoso.

—Bien. Pero antes haremos otra parada. Es una excursión que ningún turista se puede perder.

Por aquel entonces Newgrange era apenas una cueva cubierta con un montículo terroso por donde pastaban las vacas y las ovejas. Una pequeña verja de metal cerraba la entrada del portal formado por tres grandes piedras, mientras que, en los laterales, ya se intuían los grandes muros blancos que luego la circundarían y le darían luz y visibilidad en el paisaje.

Cuando Eleni y yo nos bajamos del autobús no había allí nadie más que el guarda. Lo primero que me llamó la atención fue la gran piedra horizontal ante la entrada, repleta de espirales grabadas. Como caracolas y amonites.

—¿Sabías que para los antiguos celtas la concepción del tiempo era

circular? —preguntó Eleni al verme absorto ante los dibujos.

Aquel parecía otro de esos lugares con los que estaba destinado a encontrarme para así comprender mi propia historia. Su pregunta me llegó con retraso y asentí con lentitud, como hechizado, sin apartar los ojos del monumento.

—Lo sé. Tu madre me regaló *El mito del eterno retorno*.

—Ya podéis entrar —nos dijo el guarda en un inglés muy cerrado.

—Gracias, Niall. No tardaremos.

Ella sacó del bolsillo de su rebeca un carnet plastificado que se sujetaba con un imperdible y se lo enganchó en la prenda.

—No sabía que eras guía turística. —Le devolví toda mi atención.

—Guía suplente. Cubro las faltas y días libres de otro guía, y así voy pagando algunas facturas. Hay pocos colegas que puedan explicar la visita en español y yo le echo mucho teatro. —Me guiñó un ojo.

En el interior, la leve luz eléctrica permitía recorrer el angosto pasillo entre las piedras hasta la cámara del fondo, donde aguardaban otros relieves grabados en losas.

—Son dieciocho metros de longitud. Y está en cuesta para que el sol se refleje mejor en el suelo. Para que alcance con sus rayos los huesos de los antepasados.

Llegamos hasta el fondo y quedé sobrecogido por el misterio de aquel lugar tan especial, donde unos huesos antiguos esperaban el solsticio de invierno cada año, para recibir nueva luz y nueva vida.

—Dicen que representa el gran útero de la Tierra —me susurró Eleni en la semioscuridad—. Es una cámara de renacimiento.

Entonces hizo una señal al guarda, que apagó la luz, y el sol alfombró la entrada de la tumba pasaje. Aún quedaban meses para el solsticio pero ya se percibía su poder reverencial.

Me estremecí y busqué la mano de ella a tientas. No me importó lo que pensara. Solo quería estar con ella, sentirme acompañado, creer en todo aquello que me estaba contando. Saber que, aunque todo cambiara, aunque todo se moviera y la vida nos separara, el tiempo regresaría: ella y yo volveríamos a estar juntos, en otro momento, en otro lugar. Que nos seguiríamos encontrando una y otra vez, y que un abandono nunca sería definitivo sino tan solo temporal. Igual que el reencuentro con mi madre, que tendría que ser, tarde o temprano, inevitable.

Mientras recorríamos el pasaje hacia el exterior yo iba delante, guiándome por la luz natural. Me sentí tentado de darme la vuelta más de una vez para comprobar que no estaba solo y que Eleni me acompañaba, pero me reprimí al recordar una historia que Emilia me había contado, en que el poeta Orfeo había marchado al inframundo en busca de la ninfa Eurídice.

Después de cruzar la laguna Estigia se le había concedido lo que nunca antes a un mortal: podría llevarse a la mujer que amaba de regreso al mundo de los vivos con la única condición de que, durante el viaje de regreso, no se volviera a mirar su rostro ni una sola vez. Pero antes de llegar a la última puerta, Orfeo se vuelve y la pierde para siempre.

—¿Te importaría que pasáramos adentro para el té?

—Por favor, Eleni, tú siempre eres bienvenida. Mis padres han ido al pueblo, a por provisiones.

Estábamos en un *bed & breakfast* cercano al monumento, donde Eleni pernoctaba cuando los grupos eran numerosos y se le hacía tarde con las visitas. Nos abrió una niña, que debía de ser la hija de los dueños y nos dejó pasar a una terraza acristalada, rodeada de brotes de hiedra, por donde entraba a raudales la luz plomiza. Había dispuestas mesitas redondas y sillas forjadas en hierro con cojines floreados. Los juegos de té ya estaban dispuestos con primor.

—La dueña quiere ponerlo en venta —me explicó Eleni—. No me importaría comprarlo y venirme a vivir aquí. Algún día...

La observé mientras dirigía su mirada hacia los campos. Contra el horizonte, se recortaba la silueta de un tractor. Eleni tenía el rostro enmarcado por el pañuelo granate que yo le había regalado y levantaba hasta sus labios la taza de té, de la cual tomaba sorbos muy pequeños. A pesar del clima irlandés, su piel conservaba el tono cálido que solo podía conceder el sol mediterráneo. Sus ojos, tan grandes y oscuros, eran depositarios de una historia y cultura milenarias.

Dicen que Rodas es el nombre antiguo de la flor del granado, que es roja y grande, exuberante como una amapola. Una flor salvaje como un estallido, incapaz de contener su rabiosa vitalidad. Así era también Eleni: impaciente, impulsiva, ávida de mundo. Su tiempo se consumía mucho más deprisa que el mío, y yo lo sabía.

—Si yo fuera la dueña me encantaría plantar lilas aquí —dijo ella bajando la taza, pero sin apartar la vista del paisaje.

Dirigí la mirada hacia las cristaleras, imaginando los racimos.

—Siempre que escucho esa canción me acuerdo de ti —continuó ella evitando mi mirada.

Había aprendido a cantarla en inglés.

Hice vino a partir del lilo,
puse mi corazón en la receta.
Me ayuda a ver lo que quiero ver
y a ser lo que quiero ser.
Cuando pienso más de lo que quiero
hago cosas que nunca debería.
Bebo mucho más de lo recomendable
porque me lleva de vuelta a ti.

Me miró al terminar la estrofa y yo me incliné sobre la mesa y la besé con la intensidad de lo que se sabe efímero y urgente, con la juventud misma en los labios. Y por un instante quise deshacerme en ella, ahogarme como si ella fuera el mar y desaparecer en su oleaje.

A ciegas rodeé la mesa y la abracé ante las cristaleras. Solo quería estar con ella y en ella, refugiarme bajo su piel isleña, protegerme en su abrazo y su aislamiento, lejos del mundo, fuera del tiempo. Eleni: mi fuga definitiva.

Ella fue quien tomó la iniciativa, como siempre, y descolgó una llave escogida del cuadro de la recepción, dejando en su lugar una nota breve de apenas dos frases. Yo la seguí por las escaleras, de su mano, hasta el tercer piso abuhardillado.

Nos abrazamos desnudos bajo la sábana, que nos envolvió como lo hacen las velas en alta mar cuando sopla el viento: con una caricia de buena fortuna que te roba un latido del corazón. Ella se quitó el pañuelo y dejó que sus cabellos oscuros se derramaran sobre mi pecho y mis hombros. Yo dejé que mis manos entraran en contacto con su cuerpo, como tantas veces había deseado en los secretos que guardaba bajo mi piel.

La besé tantas veces y durante tanto tiempo que parecía querer consumir sus labios. Cada beso, un grano de granada, aunque hubiera tenido que pagar un mes en el infierno por cada uno de ellos. Cada noche en su ausencia fue recuperada. Desde el lejano día del beso en el faro, cada tributo al fuego resultó pagado y saldado. Cada luz que nos saltamos fue encendida aquella

tarde en sus labios, como interminables fósforos.

Besé sus párpados y sus pestañas negras, y ella obtuvo de mí arena y agua salada. Eleni me dio también tierra antigua, agua salada y agua dulce, flores de granado. En ella iluminé cuevas secretas y lagos subterráneos, techos carnosos como su paladar. Se avivaron mareas y las lunas se llenaron. Así es como brillamos y nos quemamos, como naves que llegan al puerto definitivo.

Y al final de la travesía hubo descanso, uno como hasta entonces no había sentido y que ya no volvería a sentir. La sensación de que el mundo entero era nuestro y de que el tiempo ya no nos sometía. De que éramos verdaderamente libres.

A las once de la noche pasaba el último autobús y salimos de la habitación de puntillas y sin hacer ruido, con los propietarios ya dormidos. Eleni dejó en el escritorio de entrada las llaves, tres libras irlandesas con tres peniques y una nota de agradecimiento. En el viaje de vuelta a Dublín mantuvimos las manos entrelazadas y ella apoyó su cabeza sobre mi hombro, como si fuéramos cualquier pareja normal, cansados volviendo de una fiesta, un bar o una sesión de cine de tarde, pero yo no dormí ni un instante. El pañuelo granate, de nuevo alrededor de sus cabellos, olía a ella, pero también a mí. Un poco a la tierra, un poco al océano. Un poco a la sal de la piel de ambos.

—Ahora tengo que subir. Nos veremos mañana...

Asentí y nos besamos antes de que ella entrase en el portal. Tardé unos instantes en moverme. En recuperar el control de mi cuerpo, al que había dado tanto vuelo y cuyas velas ahora debía recoger. Se trasladaba lento, como en un encantamiento. Por fin me repuse y tomé el camino de la pensión.

Al día siguiente fui a buscarla a su casa, pero allí no había nadie. Se me había olvidado hasta que era día laborable. Miré el reloj y me di cuenta de que era tarde, casi mediodía, y de que Eleni debía de estar ya en el pub, del cual yo no conocía ni el nombre ni la dirección.

Me resigné a vagar por Dublín, sin saber a qué hora volvería ella, pero suponiendo que sería tarde. «Tendríamos que habernos dicho algo más..., haber quedado», me repetía. Probé a pasarme por un par de pubs cercanos a la calle O'Connell, pero no tuve suerte. Después de visitar la histórica oficina de correos, cruzar un par de veces por encima del río Liffey y deambular por

el parque de Saint Stephen's, me dirigí a la zona de Temple Bar. En Dublín había muchos pubs, pero sin duda los más famosos estaban en aquella zona.

Después de entrar en cuatro de ellos y de buscarla detrás de las barras y entre la clientela conseguí localizarla. Estaba atendiendo una mesa, con el delantal puesto y un bloc en la mano. Al verme se puso nerviosa. Miró a un lado y a otro hasta que localizó a una compañera y le señaló a un par de clientes. La otra asintió y ella salió a la calle.

—¿Qué haces aquí?

Me sentí paralizado ante una pregunta tan absurda y evidente.

—Dijiste que hablaríamos y para eso he venido.

—¿Y no podías esperar hasta que terminase mi jornada?

Lanzaba miradas constantes al interior del pub y yo me molesté.

—¿Para que así Ian no pueda verte conmigo?

—Es mi jefe y tengo mesas que atender...

—Ya... Será que solo es eso.

Eleni se quitó el delantal y me tomó la mano. Cruzamos al otro lado de la calle y me guio hacia un callejón para alejarnos de las miradas indiscretas.

—Lo de ayer siempre será especial, pero no basta solo con que lo sea.

—¿Y por qué no basta? ¿Qué más hace falta? —me defendí.

Eleni tomó aire como si le costara. Se notaba que estaba muy cansada.

—¿Y qué habías pensado, David? Quiero decir, ¿qué tenías pensado hacer después de venir a Irlanda?

—No lo sé. No había pensado en nada. Solo sabía que quería verte.

—¿Y ahora que ya me has visto? ¿Y ahora que ya has hecho mucho más que verme? ¿Vas a quedarte aquí? ¿Vas a volver al faro, en España? ¿Vas a ir a Madrid, a una de las academias? ¡No tienes ningún plan! —lo dijo con amargura, negando con la cabeza.

Yo me indigné, pero no podía contestarle porque tenía toda la razón. Y, sin embargo, toda aquella charla sobre los planes de futuro no me parecía que tuviera nada que ver con lo que nos había pasado la tarde anterior, que había sido pura emoción, puro sentimiento. Más real que cualquier otra cosa que yo hubiera experimentado antes. Exceptuando quizás el océano. Tan real como el océano, sí.

—Podrías venir conmigo...

—Y tú podrías quedarte aquí. Yo ya te pedí una vez que me siguieras y no te dio la gana. Si tú no lo dejaste todo entonces, ¿por qué iba a hacerlo yo

ahora? ¿Eh?

—¿Se trata de eso? ¿Es que quieres algún tipo de revancha por el pasado? ¿Porque entonces te dije que no?

—¡Que le jodan al pasado! ¡Yo sí que tengo un plan! ¡Yo sí que sé lo que quiero!

—¿Quedarte aquí sirviendo mesas? ¿Con un tipo al que no quieres? ¡Eso lo puedes hacer en cualquier parte!

—Quiero cumplir mi sueño. Seguir con mis estudios. No voy a tirarlo todo por la borda por alguien que no sabe qué es lo que quiere en la vida. Que a lo mejor está hoy aquí y mañana al otro lado del mundo. ¡O encerrado en un torreón que es como una tumba!

«Quiero estar contigo», pensé. Pero estaba enfadado y no se me ocurría ninguna alternativa que ofrecerle. Cuando pensaba en qué hacer con mi vida, en dónde vivir, sentía de nuevo la tentación de la fuga, la llamada del mar, como un eco poderoso, irresistible. Me llamaba con la voz multiplicada por cincuenta de mi madre y de todas sus hermanas. Si le decía a Eleni que estaba dispuesto a quedarme a su lado, ¿durante cuánto tiempo podría mantener mi promesa? No me imaginaba viviendo en Dublín para siempre...

¿Y si era ella la que se cansaba de mí? ¿Y si, después de renunciar yo a todo, de vender mi barco y quedarme a su lado, era ella quien me abandonaba? Aunque no fuera de inmediato, si yo dejaba de navegar, si sacrificaba mi pasión y perdía mi juventud allí, atrapado en tierra, ¿cuánto tiempo tardaría en reprochárselo? ¿Cuánto tiempo sin amargarle la vida hasta que ella dijera basta y me dejara de una vez?

Y sin embargo, algo en mi interior se rebelaba con todas sus fuerzas contra la idea de que cada uno siguiera su camino como si nada hubiera pasado. ¿Tan irreconciliables tenían que ser nuestras vidas?

—No sé qué otra cosa podemos hacer, David. Quizás este no sea el momento...

«Deja aunque sea una pequeña luz —rogué en silencio—. Mantén siempre una luz en cubierta. Mantén siempre una luz en tu ventana.» Ella se quitó el pañuelo de la cabeza, lo desdobló y lo estiró a lo largo:

—¿Mitad y mitad?

Asentí triste.

—Mitad y mitad.

Al día siguiente yo ya me había marchado de Dublín con destino al puerto español donde Caspian me esperaba. Tenía medio pañuelo granate que atar a su palo mayor. Además de la cabeza ardiente como un avispero, una sed infinita de millas náuticas, de viento, de agua salada. Un ansia devoradora de consumir el tiempo.

Solo un desafío titánico, el mayor al que se podía enfrentar un marino, podía apartar mis pensamientos de aquel polo magnético, imprescindible y, a la vez, inalcanzable, en que se había convertido Eleni.

Memoria vs. pasado

—¿*Y* dice que aquella fue la última entrada de sus memorias? ¿La de su setenta cumpleaños?

—Así es. Nunca despertó de aquella siesta. No pudo acudir a su última cita, la que estaba preparando aquella Nochevieja. Yo no estaba allí, pero mi hija me avisó y, días después, me entregó el manuscrito.

Había vuelto a Madrid y me había reunido de nuevo con Catherine Simmons en su gabinete. Ella había sido muy generosa al concederme una segunda entrevista que yo necesitaba para recapitular y cerrar mi reportaje.

Las dos veces que he vuelto a Madrid he sentido rabia por haber tenido que irme de allí. Ya lo había afrontado desde todos los ángulos posibles, desde todos los enfoques propuestos por los libros de autoayuda, y solo me quedaba el sinsabor del fracaso. Mi padre siempre había ido diciendo a todo el mundo, en el pueblo, lo importante que era mi trabajo. Y yo había tenido que volver con la cabeza baja.

—Decía usted que el pasado no es lo importante, sino la memoria — recordé recuperando el hilo de mi visita anterior—. Esa es la idea principal de su libro *Transformando recuerdos*.

—Y la de toda mi investigación. Es la idea principal sobre la que he trabajado toda mi vida. Verá usted, la memoria no es más que una elaboración del cerebro. Ni más ni menos. Puede ajustarse a la realidad o bien distanciarse por completo. La propia mente decide qué conviene guardar, desechar, convertir o adornar..., lo que permitirá seguir adelante y hacer la vida más fácil. El pasado tiene el uso que le queramos dar.

—¿Usted nunca intentó explicarle la verdad? ¿No era su misión como médico que David aprendiera a aceptar lo que pasó? ¿A integrar las distintas

versiones de la realidad que había en su mente?

Ella me dedicó una media sonrisa.

—Eso es lo que opinan muchos de mis colegas. Es lo que hace que mi método y mis teorías sean diferentes, ¿no cree? En verdad, no lo considero necesario. Prefiero anteponer la felicidad de mi paciente, lo que necesita, a una supuesta verdad inamovible y falsamente idolatrada. ¿Qué es la realidad? Solo una suma de varias opiniones. ¡La realidad, en sí, no puede conocerse! David necesitaba pensar, explorar, investigar... Resolver la lucha contra su abuelo, que se había llevado a su madre. Integrar el conflicto entre el deber de su madre y su necesidad de ella. Pero ¿necesitaba lidiar David con un abandono injusto y alimentar contra su madre el rencor y el reproche? ¿O bien lidiar con la muerte para la que no existe solución? No, querida. No, desde mi opinión como psicóloga. Todas aquellas opciones eran mucho peores. Y no le ayudaban en nada.

—¿Peores para qué? ¿Para quién?

Recordé las palabras de Emilia sobre que el engaño había alargado innecesariamente el universo infantil de David. Y la amargura de Eleni al hablar de su propia historia, de un muchacho incapaz de desprenderse del recuerdo de una madre fantasmagórica, incapaz de librarse de la adicción a la fantasía. Y de la adicción al océano.

De pronto, Catherine Simmons, se me mostró como una celadora a la que le había venido muy bien aquella prisión ilusoria, con un David delirante, un caso único para su tesis doctoral, necesitado de terapia de por vida para conciliar las fracturas entre los distintos mundos, con las innumerables puertas mentales que una madre desaparecida puede abrir. ¿Con quién podría estar mejor casado que con una psicóloga?

—¿Peores para quién? —repitió ella con una leve sonrisa de sarcasmo. Intentando liberar la tensión que mis últimas preguntas habían generado. Se ajustó el puente de las gafas—. Peores para su desarrollo personal. Y profesional, si me permite decirlo. Porque es indudable que fue la peculiar relación con el recuerdo y con el mundo de su madre la que le permitió batir, nada más y nada menos, que un récord del mundo. Y ganarse la vida por sí mismo. Y muy bien, por cierto. Con lo cual, sí, señora, cuidando su fantasía, alimentándola, protegiéndole del desengaño, puedo considerar que, como profesional, como amiga, como esposa y como mujer que le amaba, le hice un inmenso favor. Todos los que apoyamos esa vía lo hicimos. Y los que

intentaban abrirle los ojos, en nombre de una supuesta madurez, solo podían dañarle. No respetaban su elección.

Supe que se refería, indudablemente, a Eleni. La rivalidad entre las dos mujeres, los reproches, la amargura seguían latentes. Probablemente no quedaba ni rastro de la amistad que habían cultivado siendo compañeras de piso.

—Él fue quien escogió el camino —continuó—. Los demás solo lo vallamos y lo defendimos para que nada ni nadie pudiera entrar ahí.

—Pero usted, su trabajo, su especial terapia..., ¿no le da la sensación de que, protegiendo aquel engaño le estaba mermando de alguna manera, impidiendo que afrontara la decepción, dirigiéndole hacia un destino...?

—¡Excepcional y magnífico! Yo estuve en contacto con él durante todo su viaje de vuelta al mundo. Yo le alenté. Yo escuché todos sus cuentos acerca de las nereidas y le ayudé a creer. A seguir conservando aquella fantasía en que su madre le amaba y venía a verle y navegaba con él. ¿Cómo cree si no que lo iba a resistir? ¡Yo di aliento a aquel sueño suyo en todas las etapas, para que no desfalleciera! ¡Mírelo! ¡Mire estas fotos! —Me puso el taco de fotos en blanco y negro encima de la mesa, con David en la proa del barco y comiendo cangrejos en cubierta, y David en las portadas de *TIME* y de *People*, aclamado por multitudes—. ¡Mire su hazaña, digna de un titán! Mire qué extraordinaria biografía.

Permanecí estremecida unos instantes, intentando asimilar toda la historia. Sabía que Catherine tenía razón. Algo dentro de mí se empeñaba, como un impulso racional, en insistir en que la verdad debe estar por encima. Como periodista, siempre había sido mi axioma. Pero lo cierto es que Catherine tenía razón. David se había convertido en un hombre peculiar, pero no estaba encerrado en ninguna institución. No le había hecho daño a nadie. Solo lo extraordinario y admirable había florecido de aquella mentira.

—En *Transformando recuerdos* habla de su trabajo con otros pacientes... —Decidí alejar el foco de lo personal y volver a bajarlo al terreno de la investigación—. De cómo reelabora con ellos el pasado de una forma positiva, no dañina. Sin darle tanta importancia a lo que pueda ser verdad y lo que no. Este es el punto que más ampollas ha levantado entre sus colegas.

—Yo no soy detective y mis consultas no son un interrogatorio. Lo que me interesa es que mi paciente sea feliz y esté en paz. No voy a indagar si su mente se resiste y eso va a sumirle en una depresión. Sería luchar contra

nuestros propios mecanismos mentales de supervivencia, porque todos, absolutamente todos, vivimos en mundos ilusorios que nos formamos para poder marcarnos una dirección e interpretar la realidad. Todo lo que vemos, pensamos y sentimos está filtrado a través del velo de la personalidad. Con unas tramas verticales que vienen de serie, por herencia, y unas horizontales que van tejiéndose, línea tras línea, a medida que recorremos la vida.

—¿Podría ponerme ejemplos de otros pacientes a los que haya tratado? — Yo cada vez me sentía más atraída por aquel peculiar método, más allá de su relación con el reportaje—. Sin traicionar el secreto profesional, claro está.

Catherine se levantó y abrió las dobles puertas de nogal de un armarito para acceder a un módulo dentro de una estantería mayor, que contenía una antigua televisión de tubo y un reproductor de VHS. Escogió una cinta de entre varias, la insertó y la puso en marcha. Sin decir nada, cogió el mando a distancia, seleccionó el canal y se sentó, de nuevo, frente a mí.

«Mi mujer, aunque no quiere decírmelo, lleva ya mucho tiempo siendo una espía. [El que hablaba era un hombre mayor, calvo y delgado. Con una camisa de cuadros]. Yo no quiero decir nada, porque temo que me deje si descubro el pastel. Pero lo cierto es que hace mucho que sé que trabaja para la CIA. Es un trabajo duro. A veces tiene que pasar mucho tiempo lejos de mí y de los niños. A veces tiene que fingir que está con otro hombre. Son cosas de trabajo... Yo sé que ella me quiere a mí.»

«Nunca perdieron. Los nazis siguen ahí, lo que pasa es que ahora trabajan de otra manera. Pero nunca perdieron la guerra, fue todo un montaje de los aliados para darle tranquilidad a la población, que ya estaba agotada. Hubo un acuerdo, simplemente. [Esta era una señora mayor, con el pelo cano y suelto, en una melena larga y cuidada]. Mi hijo tuvo que tomar las riendas. Por eso nunca volví a verle. Tuvo que sacrificarse por el país. Solo que ahora trabaja desde la sombra. Ese fue el pacto. A veces noto que alguien me observa, en el parque, mientras doy de comer a las palomas. O cuando hago la compra. Yo sé que es él. O bien alguno de sus hombres. Es su manera de decirme que está bien.»

«Yo sé que mi hijo es un terrorista, lo admito. [Otra señora mayor, pero más joven. Peor vestida que la anterior y con un aspecto más deteriorado y amargo]. Sé que ha estado muy equivocado. No fue su culpa. Él contactó por Internet e hizo aquel viaje absurdo, con la novia, y acabaron en el campo de entrenamiento de Al Qaeda. A mi hijo le lavaron el cerebro. Quieren hacerme creer que le mataron ellos, los de Al Qaeda, pero yo sé que es mentira. Que en realidad le reclutaron y que trabaja con ellos. Para el gobierno es como si estuviera muerto, pero para mí no. Yo soy su madre y le conozco bien. Siempre ha sido un revolucionario y esta es su manera de cambiar el mundo. Estará equivocado. Lo mismo decían de Lord Byron, del Che, yo qué sé. Yo ahí no me puedo meter. En algún momento se dará cuenta de que está equivocado y volverá a casa, con nosotros.»

Al llegar a este punto, Catherine apagó el televisor.

—Con la muerte no hay diálogo. Es solo un trágico silencio. Solo queda la

resignación, y hay gente que no vale para eso.

Yo estaba impresionada por los testimonios que acababa de presenciar. Todas aquellas personas parecían convencidas. Estaban dispuestas a adaptar el mundo entero, la ideología, la política, la historia..., conforme a lo que sus mentes necesitaban creer. Todo era conspiración y movimientos en la sombra. Todos éramos marionetas en manos de poderes más grandes, inalcanzables, invisibles. El mundo estaba equivocado, pero ellos sabían la verdad.

Sus creencias parecían tan arraigadas... Era gente defendiéndose con uñas y dientes de los puros hechos. Por lo poco que yo sabía de psiquiatría, al distanciamiento de la realidad se le llama «disociación», y a su pérdida, «psicosis».

—Por último, ¿cree usted que David tenía conciencia de lo que pasó?

—Nadie sabe qué pasó. Un desaparecido deja, tras de sí, una hoja en blanco donde se puede escribir lo que se quiera. Yo creo que siempre tuvo las mismas sospechas que todos nosotros, pero la fabulación es como es. Parte de un núcleo verdadero y luego se va recubriendo de capas hasta magnificarse. Para David, lo que pasara no es relevante. Simplemente, no quería renunciar a su presencia porque la necesitaba demasiado. Para entender su historia, usted solo tiene que coger el hilo y llegar a ese núcleo, a ese deseo: el de un niño que solo quiere que, de alguna manera, por extraña que sea, su madre siga junto a él.

El vuelo de las novias

*D*espués de despedirme de Catherine Simmons regresé al pueblo para recopilar mis notas, pero mientras planificaba el reportaje y ordenaba los fragmentos de la historia, me daba cuenta de que me faltaba lo fundamental: seguía sin saber lo que había pasado. Me faltaba el periodismo puro y duro.

Aún estaba el misterio de Alice Steer. ¿Por qué se había quedado en Nueva Zelanda, dejando atrás a su único hijo? ¿Seguiría viva como Emilia, disfrutando como abuela de una familia paralela? ¿Con un hombre con el que hubiera tenido un romance secreto y por el que hubiera emigrado para casarse? ¿O bien habría en Nueva Zelanda una tumba que llevara su nombre?

Me di cuenta de que el vestido de novia mencionado por Emilia era la única pista que Alice había dejado tras de sí. Y me ardía en la mente su imagen vestida de boda mientras trabajaba en el reportaje. No me costaría nada hacer un par de llamadas. Al fin y al cabo, Alice y David habían vivido en el mismo pueblo costero donde yo había nacido.

Poco después de que me despidieran del diario en Madrid debido a los recortes y, una vez sin ingresos, me tuve que volver a casa de mi padre, lo que hizo que todo fuera aún más difícil. Es un hombre que lleva mucho tiempo viudo y está acostumbrado a vivir solo. La convivencia no resultaba precisamente fácil.

—Ernesto... Soy yo. Mira..., creo que voy a necesitar un poco más de tiempo. ¿Podríamos aplazar la fecha de entrega? Me faltan todavía algunos datos y tengo que hablar con un par de personas. No tardaré mucho, solo será ir a la tienda de novias y... Sí, sí. No te rías. ¡No es para mí! ¡Claro que no! No me estoy inventando ninguna excusa. Sí, no te preocupes, que si me fuera a casar serías el primero en saberlo. Venga, ya te avisaré cuando haya

terminado. Adiós. Adiós.

Ernesto y yo nos conocemos de cuando estábamos en el colegio. Los dos soñábamos con ser periodistas y habíamos tenido una pequeña historia durante el verano en el que coincidimos con las prácticas en *La Verdad* de Murcia. Pero cuando yo vi la oportunidad, me marché a Madrid mientras que él se quedó en el mismo periódico, donde le hicieron una oferta. Subió rápido y pronto le hicieron jefe de la sección de Cultura.

Él fue quien me ayudó a recuperar mis contactos en *La Verdad* cuando me quedé sin empleo. Consiguió que me ofrecieran algunas colaboraciones. Nada del otro mundo, pero lo suficiente para ir sobreviviendo.

Buscando algún reportaje interesante que ofrecerle me encontré con la figura de David. Había descubierto su historia a través de un artículo recién publicado en el que se anunciaba su muerte: «Leyenda local fallece a los setenta años. David Steer logró batir el récord de navegante más joven en dar la vuelta al mundo en solitario, con tan solo veintiún años». Desde ese momento me pareció que podía ser la historia que andaba buscando: una que me abriera las puertas a más colaboraciones con el periódico y quizás, en el futuro, a puestos menos locales. Mi padre siempre me ha dicho que no importa lo que uno haga, sino ser el mejor en lo que se hace, y David había demostrado eso precisamente. ¡Teníamos en el pueblo a una figura que había batido un récord Guinness! Su memoria no podía quedar en un simple obituario.

Se lo comenté a Ernesto y él pareció entusiasmarse con la idea. Me abrió la hemeroteca del periódico y me ayudó con la investigación consiguiéndome el teléfono de Catherine Simmons. Quedamos varias veces, siempre para hablar de David y del reportaje, hasta que una tarde me pidió que volviéramos a salir juntos, sin excusas y sin la necesidad de hablar de nadie que no fuéramos nosotros.

Le dije que no merecería la pena. Que yo volvería a Madrid en cuanto pasara la crisis. Que mi único objetivo seguía siendo la capital. Pero él, de vez en cuando, seguía insistiendo.

Según mi abuela, el pueblo solo había tenido una tienda a la que recurrían las casaderas y, aunque hacía tiempo que había cerrado y la familia se había mudado, ella los conocía y conservaba un teléfono. Llamé y me contestó la nieta de la modista:

—Buenos días, llamaba porque tengo entendido que su familia regentó una

tienda de moda durante la década de los 50 y 60, y que, ocasionalmente, traían vestidos de novia desde Cartagena y los adaptaban para las chicas.

—¡Uf! Hace mil años que la cerramos.

—Quería saber si podría hablar con la persona que hacía los arreglos. Es acerca de una de sus clientas.

—Lamentablemente, mi abuela murió hace ya unos años. Lo siento mucho.

—¿Y no guardan ningún registro de las clientas? ¿Alguna información que pueda servirme de referencia?

—No, lo siento mucho. Ya no tenemos nada de aquel negocio.

Y aquello fue todo lo que conseguí por esa vía.

Pensé entonces que tenía que olvidarme del teléfono y pensar globalmente, aprovechar Internet. Tenía que repasarlo todo, hasta ver de qué hilos podía tirar.

Emilia me había dicho que Alice había volado con KLM desde Londres. No había tanta gente que volara en aquella época, en la que los *jets* aún no estaban generalizados. La mayoría recorría las grandes distancias en buques transoceánicos, con una media de un mes de viaje. Pero Alice no había querido tardar tanto tiempo en regresar. Había elegido el avión para volver cuanto antes junto a David. Aquello era incompatible con la idea de que se hubiera quedado en Nueva Zelanda por voluntad propia.

Busqué información a través de las palabras clave más obvias: «KLM historia», «KLM history», pero ni la Wikipedia ni la web corporativa de la aerolínea daban detalles acerca de los vuelos por fechas o por lugares. Quizás no había volado con KLM, sino con otra aerolínea. Me sentía como si estuviera buscando una aguja en un pajar. Decidí entonces ser más precisa: «london new zealand 1953». A lo mejor así lograría detalles de los horarios y fechas de vuelo disponibles.

La primera entrada era muy curiosa: «La gran última carrera aérea», rezaba el titular. Se refería a una competición de casi 20.000 kilómetros que había tenido lugar entre Londres y Christchurch. La carrera tenía dos secciones: la de los competidores propiamente dichos y la de los aviones comerciales, que competían de forma secundaria, transportando pasaje y correo. Entre los últimos, había un avión de la British European Airways, otro avión neozelandés y uno de KLM, pero lo más curioso de este último era la fotografía que exhibía como ganador de la carrera: todos sus pasajeros eran mujeres. La fecha de la competición era la del 2 de octubre, la misma en que

había volado Alice. No solo se había asegurado de tomar el medio de transporte más rápido, sino que lo había llevado al extremo de entrar en una competición.

El vuelo se había completado en la cifra récord de treinta y siete horas, con escalas. Al pie de la fotografía podía leerse: «Estas veintiséis mujeres, todas próximas esposas, iban a reunirse con sus prometidos, que se habían marchado previamente para asentarse antes de pasar por el altar en el país escogido. A causa de la “preciada carga”, el viaje fue llamado “el vuelo de las novias”. El equipaje más importante que estas mujeres llevaban consigo eran sus trajes de boda». Emilia tenía razón: Alice se había marchado de España para casarse al otro lado del mundo.

A partir de ahí, la búsqueda fue mucho más fácil. Me puse en contacto con KLM y tuve la suerte de dar con una mujer amable que, en cuanto me acreditó como periodista, me consiguió el acceso a los archivos de pasajeros de aquella época.

Todas las mujeres del «vuelo de las novias», como era habitual en la política de la aerolínea, habían tenido que dar una dirección de contacto en origen y otra en destino para que se pudiera avisar a los familiares en caso de cualquier incidente. Cuando me facilitó una dirección en Wellington, no me lo pensé dos veces.

—Ernesto, soy yo otra vez. ¿Crees que el periódico aceptaría poner unos dos mil euros sobre la mesa para que yo terminara mi reportaje? No. No me he vuelto loca. Ya. No pretendo que me los regalen, solo que me los adelanten. Sí, ya sé que no estamos hablando de... Es para ir a Nueva Zelanda. Bueno, mira, hagamos una cosa. Lo considero mis vacaciones. Tengo ahorrados unos mil euros y tú les convences... Solo te pido mil de adelanto. Con eso me apañaría. Sí. Ya sé que al final me va a salir lo comido por lo servido, pero eso ya es asunto mío. Este reportaje lo tenía pensado como medio para abrirme otras puertas. Vale. Sí, ya te llamo cuando llegue.

Aguas que lloran

*M*ientras estaba en el avión no podía dejar de pensar en David Steer y en las circunstancias que me habían llevado hasta él. ¿Por qué me había sentido tan atraída, al principio, y después tan fascinada por su historia? Allí me encontraba, gastándome mis únicos ahorros, que sin duda necesitaba, para ir al encuentro de una familia a la que desconocía y desentrañar un misterio enterrado en el tiempo.

Un periodista es una especie de escritor, y dicen que los escritores, cuando deciden contar una historia concreta, es porque ya la han hecho suya. Porque hay algo en ese personaje, en ese relato, que les permite mirar en su propia biografía. Es como un cajón con muchos compartimentos donde pueden almacenar las palabras y guardarlas.

David, para mí, representaba un tipo de valentía muy particular. La de mantener la inocencia a toda costa, dándole la espalda a todo, sosteniéndola en solitario. Yo también deseaba creer que uno puede imponerse al pasado y hacer lo que quiera de él.

La mujer que me abrió la puerta debía de rondar los ochenta años. Tenía el pelo blanco muy fino, ondulado por efecto de los rulos. Llevaba una túnica de manga corta color verde esmeralda que le llegaba hasta los tobillos.

—Vengo buscando a la familia de Alice Steer —le dije en inglés.

—Oh, Señor. —Se llevó la mano a la boca y abrió exageradamente sus ojos azules—. Pase, pase, por favor. Soy Evelyn Steer.

Me guio hasta el salón y me ofreció asiento en el sofá.

Su casa era grande, de dos plantas, y el salón era sencillo y dispuesto con

modestia y coquetería. Con sus adornos de porcelana en las vitrinas, su juego de té, sus muñecas antiguas y sus visillos de encaje. Contrastaba con los enormes paneles de las paredes, donde había ciervos con imágenes de bosques y canguros habitando el desierto. Además de una piel extendida en el suelo, de un animal de gran tamaño que no logré identificar. El lugar combinaba la adorable pulcritud de un hogar británico y el salvaje sabor de la naturaleza oceánica.

La anciana, de piel muy blanca y carrillos rellenos, se sentó ante mí, al borde de los cojines, manteniendo sus pies pequeños muy juntos como si se fuera a levantar de nuevo en cualquier momento. Para entonces ya tenía los ojos empañados en lágrimas y temblaba como una hoja. Se pasó las manos por la cabeza para recolocar sus rizos canos.

—No sabe usted cómo la hemos esperado. Después de tanto tiempo..., ya había perdido la esperanza. Ojalá vivieran mis padres. Ojalá estuvieran aquí, los pobres, que se quedaron esperando su visita. Pero al menos yo podré, por fin, descansar... Y dígame, ¿dónde la han encontrado?

Yo estaba desconcertada.

—Señora, lo lamento mucho..., pero creo que me confunde con otra persona. Soy yo quien viene a preguntarle dónde está Alice.

La mujer estuvo unos instantes mirándome suplicante, con los ojos aún muy abiertos, hasta que los bajó con una más que evidente decepción.

—Oh... Entonces, no es usted del equipo de rescate. Debí imaginármelo, después de tantos años. Pero usted sabe..., a veces encuentran cosas inesperadas. Un granjero que está arando, unos buzos buscando peces, no sé..., a veces se hacen... descubrimientos.

—Siento no ser la persona que esperaba.

—No se preocupe —dijo ella sacando un pañuelo blanco y enjugándose los ojos—. Siento decirle que no sé dónde está. Hace mucho que está desaparecida.

Sentí un gran peso sobre los hombros. Allí, en las antípodas, solo sabían lo mismo que nosotros. El destino de Alice seguiría siendo un misterio indefinido.

—La culpa no fue suya —siguió Evelyn—, sino de otras mil cosas. De la lluvia, de los continuos retrasos de la aerolínea, de mi padre..., y sobre todo fue mía por haberla invitado. Cómo iba a imaginarme... Fui yo quien le pidió que viniera. Quien insistió a mi padre para que enviara el telegrama. Solo

quería que mi hermana fuese mi dama de honor, como cualquier otra novia del mundo. Yo no sabía que el viaje le costaría la vida.

—Este es. —Abrió la puerta del armario como quien ofrece echar un vistazo a su cámara de tesoros. Desprendía un fuerte olor a lavanda, que procedía de los antipolillas alineados en la barra—. Yo quería un vestido del viejo continente, no uno de aquí. Siempre me pareció que la moda europea estaba mucho más avanzada y que era más delicada. Las influencias de París se notan en el diseño, creo yo. Cuando llegó aquí, hice que me lo ajustaran y lo he guardado desde entonces.

El vestido tenía el estilo habitual de los años 50, con el largo a medio camino entre la rodilla y el tobillo. El bajo era de satén, el escote de corazón y la falda de vuelo con innumerables pliegues. Llevaba un elegante sobrevestido de organza de manga corta, cerrado por delante, con una línea vertical de botoncitos y ceñido por un ancho cinturón forrado. Tenía el encanto intemporal de lo clásico.

—He conservado también el casquete. —Evelyn abrió una minúscula sombrerera y me lo enseñó orgullosa: estaba adornado con un lazo y una redecilla blanca—. Alice se esmeró mucho con todos los detalles. Yo solo tuve que conseguirme unos zapatos...

—Es una maravilla de vestido. No me extraña que lo haya cuidado usted tan bien.

—Lo reservaba por si mi hija quería utilizarlo el día de su boda, pero ya sabe usted que las jóvenes tienen sus propios gustos. El mundo ha cambiado mucho, ahora la gente no quiere ni casarse. Lo mismo alguna de mis nietas se anima y aún se puede aprovechar...

—Es posible que yo misma se lo pida, si algún día lo hago —dije en broma.

—Oh, sería estupendo. Es tan triste que un vestido así no salga nunca de un armario...

Me centré en recuperar el foco de mi visita. Aquella señora tan solícita parecía sincera a la hora de ofrecer su preciado vestido de boda a una desconocida. Solo esperaba que no insistiera en que me lo llevase.

—Entonces, Evelyn, dice usted que fue imposible para su hermana regresar a través de Christchurch.

—Así es —dijo ella guardando el sombrero y cerrando el armario—. Lo del nuevo aeropuerto había sido una excepción para la carrera, pero mi hermana no tenía billete de regreso. Se hizo pasar por novia para entrar en el famoso vuelo, para llegar a tiempo a mi enlace, que se celebró en noviembre. Fue maravilloso contar con Alice, que estuviera a mi lado mientras yo me casaba. La familia reunida otra vez. Fue tan bonito...

Le di unos minutos a Evelyn para que se repusiera. Después de unos instantes de que mantuviera perdida su mirada acuosa, suspiró y cruzó las manos maltratadas por la artritis sobre el regazo.

—Su vuelta fue muy complicada. Nos dijeron que los trayectos de KLM se hacían desde Auckland y que los pocos asientos disponibles estaban siempre llenos. Le costó mucho conseguir una plaza, piense que aquellas semanas eran justo las anteriores a la Navidad. El único día en que encontró sitio fue el mismo 25 de diciembre, porque nadie quería volar durante la fiesta cuando se suponía que debía estar en casa comiendo pavo con la familia. Así que a las tres de la tarde del día 24 tomó el expreso desde la estación de Wellington. El resto ya forma parte de las noticias. Pero a ella nunca la encontraron.

«El desastre ferroviario más grande de la nación», era el titular de la copia del *Auckland Star* que yo tenía en mis manos. Evelyn lo había plastificado, aunque el forro no lo había salvado de los tintes amarillentos que aquejan a los viejos periódicos. «La búsqueda continúa a lo largo de varias orillas del río.» «Primera lista de muertos.» La fecha era del 26 de diciembre. Al no haber periódicos el día 25, muchos familiares se enteraron con retraso del accidente. Una fotografía aérea ilustraba el desastre marcando los distintos puntos para situar el puente, el río y el tren siniestrado.

Los titulares eran parecidos en el *Evening Post* y en el *Dominion*: «119 supervivientes de los 285 pasajeros. Cerca de 90 personas, aún desaparecidas». «La reina de Inglaterra transmite sus condolencias en el discurso de Navidad.»

—Fue el cráter del volcán —me explicó la anciana—. Cuando se desborda, al torrente que sigue lo llaman el «lahar». La ola alcanzó los seis metros y llevaba tantos restos de lava, ceniza y hielo que destruyó los pilares de cemento del puente como si fueran bastones de caramelo. El tren no pudo parar, así que cayó y el torrente se llevó por delante los cuatro primeros

vagones. —Evelyn suspiró mientras miraba algunas fotografías de los vagones descarrilados—. Al final, tiene usted el recuento de 151. Solo la primera clase, en los vagones de cola, consiguió salvarse.

También había guardado periódicos de los días 27 y 28 de diciembre. Me fijé en una curiosa foto donde aparecía el duque de Edimburgo. Él y la reina de Inglaterra habían llegado de visita hacía apenas unos días.

—Aquí dice que el duque presidió un funeral para las veintiuna víctimas sin identificar...

—Alice no estaba allí, se lo aseguro. Pasamos por el trance de ir ataúd por ataúd, intentando identificarla, y no había ningún resto que coincidiera con un solo detalle de ella. Sabemos que subió al tren. Yo misma la acompañé a la estación. Pero su cuerpo no se encontró, al igual que el de otras diecinueve personas, cuyas familias todavía están esperando una visita de la Policía. Dicen que esos veinte cuerpos se los llevó el río Tangiwai, que en maorí significa «aguas que lloran». Dicen que los arrastró durante 120 kilómetros hasta el océano. Y allí es donde siempre he creído que ella estaba.

En el último periódico que me enseñó había una fotografía muy diferente a las otras.

—Esto es lo único que la Policía nos pudo conseguir. Una de las supervivientes reconoció a Alice en una foto que le facilitamos. Dijo que lo compró en la tienda de regalos de la estación, justo antes de subir. Que lo recordaba bien porque a su hijo se le iban los ojos detrás. El hecho es que se convirtió en un símbolo del desastre y a los periodistas les pareció oportuno.

Se dirigió a una vitrina de cristal y, con cuidado, me lo acercó. Todavía lo conservaba. Era un vagón de tren hecho de madera y decorado en verde, con algunos daños en la pintura de los bordes, arañado y astillado en una esquina.

—El vagón de David —susurré yo—. Su hijo.

Evelyn esperó un momento, como si terminara de encajar una pieza que siempre había estado allí.

—David... Lo sospechaba, aunque nunca quiso confirmarnos nada. Se sentía tan avergonzada... Pero a mí me hubiera gustado conocerle. Alice apenas se habló con mis padres después de marcharse a España con dieciocho años, junto a aquel marinero. Ella era de esas personas que lo dejan todo por amor. De las que lo ponen por encima del trabajo, la familia, su país..., por encima de todo lo demás. Y él era joven y trabajaba en uno de esos buques, el Capitán Cook. Ella rompió con la familia y se cortó la comunicación durante

años, hasta el día en que le anuncié mi boda. Javier, creo que se llamaba él.
Pero de lo que pasó con ellos y con sus vidas nosotros ya no supimos más.

Eurídice

*E*esperé con paciencia a que Ernesto terminara de repasar el reportaje, sentada al otro lado de la mesa. Se lo había enviado hacía tres días, por *e-mail* desde Nueva Zelanda, por lo que él había tenido tiempo de sobra para leerlo, pero le estaba echando un vistazo de última hora.

Cuando cerró la última página tomó aire, con el gesto serio, y dejó los folios sobre el escritorio.

—¿Y bien? —indagué.

Me dedicó una sonrisa y asintió.

—Es muy bueno. Seguro que va a gustar mucho. Bueno..., de hecho, es que ya ha gustado.

—¿A tus jefes?

—Verás, como jefe de sección, yo también tengo algún contacto que otro en Madrid... Lo he pasado, confidencialmente claro, y bueno, el caso es que..., lo que he podido conseguirte sería para la sección de Cultura, en un diario pequeño, de estos gratuitos que reparten en el metro y que se financian con publicidad. No es como lo que tenías antes, pero estarías en nómina. Con eso te puedes poner en marcha otra vez.

La cara se me iluminó.

—¿Quieres decir que...?

—Que hagas las maletas, vaya. Díselo a tu padre. Que te vas a Madrid.

Me levanté y rodeé la mesa para darle un fuerte abrazo.

—Gracias.

—No hay de qué. Te lo mereces.

Me quedé pensativa un momento.

—Antes quiero despedirme de alguien, ¿me llevas?

—¿Ahora?

Asentí. Él tomó la chaqueta del perchero y las llaves de su coche.

Le pedí que tomara la cesta de las chumberas que llevaba al cementerio, en las afueras. En los asientos de atrás, debidamente protegida, yo había dejado una bolsa con un cargamento muy especial.

—A tu salud, David. Y gracias por todo.

La tumba estaba al borde del cementerio, allá por donde se estaba expandiendo, pues era de las últimas que se habían cavado. Abrí la botella de vino de lilas y llené dos vasos: uno para Ernesto y otro para mí.

El licor era dulce y a la vez amargo, con el calor del alcohol, tal y como David lo había descrito en sus memorias. A Ernesto también le fascinó probar aquel vino especial que había sido tan importante para David y Eleni.

—Y ahora que ya te has despedido, ¿cuándo te irás?

—Si hay algo que he aprendido haciendo este reportaje es que uno puede hacer colaboraciones casi desde cualquier parte del mundo. Con Internet las fronteras ya no son lo que eran... Y los alquileres en Madrid están por las nubes.

—Entonces, ¿no te vas?

—¿Crees que podría seguir colaborando con *La Verdad*?

—Estoy seguro de ello. Pero... no acabo de entender por qué te quedas.

—Quizás no haya que dejarlo todo por amor..., pero tampoco lo contrario.

Se acercó para besarme, pero se detuvo de repente.

—Espera..., esto es un cementerio. Me parece el sitio menos...

Yo me reí y le cogí de la corbata para atraerle hacia mí.

Mi padre me ha ayudado a plantar lilas en el jardín de la casa donde David y Alice vivieron juntos. Y también gerberas.

Los herederos nos dejaron el alquiler a buen precio a Ernesto y a mí después de leer el borrador del reportaje. Mi padre sabe ahora dónde encontrarme y ya no tiene que llamarme para organizar comidas, sino que viene cada vez que le apetece, aunque sea a cuidar del jardín y a regar las plantas. Nunca hablamos de Madrid ni del trabajo.

En esta casa siento que comienza una nueva etapa. He empezado a aceptarlo como un paso más, uno hacia adelante. ¿Quién sabe? Quizás le pida a Evelyn que me envíe ese vestido de novia *vintage* después de todo..., para

que tenga una última puesta. Creo que estoy consiguiendo dominar mi propio tiempo, en lugar de que él me domine a mí.

Desde la muerte de mi madre, cuando yo era aún una adolescente, no tenía esa sensación. Quizás es porque son ellas, las madres, quienes nos marcan los ritmos desde que somos niños y, cuando desaparecen, tenemos que aprender a hacerlo solos.

Durante las tardes de verano me gusta ir al saloncito del bajo con un libro y una taza de té, sentarme en los sofás de mimbre y sus cojines estampados, y observar cómo el verde y las flores del jardín parecen meterse dentro de la habitación con la fiereza colorista de un *batik* oriental.

EPÍLOGO

*D*ía largo el de mi cumpleaños.

Mi hija mayor me ha preparado la habitación en el piso de arriba y me ha prometido que los niños no me molestarán, pero estoy demasiado inquieto para la siesta. Sé que esta noche nos encontraremos, que ella puede aparecer en cualquier momento, que debo estar atento durante nuestra cita. Si no lo estoy, puede que ya no vuelva a verla. Prefiero escribir a dormir.

Casi puedo escuchar el sonido del mar en mi cabeza, como un arrullo que me tranquiliza. La voz del mar, fluyendo desde sus múltiples y profundas gargantas. Las bocas abiertas en las rocas, dejando brotar la melodía como si fuera el vapor de una caldera volcánica. Las grutas, el sonido de los órganos de su cuerpo subterráneo. El ritmo en el corazón incognoscible del mar.

Imagino que me siento sobre las rocas, escucho, respiro tan profundamente que puedo saborear la sal y sentir cómo mi cuerpo la asimila. Quizás también a mí me abraza, como al faro, si me quedo inmóvil el tiempo suficiente.

Entonces abro mi regalo más preciado de cumpleaños: una botella de vino de lilas, aún dentro de la caja con los sellos irlandeses de correos.

Allí, en solitario, la espero.

El rosado de la aurora es casi inapreciable, pero me arranca una leve sonrisa. Al final, ella ha conseguido olvidar. Ahora mamá es ajena a las preocupaciones, los apuros económicos, la soledad y el dolor de la piel.

Es una niña, capaz de reírse otra vez: con los labios, la garganta y el estómago, pero también con el brillo de los ojos, con las mejillas y el mentón, con el rostro entero. Su risa es pura música.

Siento con felicidad, y no con pesar, esa liberación. Ahora ella puede ser plena de nuevo, ya no está dividida entre dos mundos. Mamá pertenece ahora, por completo, al mundo submarino, y ya nada queda para ella en el mundo de los hombres. Ni siquiera el recuerdo.

—Hola, ¿cómo te llamas?

Estamos de nuevo en la cueva. En nuestra cueva, donde siempre nos encontramos.

—Me llamo David.

Toma mi mano entre sus dedos jóvenes y siento que una parte de mí mismo me es devuelta.

Me guía junto a la piedra alargada que es como una ostra gigante. La oscura cáscara apenas se abre en una rendija por donde se insinúa el nácar, entre blanco y rosado, del interior.

—Vamos. Tienes que abrirla. Ya es lo único que falta.

Eleni me advirtió que no mirara, pero yo lo he demorado demasiado tiempo. Tengo que hacerlo y convertirme en un hombre completo. Sé que ha llegado la hora.

Dentro de la piedra hay una perla inmensa, tan grande como siempre había imaginado.

—Esto es lo que no podemos llevarnos al océano.

La perla estaba hecha de huesos humanos. De los de mamá y también de los míos.

De los huesos, quizás, de toda la humanidad.

—Ahora ya podemos estar juntos otra vez.

Agradecimientos

*E*sta novela es deudora a partes iguales de mi madre y de mis hijos. De mi madre, que teniendo gran parte de su vida al otro lado del Atlántico, se quedó en España por mi hermano y por mí. Y de mis hijos, por la lucha interior que siempre supone ser, a la vez, madre y todo lo demás.

Debo parte de la inspiración a Coldplay, con su disco *Ghost Stories*, y a Jeff Buckley. También al relato que hizo de su vuelta al mundo Robin Lee Graham en el libro *Dove*, contando su verdadera hazaña de marino más joven en dar la vuelta al mundo, en 1965.

Gracias a Neil Gaiman, Yann Martel, Ang Lee.

A todo el equipo de Roca Editorial.

A David, por haberme hecho la pregunta clave: «Mamá, ¿tú fuiste sirena antes que ser mi mamá?» y a Marcos y Esther, que la profundizaron.

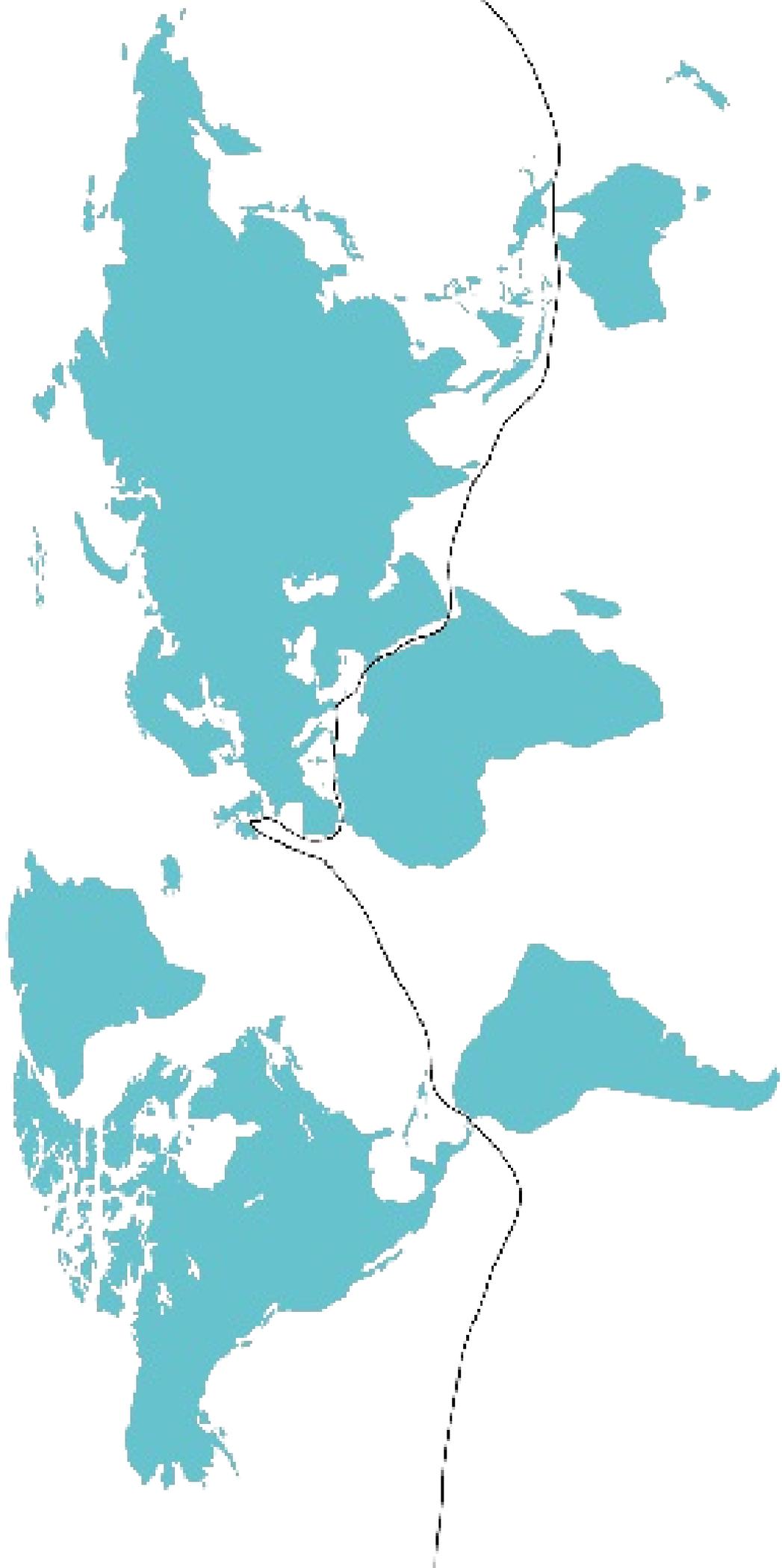
A mis padres, por llevarme tanto de viaje, a tantos sitios.

A mis otros compañeros de viaje: Vanesa, Maya, Cecilia, Luis y José Luis.

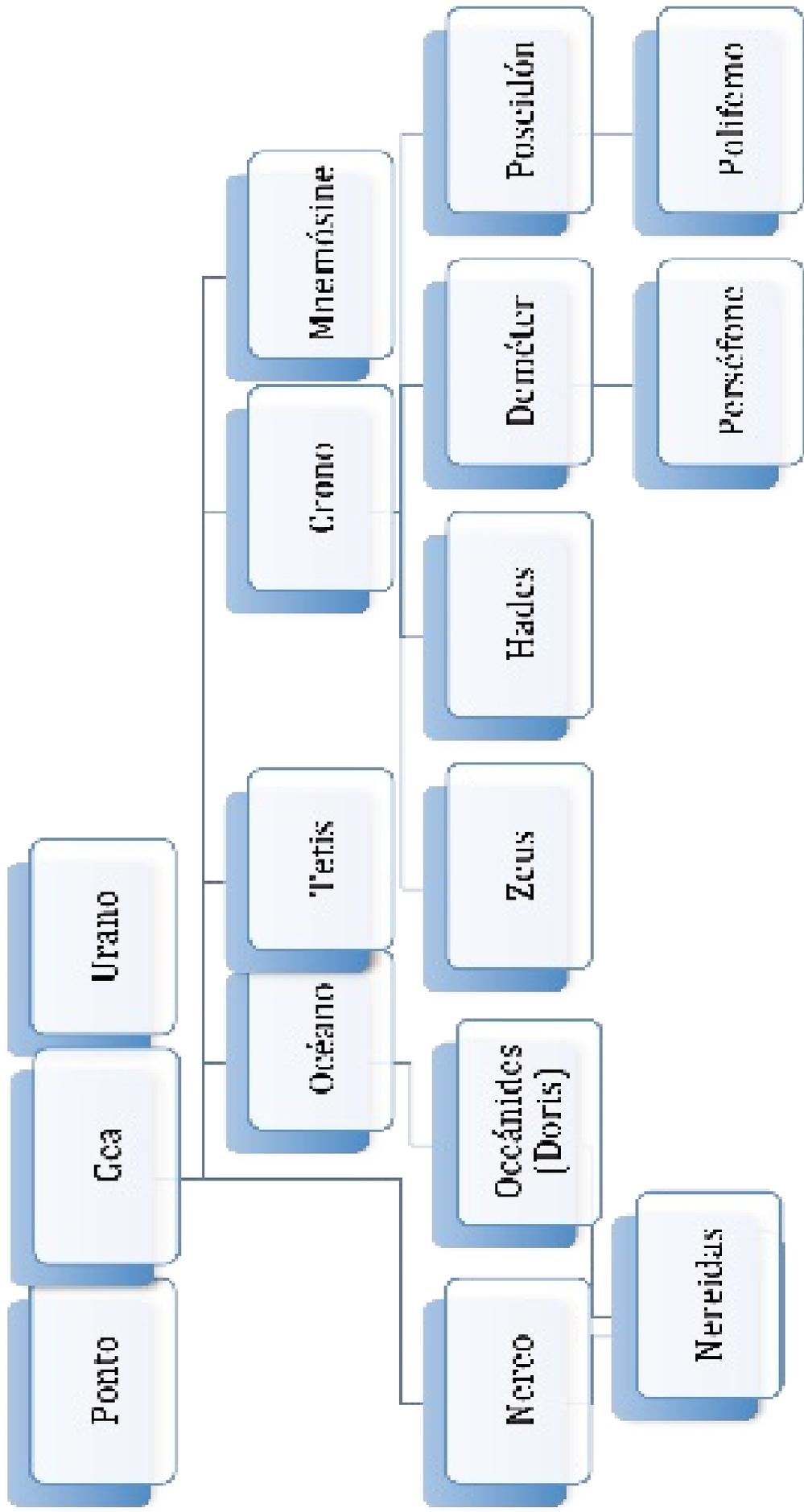
A Eladio, por ser tan entusiasta con ella, por seguir a mi lado y por el cheque casi en blanco de horas.

Por todo el amor.

Mapa de la vuelta al mundo



Cuadro genealógico de los titanes



© 2019, Ana B. Nieto

Primera edición en este formato: enero de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-17541-68-2

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.